LAS AVENTURAS DE TELÉMACO
HIJO DE ULISES

FENELÓN

TOMO I

LIBRO PRIMERO

SUMARIO

TELÉMACO, después de un naufragio, arriba con Minerva, que le conducía disfrazada bajo la figura de Mentor, a la isla de Calipso, quien todavía estaba sintiendo la partida Ulises. Acógele la diosa benignamente, se apasiona de él, le ofrece la inmortalidad, y le pide que la cuente sus aventuras. Hácelo Telémaco refiriéndola su viaje a Pilos y a Lacedemonia, su naufragio en la costa de Sicilia, el riesgo en que estuvo de ser sacrificado a los manes de Anquises, el socorro que en una incursión de bárbaros dieron Mentor y él a Acestes, y la generosidad con que este rey reconoció tan importante servicio, dándoles un navío tirio para que se volviesen a su patria.

INCONSOLABLE estaba Calipso desde que la dejó Ulises: tal era su desconsuelo, que se tenía por

desgraciada en ser inmortal. Ya no resonaba en su gruta el dulce eco de su voz, ni aun se atrevían a hablarla las ninfas que la servían. Acostumbraba pasearse sola por el florido prado, cuyas inmarchitables verduras perpetuaban en la isla la más agradable primavera; pero, lejos de hallar en la hermosa variedad de aquellos sitios el alivio que a su dolor buscaba, sólo veía un triste y continuo recuerdo de aquel Ulises que tantas veces la había acompañado en ellos. Solía quedarse inmóvil en la playa del mar, regándola con sus lágrimas, y fija siempre la vista en el camino por donde el navío de Ulises, surcando las ondas, había desaparecido a sus ojos.

Así se hallaba, cuando de repente alcanzó a ver los restos de una nave que acababa de naufragar: por una parte se veían hechos pedazos bancos de remeros; por otra se descubrían remos esparcidos por la arena, y un mástil, un timón y jarcias que fluctuaban a la orilla. Poco después divisó a lo lejos dos hombres, de los cuales el uno le pareció anciano, y el otro, si bien joven muy semejante a Ulises en la afabilidad de su semblante, en la bizarría de su aire, en la estatura, y hasta en la gravedad de sus pasos. Al instante conoció Calipso que este era Telé-

maco, hijo de aquel héroe; pero no pudo descubrir quien fuese el anciano venerable que le acompañaba, porque, aunque la sabiduría de los dioses es infinitamente mayor que la de los hombres todos, sin embargo a las deidades inferiores no les es dado penetrar los arcanos de los dioses supremos, y Minerva, que bajo la figura de Mentor acompañaba a Telémaco, no quería que Calipso la conociese.

No obstante, se complacía esta diosa de un naufragio que la proporcionaba tener en su isla al hijo de Ulises, tan parecido a su padre y dirigiéndose hacia él, le dijo como si no le conociese: ¿Cómo así te atreves, joven temerario, a entrar en mi isla? Sábete, o extranjero, que nadie entra impunemente en ella. Así procuraba Calipso, bajo estas palabras de amenaza, ocultar la alegría de que rebosaba su corazón, y que a pesar suyo se descubría en su semblante.

Telémaco la respondió: Quien quiera que vos seáis, mortal o diosa, aunque al veros es preciso teneros por divina, podréis ser insensible a la desgracia de un hijo que entregado a la discreción de los vientos y de las olas, por hallar a su padre, ha visto estrellarse su navío contra las rocas de vuestra isla? ¿Quién es, pues, tu padre? le preguntó la diosa. Ulises, respondió Telémaco: uno de los reyes que des-

pués de un sitio de diez años asolaron la famosa Troya. Por su valor en la guerra y aun más por la prudencia de sus consejos, se ha hecho su nombre célebre, en toda la Grecia y en el Asia toda. Mas ahora errante por los anchurosos mares, anda recorriendo los más terribles escollos por volver a su patria, que parece huye de su vista; de modo que su esposa Penélope y yo hemos perdido ya la esperanza de volver a verle. Expuesto a los mismos peligros que él, ando yo por saber de su paradero. ¡Mas ay de mí acaso se hallara a estas horas sepultado en los profundos abismos del mar! Compadeceos, o diosa, de nuestras desgracias; y si sabéis lo que han decretado los hados en favor o en contra de Ulises, dignaos de comunicárselo a su hijo Telémaco.

Tan sorprendida y enamorada quedó Calipso de la discreción y cordura del mancebo, que ni sabía qué responderle, no se hartaba de mirarle. Por fin, rompiendo el silencio, le dijo: Yo te instruiré de cuanto a tu padre le ha acontecido; pero es muy larga la historia, y ahora mas es tiempo de que te repares de tus trabajos. Ven a mi morada, y en ella te recibiré como a hijo: ven, tú serás mi consuelo en esta soledad, y yo te haré feliz, si sabes apreciar la dicha que te preparo.

Seguía Telémaco a la diosa, cuya hermosa cabeza sobresalía entre la multitud de jóvenes ninfas que la acompañaban, así como en las selvas descuella la frondosa copa de una alta encina sobre los arbustos, que la rodean. Admirábale a Telémaco su singular hermosura, la rica púrpura de su undoso manto, el rubio cabello prendido con gracioso descuido, el fuego que despedían sus ojos, y la amabilidad con que templaba tanta viveza. Mentor le seguía con los ojos bajos, y guardando un modesto silencio.

Llegaron a la entrada de la gruta de Calipso, donde Telémaco quedó sorprendido al ver bajo la apariencia de una rústica simplicidad todo lo que puede servir de encanto a los ojos, allí no había oro ni plata, mármoles ni columnas, cuadros ni estatuas: en la roca misma estaba labrada la gruta, y sus bóvedas guarnecidas de conchas y rocalla, y entapizadas de una vid tierna, cuyos flexibles vástagos se extendían con igualdad por todas partes. Los dulces céfiros, más poderosos que los ardientes rayos del sol, conservaban en ella una rara frescura: aquí variedad de fuentes llevaban sus aguas con sonoro murmullo por aquellos prados cubiertos de amarantos y violetas, haciendo de trecho en trecho varios remansos tan puros y claros como un cristal:

allí florecillas desenrollando sus hojas matizaban la verde alfombra de que estaba rodeada la gruta: allá se detenía la vista en un espeso bosque de aquellos frondosos árboles que dan por fruto dorados pomos, y cuya flor, que se renueva en todas las estaciones, arroja la más suave fragancia. Este bosque, en cuya espesura se escondía una perenne noche, impenetrable aun a los rayos del sol, coronaba aquellos hermosos prados. Jamás se oía en él mas que el canto de los pájaros, o el ruido de un arroyo, que, precipitándose de lo alto de una roca en espumosos borbotones, se huía después al través de la pradera.

Estaba la gruta en la falda de una colina, desde donde se descubría la mar, unos días clara, y tersa como un espejo, y otros que locamente irritada con las rocas se estrellaba en ellas con horrísonos gemidos, levantando olas como montañas. Al otro lado se veía un río que formaba varias islas coronadas de floridos tilos, y de altos álamos que escondían en las nubes sus soberbias copas. Los diversos canales que estas islas formaban, andaban como retozando por la campiña: unos rodaban con rapidez sus cristalinas aguas, otros las adormían en su lecho, y otros después de largos rodeos retrocedían en su curso

como para volverse a su origen, y como no acertando a dejar el encanto de aquellas riberas. Veíanse a lo lejos varias colinas y montañas, cuyas cimas se ocultaban en las nubes, y cuya extraña vista formaba el horizonte más a propósito para recreo de la vista. Los montes inmediatos estaban cubiertos de pámpanos verdes, cuyas hojas no bastaban a cubrir el sazonado fruto que agobiaba las vides con su peso: la higuera, la oliva, el granado, y todos los demás árboles amenizaban la campiña, y hacían de ella un espacioso jardín.

Luego que Calipso hubo enseñado a Telémaco todos estos prodigios de la naturaleza, le dijo: Ven, Telémaco, ven a descansar, que tu ropa esta mojada, y es ya tiempo de que te pongas otra: después nos volveremos a ver, y te contaré cosas que enternezcan tu corazón. Al mismo tiempo que así le hablaba, iba conduciendo sus huéspedes a lo más recóndito de una gruta contigua a la suya, en la cual habían cuidado las ninfas de encender una gran lumbre de leña de cedro, cuyo suave olor se esparcía por todas partes; y no se olvidaron de dejar vestidos para los nuevos huéspedes.

Viendo, pues, Telémaco que se le había destinado una túnica de lana fina, cuya blancura excedía a

la de la nieve misma, y un rico manto de púrpura bordado; al contemplar tanta magnificencia, sintió todo el placer que es natural a un joven.

Pero Mentor, a quien no se escondía lo que en su corazón pasaba, le dijo en tono grave: ¿Son esos pensamientos, o Telémaco, dignos del hijo de Ulises? Mejor te fuera pensar en hacerte digno de la reputación de tu padre, y resistir a la fortuna que te persigue. El joven que gusta de engalanarse livianamente como una mujer, indigno es de la sabiduría y de la gloria, sólo debidas al que tolera los trabajos y desprecia los placeres.

¡Antes me quiten los dioses la vida, le respondió Telémaco, dando un suspiro, que premiaron que de su corazón se apoderen la molicie y la voluptuosidad! Eso no: jamás el hijo de Ulises se rendirá a los hechizos de una vida pusilánime y afeminada. Pero, ¿no debemos dar gracias al cielo, porque después de nuestro naufragio nos ha deparado esta diosa o esta mortal que nos colma de bienes?

Teme, le replicó Mentor, no te colme de males; teme sus engañosos halagos aun más que los escollos en que se estrelló tu nave: sí, témelos más: pues el naufragio y aun la muerte misma son menos temibles que los placeres que asaltan a la virtud.

Guárdate de creer nada de lo que la diosa te cuente: está sobre ti: mira que la juventud es presuntuosa: todo se lo promete de sí; y aunque frágil, todo cree que lo puede, y que nada tiene que temer. Guárdate de dar oídos a sus lisonjeras insinuaciones, que se deslizaran como serpiente entre flores: teme esta oculta ponzoña, desconfía de ti mismo, y aguarda siempre mis consejos.

Luego volvieron a ver a Calipso, que ya les esperaba las ninfas, trenzado el cabello, y vestidas de blanco, sirvieron inmediatamente una comida sencilla, pero exquisita por el gusto y por el aseo. En ella no se veía otra carne que la de las aves cogidas en sus redes o de los animales que habían cazado con sus flechas: el vino, que de unas grandes vasijas de plata corría en tazas de oro coronadas de flores, era más dulce que el néctar; y por ha, les presentaron cuantas frutas promete la primavera y regala el otoño. Al mismo, tiempo cantaron cuatro de ellas, primero la guerra de los dioses con los gigantes; después los amores de Júpiter y de Semele; el nacimiento de Baco, y su educación por el viejo Sileno, la carrera de Atalanta y de Hipómenes, quien la venció, por medio de las manzanas de oro cogidas en el jardín de las Hespérides; y por último cantaron

también la guerra de Troya, ensalzando hasta el cielo los triunfos de la prudencia de Ulises. La ninfa principal, llamada Leucotoe, acompañaba con la lira las dulces voces de las otras.

Al oír Telémaco el nombre de su padre no pudo contener las lágrimas, que corriendo por sus mejillas daban nuevo realce a su hermosura. Echando de ver Calipso que no podía comer porque el dolor le tenía oprimido el corazón, hizo una señal a las ninfas, que al instante cantaron el combate de los Centauros y los Lapitas y la bajada de Orfeo a los infiernos para sacar de ellos a Eurídice.

Acabada la comida, se apartó la diosa con Telémaco, y le habló de esta manera: Tú sabes, hijo del grande Ulises, la bondad con que te he acogido: sabe pues, también que soy inmortal, y que ninguno que no lo sea puede entrar en esta isla sin que al punto sea castigado su atrevimiento; ni aun tu naufragio te disculpara: nada fuera bastante a librarte de mi enojo, si yo de antemano no te amase. La misma fortuna tuvo también tu padre; pero ah! ¡Qué poco supo aprovecharse de ella! Largo tiempo le detuve en esta isla: en su mano estuvo vivir conmigo una vida inmortal; pero pudo mas con él la ciega pasión de volver a su miserable patria todo lo despreció

por su Itaca, que no ha logrado volver a ver. Se obstinó en dejarme, marchóse; pero me vengó la tempestad que sepultó su nave entre las olas después de haberla hecho servir mucho tiempo de juguete a los vientos: escarmienta en tan funesto ejemplo. Y pues su naufragio no te deja ni la más remota esperanza de volver a verle, ni de reinar en Itaca, consuélate de su pérdida hallar en mí una deidad dispuesta a hacerte feliz, y un reino que ella misma te ofrece.

A esto añadió largos discursos, pintando con la mayor delicadeza las dichas que disfrutó Ulises en su compañía. Contóle las aventuras que le sucedieron en la caverna del cíclope Polifemo, y con Antífates, rey de los Lestrigones: contóle lo que le sucedió en la isla de Circe, hija del Sol y el riesgo que corrió entre Escila y Caribdis. Le hizo una pintura de la última tempestad que movió Neptuno contra él cuando la dejó; y para que se persuadiese que en ella había perecido, le ocultó su arribo a la isla de los Feacios.

Telémaco, que desde luego se había entregado con demasiada ligereza al regocijo de verse tan bien tratado de Calipso, conoció al fin sus artificios, y la prudencia de los consejos que Mentor acababa de

darle; y así la respondió en pocas palabras: Disculpad, o diosa, mi sentimiento es tan intenso mi dolor, que sólo me permite llorar y sentir: acaso en lo sucesivo me hallaré más capaz de disfrutar la dicha que me ofrecéis; por ahora dejadme que llore a mi padre: vos sabéis mejor que yo cuan digno es de ser llorado.

No se atrevió por entonces la diosa a instar más a Telémaco; antes fingió tomar parte en su pena, y contristarse por Ulises. Pero, para mejor conocer los medios de que debía valerse para ganarle el corazón, le preguntó como había naufragado, y por que aventuras había venido a dar en sus costas. La historia de mis infortunios la respondió Telémaco, se os haría demasiado pesada. De ningún modo, le replicó la diosa ya estoy deseando saberla, no dilates referírmela. Por fin le instó tanto, que, no pudiendo resistirse, empezó a hablar en estos términos:

Yo salí de Itaca a preguntar por mi padre a los otros reyes, que habían vuelto del sitio de Troya. A los amantes de mi madre Penélope les sorprendió la noticia de mi partida: ocultésela cuidadosamente, porque conocía su perfidia. Llegué a Pilos, hablé a Néstor; pasé a Lacedemonia, donde fui cariñosamente recibido de Menelao pero ni uno ni otro su-

pieron decirme si mi padre era vivo o muerto. Cansado ya de dudas, me resolvía pasar a Sicilia, adonde tenía entendido que le había arrojado una borrasca: pero el sabio Mentor, que está presente, se opuso a tan temerario designio, representándome por una parte la crueldad de los cíclopes gigantes monstruosos que devoran a los hombres y por otra la armada de Eneas y de los Troyanos que navegaban por aquellas costas. Los Troyanos, me decía, aborrecen mortalmente a los Griegos; pero en especial ninguna sangre derramarían con más gusto que la del hijo de Ulises. Créeme, vuélvete a Itaca, donde acaso tu padre, a quien aman los dioses, llegará al mismo tiempo que tú; y si han decretado su ruina, o que no vuelva a ver su patria, a lo menos ve tú a vengarle: ve a librar a tu madre: haz que todas las naciones admiren tu sabiduría: haz que la Grecia toda vea en ti un rey tan digno de serlo como el mismo Ulises.

Por desgracia yo no tenía la prudencia y docilidad que se necesitaba para conocer y seguir tan saludables consejos: sólo oía el grito de mi pasión. Sin embargo el sabio Mentor me ama tanto, que no dudó acompañarme en un viaje tan temerario, y emprendido contra su dictamen; los dioses me permitieron caer en esta falta, sin duda porque de

ella aprendiese a corregir en lo sucesivo mi presunción.

Mientras Telémaco hablaba, estaba Calipso como asombrada mirando a Mentor, en quien creía descubrir algo de divino; pero no pudiendo aclarar sus confusas ideas acerca de quien fuese aquel desconocido, permanecía en su presencia llena de temor y desconfianza; y, recelando que su turbación llegase a traslucirse, le dijo e Telémaco que continuase su historia, y este lo hizo así:

Largo tiempo tuvimos un viento favorable para Sicilia; pero después una negra tempestad ocultó el cielo a nuestra vista, y, quedamos envueltos en una profunda noche. A la luz de los relámpagos divisamos otras naves que corrían el mismo riesgo, y no tardamos en conocer que eran las de Eneas, no menos temibles para nosotros que las mismas rocas. Entonces, conocí, aunque tarde, lo que el ardor de una juventud imprudente me había impedido reflexionar con madurez. Pero Mentor se mostró en este peligro no sólo firme e intrépido, sino aun más alegre de lo que acostumbra. Él era quien me animaba, y yo sentía el valor invencible que me infundía; y cuando el mismo piloto estaba aturdido, él con la mayor serenidad lo ordenaba todo. Entonces le dije:

¡Mi amado Mentor, que rehusase yo seguir vuestros consejos! ¡Cuánta es mi desgracia por no haber consultado mas que mi voluntad en una edad en que no se tiene previsión de lo futuro, experiencia de lo pasado, ni moderación para conducirse en lo presente! Mas ah! que si lográsemos escapar de este peligro, yo desconfiaré de mí mismo como de mi más temible enemigo. Sólo a vos, Mentor, sólo vuestros consejos serán los que siga siempre.

Mentor me respondió sonriéndose: Yo trato de reprender la falta que has cometido; basta que la conozcas, y ojalá que de ella aprendas a moderar tus deseos pero después que el peligro pase, tornara quizá la presunción. Mas ahora 1o que importa es mantenerse con valor. Es menester prever el peligro y temerle antes de arrostrarle; pero ya en él, no queda mas arbitrio que despreciarle. Muéstrate pues digno hijo de Ulises, muestra un corazón superior a los riesgos que te amenazan.

Admirado me dejaron la afabilidad y valor del sabio Mentor; pero lo que me sorprendió aun mucho más fue la industria con que nos libró de los Troyanos. Al momento en que el cielo empezaba a despejarse, y en que hubiera sido preciso que los Troyanos, viéndonos de cerca, nos conocieran,

echó de ver que una de sus naves, separada de las otras por la tormenta, era casi semejante a la nuestra, y que su popa estaba coronada de ciertas flores: al instante dispuso que se guarneciese la nuestra con guirnaldas de flores semejantes, y él mismo las ató con lazos del propio color que los de los Troyanos: mandó a nuestros remeros que se ocultasen cuanto pudiesen, tendiéndose a lo largo de los bancos para no ser conocidos de los enemigos; y así pasamos por en medio de su armada. Luego que nos vieron, empieza por manifestar a gritos su alegría, creyendo que volvían a ver los compañeros que tenían por perdidos. Obligónos, el mar, bien a pesar nuestro, a navegar con ellos largo trecho; mas en fin pudimos quedarnos algo atrás; y mientras la impetuosidad de los vientos los arrojaba a ellos hacia el África, hicimos nosotros los últimos esfuerzos para llegar a fuerza de remos a la vecina costa de Sicilia.

Llegamos con efecto; pero lo que en ella hallamos no nos fue menos funesto que la escuadra de que huíamos. Encontrándonos con otros Troyanos igualmente enemigos de los griegos, vasallos del anciano Acestes, originario de Troya, que reinaba en aquella isla. Apenas llegamos a la playa, cuando los habitantes hubieron de tenernos por vecinos de

otros pueblos de la isla que iban armados para sorprenderlos, o por extranjeros que iban a apoderarse de sus tierras. Al primer ímpetu de su furor nos incendiaron la nave, y pasaron a cuchillo a todos nuestros compañeros, sin reservar mas que a Mentor y a mí para presentarnos a Acestes, a fin de que pudiese saber de nosotros mismos cuales eran nuestros designios y de donde veníamos. Lleváronnos a la ciudad atadas atrás las manos: y si nuestra muerte se difería era sólo para que sirviésemos de agradable espectáculo a un pueblo cruel luego que supiese que éramos griegos. Inmediatamente fuimos presentados a Acestes, que con el cetro de oro en la mano estaba juzgando a sus pueblos, y preparándose para un gran sacrificio. Preguntónos con severidad de que tierra éramos, y el objeto de muestro viaje; y Mentor se adelantó a responderle: Nosotros venimos de las costas de la grande Hesperia, y nuestra patria no dista mucho de ellas. Así evitó decir que éramos griegos. Pero Acestes, poco satisfecho con esta respuesta, y sin darle lugar para más, nos mandó llevar a un bosque inmediato, para que, bajo el mando de los que guardaban sus ganados, sirviésemos allí en calidad de esclavos.

Horrorizóme esta indigna condición; y no pudiendo contenerme, exclamé como enajenado: ¡Oh rey! dadnos la muerte antes que tratarnos con tanta ignominia. Sabed que yo soy Telémaco, hijo del sabio Ulises, rey de los Itacences, que le ando buscando por todos los mares; pero si no he de tener la dicha de hallarle, ni la de volver a mi patria, ni me ha de ser posible evitar la esclavitud con que me amenazáis, quitadme una vida que me será insoportable.

No bien lo hube dicho, cuando todo el pueblo exclamó alborozado: Perezca el hijo de aquel cruel cuyos artificios destruyeron la ciudad de Troya. El mismo Acestes me dijo: Telémaco, yo no puedo negar tu sangre a los manes de tantos Troyanos como ha precipitado tu padre a las riberas del negro Cocito: morirás, tú y el que te conduce. Al mismo tiempo un anciano, que entre la turba se hallaba, propuso al rey que fuésemos inmolados sobre el sepulcro de Anquises. Su sangre, decía, será grata a la sombra de aquel héroe. ¡Y cuánta no será la gratitud y reconocimiento de Eneas, cuando sepa que tanto amáis lo que él mas apreciaba en el mundo!

Todo el pueblo aplaudió la proposición y ya no se trataba mas que de sacrificarnos. Ya nos condu-

cían al sepulturero de Anquises, en que se habían erigido dos altares sobre los cuales ardía el sacro fuego. La espada del sacrificio estaba presente a nuestra vista. Habíamos coronado de flores, y no había compasión que nos salvara la vida: nuestra suerte estaba decidida; cuando he aquí que Mentor con la mayor tranquilidad pide permiso para hablar al rey, y le dice:

¡Acestes! ya que la desgracia del joven Telémaco, que jamás ha tomado las armas contra los Troyanos, no os mueve a compasión, muévaos siquiera vuestro propio interés. Por la ciencia que alcanzo de los presagios y de la voluntad de los dioses, estoy previendo que antes de tres días os acometerán unos pueblos bárbaros, que a manera de torrente se precipitarán desde lo alto de las montañas, inundarán vuestra ciudad, y talarán todo el país. Disponeos, pues, a prevenirles; armad vuestros pueblos, y no perdáis momento en poner al cubierto de vuestros muros los numerosos rebaños que tenéis en los campos. Si mi predicción saliere fallida, en vuestra mano estará sacrificarnos al cabo de los tres días; pero si por el contrario saliere cierta, reflexionad cuan injusto fuera quitar la vida a los mismos de quien se ha recibido.

Admirado quedó Acestes de lo que Mentor le decía con aquel género de confianza que jamás había observado en ningún otro hombre. Y así le respondió: Bien veo, extranjero, que los dioses, a quienes debéis tan pocos bienes de fortuna, os ha dado en recompensa una sabiduría mucho mas apreciable que todos los tesoros. Dicho esto, suspendió el sacrificio, y se apercibió con presteza contra la invasión que según Mentor le amenazaba. A donde quiera que se volvía la vista, se hallaban mujeres trémulas, viejos encorvados y niños llorosos que iban a refugiarse a la ciudad. Los bueyes mugiendo y las balantes ovejas dejaban los abundosos pastos y se venían a bandadas, sin que hubiese establos que bastasen a guarecerlos. Por todas partes se oía el confuso rumor de las gentes que se atropellaban sin entenderse. Aquí uno buscando a su amigo se abraza con un desconocido, y allí corren otros sin saber adonde: todo era confusión y asombro. No así los magnates de la ciudad, que, teniéndose por mas cuerdas, decían que Mentor era un impostor, y que había hecho aquella falsa predicción sólo por salvarse la vida.

Antes de concluirse el tercer día, y cuando ellos estaban mas satisfechos de su opinión, se vio que

descendían por la ladera de los montes inmediatos una multitud infinita de bárbaros armados, compuesta de los feroces Himerios, y de las naciones que habitan los montes Nebrodes, y la cima del Acragas, donde reina un invierno que jamás han templado los céfiros. Todos los que despreciaron la predicción de Mentor perdieron sus esclavos y ganados. El Rey, por el contrario, viéndola cumplida: Me olvido, le dijo, de que sois Griegos: nuestros enemigos vienen a ser hoy nuestros más fieles amigos. Los dioses os han enviado para salvarnos: y así no espero menos de vuestro valor que de la sabiduría de vuestros consejos; apresuraos pues, a socorrednos.

El denuedo que Mentor manifestaba en sus ojos llenaba de admiración a los más bravos combatientes. Ármase de escudo, yelmo, espada y lanza, ordena las tropas de Acestes, y poniéndose al frente de ellas, avanza en buen orden hacia el enemigo. Acestes, aunque lleno de espíritu, no podía por su vejez seguirle sino de lejos. Seguíale yo más de cerca, pero muy distante en el valor. Parecía su coraza en el combate la inmortal égida. La muerte discurría de fila en fila por donde quiera sus golpes caían. Semejante a un león de Numidia que acosa el ham-

bre, y se entra en un rebaño de mansas ovejas, él despedaza, degüella, nada en sangre; y los pastores, lejos de socorrer al ganado, huyen despavoridos por librarse de su furor.

Así fue que los bárbaros, que creían sorprender la ciudad, fueron sorprendidos y desbaratados. Los vasallos de Acestes, animados con el ejemplo y las palabras de Mentor, tuvieron aquel día un valor de que ellos mismos se tenían por incapaces. Yo derribé con mi lanza al hijo del rey de aquel pueblo enemigo. Era de mi edad, pero de mucho mayor estatura; porque aquel pueblo trae su origen de una casta de gigantes descendientes de los cíclopes. Despreciábame por débil, pero sin arredrarme su prodigiosa fuerza, ni su aspecto salvaje y brutal, le atravesé con mi lanza, haciéndole vomitar la vida con un torrente de negra sangre. No faltó mucho para que me abrumase en su caída. Tal era su peso y el de su armadura, que el ruido que hizo con el pie resonó hasta en las montañas. Tomé sus despojos y me incorporé con Acestes. Luego que Mentor desordenó a los enemigos, los destrozó, ahuyentando a los fugitivos hasta las selvas.

Un éxito tan feliz como inesperado hizo que se le mirase como a un hombre querido e inspirado de

los dioses: y Acestes, a impulsos del agradecimiento, nos advirtió el riesgo que corríamos si las naves de Eneas volvían a Sicilia. Para evitarle, nos dio una en que pudiésemos restituirnos a nuestra patria, nos colmó de presentes, y nos instó a que sin dilación partiésemos. No quiso darnos piloto alguno ni remeros de su nación, porque sin duda hubiera sido exponerlos demasiado, llegado que hubieran a las costas de Grecia. Diónos sí unos comerciantes fenicios, los cuales, por estar en trafico con todas las naciones del mundo, nada tenían que temer: y al mismo tiempo iban encargados de volver el navío a Acestes luego que nos hubiesen dejado en Itaca.

Pero los dioses, que se burlan de los designios de los mortales, nos reservaban para nuevos peligros.

LIBRO SEGUNDO

SUMARIO

REFIERE Telémaco que fue cogido por la armada de Sesostris en el navío tirio, y llevado cautivo a Egipto; pinta la hermosura de aquel país, y la sabiduría con que su rey le gobernaba. Refiere que Mentor fue hecho esclavo también, y enviado a Etiopía, y que él mismo se vio reducido a guardar un rebaño en el desierto de Oasis; que Termosiris, sacerdote de Apolo, le consoló enseñándole a que imitase a este dios cuando fue pastor del rey Admeto. Cuenta también que, sabidas por Sesostris las maravillas que entre los pastores obraba, le hizo llamar; y persuadido de su inocencia, le prometió restituirle a Itaca; pero que la muerte del rey le volvió a sumergir en nuevas desgracias; que se le puso preso en una torre inmediata al mar, desde donde vio morir al nuevo rey Boccoris en el combate que tuvo con sus vasallos rebeldes, auxiliados por los Tirios.

IRRITADO tenía la altivez de los Tirios al gran Sesostris, rey de Egipto, y conquistador de tantos reinos. Con las riquezas que por medio del comercio adquirían, y con la seguridad que les ofrecía la inconquistable Tiro, situada en el mar, se habían engreído hasta negarle el tributo que les impuso a la vuelta de sus conquistas, y hasta el extremo de proveer de tropas a su hermano, que a su regreso intentó asesinarle entre los regocijos de un festín.

Para abatir su orgullo, dispuso Sesostris interceptarles el comercio en todos los mares, a cuyo fin cruzaban sus navíos por todas partes en busca de los Fenicios. Dimos con una flota egipcia cuando empezábamos a perder de vista las montañas de Sicilia, y cuando el puerto y la tierra huían al parecer de nosotros, perdiéndose en los mares. Acercábanse a nosotros los bajeles de los Egipcios cual una ciudad flotante. Reconociéronlos los fenicios, y quisieron alejarse; pero ya no era tiempo, porque sus naves eran más veleras, las favorecía el viento, y estaban mejor tripuladas de remeros: por último nos abordan, nos apresan y nos llevan prisioneros a Egipto.

En vano les hice presente que no éramos fenicios, pues apenas se dignaron oírme, teniéndonos desde luego por esclavos, en que los fenicios comerciaban; y así sólo pensaban en el valor de la presa. Ya alcanzamos a ver las aguas del mar, blancas con la mezcla de las de Nilo, y vimos, también la costa de Egipto casi tan baja como el mismo mar. Después llegamos a la isla de Faros, inmediata a la ciudad de No, y desde allí subimos por el Nilo hasta Ménfis.

Si el dolor de vernos cautivos no nos hubiese hecho insensibles a todo placer, seguramente hubiéramos sentido el mayor al ver la tierra de Egipto, tan fértil y bien cultivada como el más hermoso jardín, regado por un sin número de canales. Por cualquiera de las dos riberas que teníamos la vista, se nos ofrecían ciudades opulentas, casas de campo bellamente situadas, tierras que todos los años se cubren de doradas espigas, sin estar jamás de descanso, praderas pobladas de ganados, labradores enriquecidos con las abundantes cosechas que les daba la fecundidad del suelo, pastores que a todos los ecos de aquellos contornos hacían repetir los acordes sonidos de las flautas y zampoñas.

¡Feliz, decía Mentor, feliz el pueblo gobernado por un rey sabio! Vive en la abundancia, en medio de la dicha, y ama al autor de su felicidad. Así es, me dijo, como debes reinar y causar la alegría de tus vasallos, si es que algún día quieren los dioses que llegues a poseer el reino de tu padre. Ámalos como a tus propios hijos, complácete en ser amado de ellos, y haz de modo que cuando gocen de los preciosos dones de la paz y de la alegría, se acuerden precisamente que es de un buen rey de quien los reciben. Los reyes que sólo piensan en hacerse temibles y obtener de la opresión la obediencia son el azote del género humano: logran sí ser temidos como desean, pero también son aborrecidos y detestados; y es mucho más lo que tienen que temer de sus vasallos, que lo que sus vasallos tienen que temer de ellos.

No es ahora tiempo, respondía a Mentor, de pensar en las máximas según las cuales se ha de reinar; ya no hay Itaca para nosotros; no volveremos a ver nuestra patria, ni a mi madre Penélope: y aun cuando Ulises volviese lleno de gloria a su reino, ni él tendría la satisfacción de verme, ni yo la de obedecerle pava aprender a mandar. Muramos, mi querido Mentor, que es lo único en que debemos

pensar: muramos, pues que los dioses no se apiadan de nosotros.

Así hablaba, y profundos suspiros interrumpían mis palabras. Pero Mentor, que sólo temía los males antes que llegasen, y, ya en ellos no sabía que cosa era temerlos ¡Indigno hijo del sabio Ulises! me dijo, qué es esto! así es como sucumbes a la desgracia! Sabe que llegará el día, en que vuelvas a ver a Itaca y a Penélope: sabe que también veras, en su gloria primera, al que hasta ahora no has conocido, al invencible Ulises, superior a todas las desgracias, y que en sus infortunios, harto mayores que los tuyos, te enseña a que jamás te abatas. Cual fuera su desconsuelo, si allá, en las lejanas tierras adonde le ha arrojado la borrasca, supiese que su hijo no imitaba su paciencia ni su valor, esta nueva, después de cubrirle de vergüenza, era preciso que le fuese más sensible que todas las desgracias que tanto tiempo hace esta sufriendo.

Después me iba haciendo notar la alegría y la abundancia que rebosaban por toda la campiña de Egipto, en la cual se contaban hasta veinte y dos mil ciudades: admiraba su buena policía, la justicia administrada a favor del pobre contra el rico, la buena educación de los jóvenes, a quienes se les acostum-

braba a la obediencia, al trabajo, a la sobriedad y al amor de las artes o de las letras; la exactitud en todas las ceremonias de la religión, el desinterés, el deseo de la honra, la fidelidad para con los hombres, y el temor de los dioses que cada padre inspiraba a sus hijos. No se cansaba de admirar un orden tan excelente. Feliz, me decía a cada instante, feliz el pueblo que es así gobernado por un rey sabio; y mucho más feliz todavía el rey que proporciona la felicidad a tantos pueblos, y que sólo funda la suya en su virtud propia! Él tiene sujetados los hombres con un vínculo cien veces mas fuerte que el del miedo; es el del amor. No sólo le obedecen, sino que gustan de obedecerle. Reina en los corazones todos, cada uno, muy lejos de querer su muerte, teme perderle, y daría por él su vida.

Iba yo notando cuanto me decía Mentor, y sentía que al paso que me hablaba, mi valor renacía en mi corazón.

Inmediatamente que llegamos a Ménfis, opulenta y magnífica ciudad, mandó el gobernador que fuésemos a Tebas, para que nos presentasen al rey Sesostris, que quería examinar las cosas por sí mismo, y que estaba muy resentido de los tirios. Proseguimos pues nuestro viaje subiendo por el Nilo hasta la

famosa Tebas de cien puertas, corte de aquel gran rey. Esta ciudad nos pareció de una inmensa extensión, y más poblada que las más florecientes de Grecia. Es admirable su policía, así por el aseo de las calles, el curso de las aguas y la comodidad de los baños, como por la cultura de las artes y la seguridad pública. Las plazas están adornadas de fuentes y obeliscos, los templos son de mármol, y su arquitectura sencilla, pero majestuosa. El palacio del príncipe es por sí solo como una gran ciudad: en él no se ven sino columnas de mármol, pirámides y obeliscos, estatuas colosales, y muebles de plata y oro macizo.

Los que nos habían apresado, dijeron al rey, que habíamos sido hallados en un navío fenicio, tenía señaladas ciertas horas diarias para oír a cualquiera de sus vasallos que tuviese alguna queja o aviso que darle: a ninguno despreciaba ni desechaba, porque estaba bien persuadido de que sólo era rey para hacer bien a todos sus vasallos, a los cuales amaba como a sus propios hijos. Recibía a los extranjeros con agrado, y gustaba de verlos, no dudando que siempre se aprende algo útil imponiéndose de las costumbres y usos de los pueblos lejanos.

Esta curiosidad del rey fue causa de que nos presentasen a él. Estaba sentado sobre un trono de marfil, con un cetro de oro en la mano. Era ya anciano, pero agradable y lleno de majestad y dulzura. Administraba justicia diariamente a sus pueblos con una paciencia y sabiduría que no necesitaban de la lisonja para ser admiradas. Después de emplear las mañanas en el arreglo de los negocios, y en la más exacta administración de justicia se divertía por las tardes en oír a los sabios, o en conversar con los hombres más virtuosos, que sabía muy bien elegir para admitirlos a su trato. Lo único que se le podía censurar en todo el discurso de su vida era el haber triunfado con demasiado fausto de los reyes que había vencido, y de haberse confiado a uno de sus súbditos, cuyo carácter os describiré bien pronto. Luego que el rey me vio, se compadeció de mis pocos años preguntóme mi nombre y patria; y vimos con admiración que la misma sabiduría hablaba por su boca.

Gran rey, le respondí, ya habéis tenido noticia del sitio de Troya, que duró diez años, y de su ruina, que tanta sangre costó a toda la Grecia. Ulises, mi padre fue uno de los reyes que más particularmente, contribuyeron a la destrucción de aquella ciudad;

mas ahora anda errante por los mares, sin hallar la isla de Itaca, que es su reino. Yo le ando buscando; mas una desgracia semejante a la suya me ha hecho caer prisionero. Restituidme a mi padre y a mi patria: así los dioses os conserven para bien de nuestros hijos, y les hagan apreciar dignamente la dicha de vivir, bajo la dirección de tan buen padre. Continuó Sesostris mirándome con ojos compasivos; pero queriendo averiguar si era verdad lo que yo le había dicho, nos envió a uno de sus ministros, encargando de que se informase de los que apresaron nuestra nave, si efectivamente éramos griegos o fenicios. Si son fenicios, decía, merecen doble castigo, por ser nuestros enemigos, y más por haber intentado engañarnos con una vil mentira: pero si por el contrario son griegos, quiero que se les trate benignamente, y que en una de mis naves se les vuelva a su patria. Soy afecto a la Grecia, porque han sido muchos los egipcios que han dado leyes en ella. Tengo noticias del valor de Hércules; la gloria de Aquiles se ha extendido hasta nosotros, y admiro cuanto me han contado de la sabiduría del desgraciado Ulises; es mi gusto socorrer a la virtud desgraciada.

El ministro, a quien el rey cometió el examen, tenía una alma tan corrompida y artificiosa, como sencilla y generosa era la de Sesostris. Llamábase Metofis; hízonos varias preguntas procurando sorprendernos, pero como viese que Mentor respondía con mas prudencia que yo, le miraba con aversión y desconfianza, porque es propio de los malvados irritarse contra los buenos. Por último nos separó, y desde aquel momento no supe más de Mentor.

Esta separación fue para mí un golpe mortal. Esperaba Metofis hallarnos en contradicción, preguntándonos separadamente; y sobre todo creía deslumbrarme con sus lisonjeras promesas, y hacerme confesar lo que Mentor le hubiese ocultado. En fin, no buscaba de buena fe la verdad: lo que quería era hallar algún pretexto con que decir al rey que éramos fenicios para hacernos sus esclavos. Con efecto a pesar de nuestra inocencia, y de la sabiduría del rey, halló medio de engañarle.

¡Ay! a cuanto no están expuestos los reyes! Aun los más sabios son muchas veces sorprendidos: verse rodeados de hombres artificiosos e interesados; los buenos se retiran, porque ni son entremetidos ni lisonjeros; esperan que los busquen, y los príncipes no saben buscarlos. Por el contrario, los malvados

son atrevidos y engañosos, solícitos para insinuarse y agradar, diestros en disimular, y prontos a hacer cuanto se quiera, contra el honor y la conciencia, por satisfacer las pasiones del que reina. ¡Oh, cuan desgraciado es un rey en estar siempre expuesto a los artificios de los perversos! ¡Perdido está si no desecha la lisonja y si no ama a los que tienen valor para decirle la verdad! Estas eran las reflexiones que hacía yo en mi desgracia; acordándome al mismo tiempo de cuanto Mentor me había dicho.

Lo cierto fue que Metofis me envió con sus esclavos, hacia los montes del desierto de Oasis a guardar con ellos sus numerosos rebaños.

Aquí llegaba Telémaco, cuando le interrumpió Calipso para preguntarle: ¡Y bien! tú, que en Sicilia preferiste la muerte a la esclavitud, ¿qué hiciste en esta ocasión?

Mi desgracia iba siempre en aumento, le respondió Telémaco. Ya no tenía ni aun el triste consuelo de escoger entre la esclavitud y la muerte. Era forzoso ser esclavo, y apurar, por decirlo así, todos los rigores de la fortuna: ya no me quedaba ninguna esperanza; ni aun una palabra podía decir para procurar libertarme. Después me ha dicho Mentor que le

vendieron a unos Etíopes, los cuales se lo llevaron a Etiopía.

En cuanto a mí, llegué a unos desiertos horrorosos, donde se ven encendidos arenales, en medio de las llanuras, y en las cimas de los montes una perenne nieve que perpetúa en ellas el invierno. De modo, que solo entre las rocas, al comedio de las faldas de aquellas escarpadas montañas, se halla pasto para la manutención del ganado. Los valles son allí tan profundos que apenas consigue el sol hacer lucir en ellos sus rayos.

En este país no hallé mas hombres que pastores tan montaraces, como el país mismo. Yo pasaba las noches en llorar mi desventura y los días cuidando de un rebaño, por evitar el brutal furor de un esclavo principal, el cual, con la esperanza de alcanzar su libertad, acusaba sin cesar a los demás, para realzar su afición y su celo por los intereses de su dueño. Llamábase Butis, en tal situación era preciso rendirme, a la desgracia, y así fue que un día, oprimido de dolor, me olvidé de mi rebaño, y me tendí sobre la yerba junto a una caverna, esperando allí la muerte por serme ya insoportables mis penas.

En el mismo instante noté que todo el monte se estremecía; las encinas y los pinos como que se des-

gajaban de la cumbre; los vientos estaban suspensos. O que de la caverna salió una voz a manera de bramido que me dijo estas palabras: Hijo del sabio Ulises es menester que te hagas grande con la paciencia. Los príncipes que han sido siempre felices, son bien poco dignos de serlo; la molicie los corrompe, y el orgullo los embriaga. ¡Dichoso tú si superas tus desgracias, y las tienes siempre presentes! Volverás a ver a Itaca, y tu gloria subirá hasta los astros. Cuando gobiernes los demás hombres, acuérdate de que has sido débil, pobre y afligido como ellos: complácete en aliviarlos, ama a tu pueblo, detesta la lisonja, y sabe que sólo serás grande en cuanto seas moderado, y poderoso para vencer tus pasiones.

Estas divinas palabras penetraron hasta lo íntimo de mi corazón, e hicieron renacer en él la alegría y el esfuerzo. Yo no sentí aquel pavor que eriza los cabellos y hiela la sangre en las venas cuando los dioses se comunican a los mortales; levantéme tranquilo; y puesto de rodillas, alzadas las manos al cielo, adoré a Minerva, a quien creí deber este oráculo. Inmediatamente me hallé transformado en un nuevo hombre, la sabiduría iluminaba mi entendimiento, y sentíme fortalecido para reprimir mis pa-

siones y contener los ímpetus de mi juventud. Grangéeme el amor de todos los pastores del desierto; y mi docilidad, mi paciencia y mi exactitud llegaron por fin a ablandar al cruel Butis, que al principio se había empeñado en mortificarme.

Para mejor soportar el fastidio del cautiverio y de la soledad, busqué algunos libros, pues estaba rendido de tristeza por falta de alguna instrucción que pudiese alimentar mi entendimiento y animarle. ¡Felices, decía yo, aquellos a quienes disgustan los placeres violentos y que saben contentarse con las dulzuras de una vida inocente! ¡Felices los que se divierten instruyéndose y se complacen en cultivar su talento en las ciencias! Adonde quiera que la fortuna enemiga les arroje, llevan siempre consigo en que ocuparse; y el fastidio que devora a los demás hombres aun en medio de sus placeres, es desconocido de los que se emplean en la lectura. ¡Felices mil veces los que gustan de leer, y no se ven como yo privados de la lectura!

Con estos pensamientos me interné en un bosque sombrío, donde repentinamente vi un anciano que tenía en la mano un libro. Era su frente ancha y un tanto arrugada; su blanca barba le llegaba hasta la cintura: era su estatura alta y majestuosa su tez aun

se conservaba fresca y encarnada: sus ojos eran vivos y penetrantes, su voz suave, sus palabras sencillas y amorosas; en fin, jamás había visto un anciano tan venerable. Llamábase Termósiris: era sacerdote de Apolo a quien servía en un templo de mármol que los reyes de Egipto le habían consagrado en aquel bosque. El libro era una colección de himnos en loor de los dioses.

Acercóse a mí cariñosamente, y entramos en conversación. Contaba también las cosas pasadas, que parecía que se estaban viendo, y con tal concisión, que nunca me cansé de oírle. El profundo conocimiento que tenía de los hombres y de los designios de que son capaces, le hacía prever el porvenir. En medio de su mucha gravedad era jovial y placentero, tanto que la más festiva juventud no tiene la gracia que la ancianidad de este hombre singular: así es que amaba a los jóvenes con tal que fuesen dóciles e inclinados a la virtud.

En breve me tomó inclinación, y me dio libros que me consolasen: llamábame hijo suyo. Yo le decía a menudo: Padre mío, los dioses que me quitaron a Mentor, se han apiadado de mí dándome en vos otro apoyo. Este hombre, semejante a Orfeo o a Lino, estaba sin duda inspirado de los dioses. Reci-

tábame los versos que había compuesto, y me daba los de muchos excelentes poetas favorecidos de las musas. Cuando se revestía de su largo manto, que era de una resplandeciente blancura, y tomaba en la mano su lira de marfil, los tigres, los leones y los osos venían a halagarle y lamerle los pies; los sátiros salían de las selvas para bailar en torno de él, hasta los árboles parece que se conmovían, y uno creyera que las rocas enternecidas: iban a bajar de la cumbre de las sierras, atraídas por el encanto de sus dulces acentos. El único objeto de sus cánticos era la grandeza de los dioses, la virtud de los héroes, y la sabiduría de los hombres que prefieren la gloria a los placeres.

Decíame muchas veces que yo debía animarme, y tener confianza en que los dioses no abandonarían a Ulises ni a su hijo. Por último me persuadió que, a ejemplo de Apolo, enseñase a los pastores a cultivar las musas. Apolo, decía, indignado de que Júpiter, turbase con sus rayos el cielo en los días mas serenos, determinó vengarse de él en los cíclopes que se los forjaban, y los hirió con sus flechas. Inmediatamente cesó el Etna de vomitar torrentes de llamas; ya no se oía el golpeo de los terribles martillos que, descargando sobre el yunque, hacían estremecer las

profundas cavernas de la tierra y los abismos del mar. El hierro y el bronce, como que ya no estaban pulidos por los cíclopes, comenzaban a tomarse. Furioso Vulcano sale de su fragua, y aunque cojo, sube con ligereza al Olimpo; llega bañado de sudor y cubierto de polvo a la asamblea de los dioses, y en ella expone sus amargas quejas. Irritado Júpiter contra Apolo, le arroja del cielo, y le precipita a la tierra. Su carro andaba por sí solo su ordinaria carrera, para dar a los hombres los días y las noches y la regular alternativa de las estaciones.

Despojado Apolo de todos sus rayos, se vio en la precisión de ponerse a pastor y a guardar los rebaños del rey Admeto. Divertíase en tañer la flauta; y los demás pastores venían a oír sus canciones a la sombra de los olmos, junto a una cristalina fuente. Ellos hasta entonces habían tenido una vida salvaje y brutal, y no sabían mas que guiar las ovejas, esquilarlas, ordeñarlas y hacer quesos, en una palabra, toda la campiña era un horroroso desierto.

Pero bien pronto les enseñó Apolo las artes que hacen agradable la vida. Cantaba las flores con que la primavera se corona, los aromas que exhala, y el verdor que nace bajo sus huellas. Después cantaba las alegres noches del estío, en que los céfiros re-

crean con su frescura, y el rocío templa la tierra. También mezclaba en sus canciones los dorados frutos con que el otoño recompensa los trabajos del labrador y el ocio del invierno durante el cual la alegre juventud baila al rededor de la lumbre. Pintaba en fin las selvas sombrías que cubren los montes, y los hondos valles en que los ríos con sus giros variados parece que juguetean en las risueñas praderas. Así mismo les dio a conocer cuantos son los atractivos de la vida campestre cuando se sabe disfrutar lo que la sencilla naturaleza tiene de agradable.

Muy luego se vieron los pastores más felices con sus zampoñas que los mismos reyes; y sus cabañas atraían una multitud de placeres inocentes que huyen de los palacios dorados. Los juegos, las risas y las gracias acompañaban a las inocentes pastoras. Todos los días eran días festivos. Allí ya no se oía más que el gorjeo de las aves, el dulce soplar de los céfiros que se mecían en las ramas, el murmullo del agua cristalina que caía de alguna roca, o las canciones que inspiraban las musas a los pastores que seguían a Apolo. Enseñábales este Dios a ganar el premio de la carrera, y a herir con las flechas los gamos y los ciervos. Los mismos dioses llegaron a envidiar a los pastores; esta vida pareciéndoles que

toda su gloria, volvieron a llamar a Apolo al Olimpo.

Esta historia, hijo mío, te debe servir de instrucción, pues te hallas en el mismo estado en que el se halló: desbasta esta tierra salvaje; haz, como él, que florezca el desierto: enseña a los pastores el encanto de la armonía, suaviza la ferocidad de sus corazones; hazles que conozcan la virtud amable, y que sientan cuan dulce es gozar en la soledad los inocentes placeres de que nada es capaz de privar a los pastores. Día llegará, hijo mío, llegará día, en que las penas y crueles cuidados que rodean a los reyes harán que en el trono eches menos la vida pastoril.

Después de decirme esto, me dio una flauta tan dulce; que los ecos de aquellos montes que la hicieron resonar por todas partes, bien pronto atrajeron al rededor de mí a todos los pastores vecinos. Mi voz tenía una armonía divina, y me sentí conmovido y como enajenado para cantar las gracias con que la naturaleza adorna el campo. Así pasábamos los días enteros y parte de las noches cantando juntos. Olvidados los pastores de sus cabañas y rebaños, estaban suspensos e inmobles al rededor de mí mientras les daba lección: nada ya parecían tener de salvaje aquellos desiertos; todo era ya en ellos agradable y

risueño: la civilización y cultura de los habitantes parecía que ablandaba el terreno.

Juntábamonos a menudo a ofrecer sacrificios en el templo de Apolo, en el cual era Termósiris sacerdote. Iban los pastores coronados de laurel en honor del dios, y las pastoras, danzando y coronadas de flores, llevaban en la cabeza los canastillos en que iban los dones sagrados. Después del sacrificio teníamos un banquete campestre, en el cual los más esquistos manjares eran la leche de las cabras y ovejas, y las frutas recién cogidas por nuestra mano, los dátiles, los higos y las uvas. Los céspedes nos servían de asientos, y los árboles frondosos nos daban una sombra mas grata que los dorados techos de los palacios reales.

Pero lo que acabó de hacerme famoso entre los pastores, fue que un día se arrojó a mi rebaño un león hambriento. Ya empezaba a hacer en él una horrible carnicería, cuando, sin tener a mano mas que mi cayado, me tiré a él denodadamente. Eriza el bruto su melena, me enseña dientes y garras, abre su voraz y encendida boca, lanza fuego por los ojos, y con la larga cola azota sin cesar sus ijares. No obstante logré aterrarle, la pequeña cota de malla de que iba revestido, según el uso de los pastores egipcios,

impidió que me desgarrase. Tres veces le derribé, y otras tres veces se volvió a levantar, dando tan terribles rugidos, que en todos los bosques resonaron. Por fin le ahogué entre mis brazos, y los pastores, testigos de mi victoria, me hicieron vestir la piel de aquel feroz animal.

La fama de esta acción, y la feliz mudanza de los pastores, se extendió por todos los ámbitos de Egipto y llegó a oídos de Sesostris. Supo que uno de los dos cautivos tenidos por fenicios era el que había hecho renacer el siglo de oro en aquellos desiertos casi inhabitables. Como el rey tenía pasión a las musas, y a todo cuanto podía servir de instrucción, quiso verme. Me vio y me oyó con gusto; y luego que descubrió que Metofis por su avaricia le había engañado le condenó a prisión perpetua, quitándole todas las riquezas que injustamente poseía. ¡Ah! decía, ¡cuan desgraciado es el hombre que se ve elevado sobre los demás! Raramente le es posible ver por sí la verdad: los mismos que le rodean impiden que llegue hasta el que manda: todos tienen interés en engañarle, y todos, bajo la apariencia de celo, ocultan su ambición. Se aparenta amar al rey, y sólo se ama las riquezas que da; lo que se le ama es

tan poco que, por alcanzar sus favores, se le adula y se le vende.

Desde entonces me trató Sesostris con cariño, y resolvió enviarme a Itaca con naves y tropas para librar a Penélope de sus amantes. Ya estaba pronta la flota, y ya sólo pensábamos en embarcarnos. Admiraba estas mudanzas de la fortuna, que sabe elevar de un golpe a los que más abatidos tiene. Esta experiencia me hacía concebir la esperanza de que podría suceder muy bien que Ulises volviese a su reino después de algún largo sufrimiento. También discurría entre mí que aun podría volver a ver a Mentor, aunque le hubiesen llevado a los países más incógnitos de la Etiopía.

Pero en el corto tiempo que retardé mi partida, por ver si podía adquirir de él algunas noticias, murió de repente el anciano Sesostris, y su muerte volvió a sumergirme en nuevas desgracias.

Todo el Egipto se mostró inconsolable por esta pérdida. Cada familia creía haber perdido su mejor amigo, su protector, su padre ¡Jamás, exclamaban los ancianos, alzadas las manos al cielo, jamás tuvo Egipto un rey tan bueno, ni volverá jamás a tenerle! ¡Oh dioses! ¡Cuánto mejor fuera, o no habérselo mostrado nunca a los hombres, o no quitárselo ja-

más! ¿Porqué hemos de sobrevivir al gran Sesostris? Ya, decían los jóvenes, ya se han desvanecido las esperanzas de Egipto. ¡Qué felicidad la de nuestros padres en haber pasado su vida bajo el gobierno de tan buen rey! pero nosotros, sólo le hemos conocido para sentir su pérdida. Sus criados le lloraban noche y día. Los moradores de los pueblos más lejanos acudieron en tropas por espacio de cuarenta días que duraron los funerales. Cada cual quería ver por la última vez el cuerpo de Sesostris, para conservar su imagen; y muchos hubieran querido ser con él sepultados.

Pero lo que aumentaba mas el sentimiento de su pérdida, era que su hijo Boccoris no tenía humanidad con los extranjeros, ni afición a las ciencias, ni amor a la gloria, ni estimaba a los virtuosos. La misma grandeza de su padre había contribuido a hacerle tan indigno de reinar. Criado en la molicie, y en una especie de fiereza brutal, no tenía en nada a los hombres, pareciéndole que sólo habían nacido para él, y que eran de una naturaleza diferente de la suya. Sólo pensaba en satisfacer sus pasiones, y disipar los inmensos tesoros que con tanto cuidado había ahorrado Sesostris; en afligir a los pueblos, desangrar a los infelices, y por fin en seguir los li-

sonjeros consejos de los jóvenes insensatos que le daban, al paso que alejaba de sí con menosprecio a sabios ancianos que habían merecido la confianza de su padre. En una palabra era un monstruo, y no un rey. Todo el Egipto gemía; y aunque el nombre de Sesostris, tan caro a los Egipcios, les hiciese sufrir la cruel y pérfida conducta de su hijo, este corría por sí mismo a su perdición, y era imposible que un príncipe tan indigno del trono reinase mucho tiempo.

Quedé ya sin esperanzas de volver a Itaca. Viví en una torre, a la orilla del mar, cerca de Pelucio, donde había de efectuarse mi embarque si Sesostris no hubiese muerto. Metofis había tenido la destreza de salir de prisión y de reponerse en gracia con el nuevo rey, y me había hecho encerrar en aquella torre, para vengarse de la desgracia que yo le había causado. Pasaba los días y las noches en la mas profunda tristeza: todo cuanto me predijo Termósiris y había oído en la cueva no me pareció mas que un sueño. Hallábame sumido en el dolor mas amargo. Veía las olas que venían batiendo el pié de la torre donde estaba preso; muchas veces me ocupaba en mirar navíos agitados por la borrasca, que estaban en peligro de estrellarse contra las rocas sobre las

cuales estaba edificado la torre. Lejos de compadecer a aquellos hombres amenazados de naufragio, envidiaba su suerte. En breve me decía a mí mismo, tendrán fin las desgracias de su vida, o llegaran a su Patria: mas ¡ay de mí! ¡que no puedo esperar ni lo uno ni lo otro!

Mientras que así me consumía en inútiles pesares, vi como una selva de mástiles de navío. Estaba cubierto el mar de velas que los vientos hinchaban; las olas estaban espumando a los golpes de innumerables remos. Oía por donde quiera una confusa gritería; sobre la playa, veía parte de los Egipcios azorados que corrían a las armas, y otros que parecía iban al encuentro de la armada que llegaba. Luego conocí que aquellas naves extranjeras eran unas de Fenicia, y de la isla de Chipre las otras: ya empezaban mis infortunios a darme algunos conocimientos respectivos a la navegación. Parecióme que los Egipcios estaban divididos entre sí; y no tuve dificultad en creer que el insensato Boccoris, hubiese con sus violencias causado alguna rebelión, y encendido la guerra civil. Con efecto, desde lo alto de la torre fui espectador de un sangriento combate.

Los Egipcios qué habían llamado en su socorro a los extranjeros, después de proteger su desembarco,

atacaron a los otros Egipcios a cuya cabeza venía el rey. Veía a este rey que animaba a los suyos con su ejemplo; parecíase al dios Marte: a su rededor corrían arroyos de sangre; las ruedas de su carro iban teñidas en una sangre negra, espesa y espumante; y apenas podían pasar por encima de montones de cadáveres destrozados. Este joven rey, bien formado, vigoroso, y de una fisonomía noble y arrogante, tenía pintados en sus ojos el furor y la desesperación. Era como un hermoso caballo que no tiene boca: su brío le empujaba a la aventura y la prudencia no moderaba su valor. No sabía reparar sus faltas, ni dar ordenes oportunas, ni prever los males que le amenazaban, ni contemporizar con aquellas personas de que tanto era menester; y no por falta de talento que sus luces eran iguales a su valor; pero como nunca había aprendido en la adversidad, les fue fácil a sus maestros pervertir con la lisonja su buen natural. Embriagado con su poder y su fortuna creía que todo debía ceder a sus fogosos deseos, la menor resistencia exaltaba su cólera, y ya entonces ni raciocinaba ni estaba en sí: su orgullo desenfrenado le trasformaba en fiera. Su bondad natural y su recia razón le abandonaban al instante. Hasta sus más fieles criados se veían precisados a huir de él.

Sólo los que adulaban sus pasiones merecían su cariño: así tomaba siempre partidos extremados contra sus verdaderos intereses, y obligaba a todos los hombres de bien a que detestasen su loca conducta.

Largo rato le sostuvo su valor contra la muchedumbre de sus enemigos; mas al fin sucumbió. Yo le vi morir; atravesóle el pecho el dardo de un Fenicio; fuéronsele las riendas de la mano, y cayó del carro a los pies de los caballos. Un soldado de la isla de Chipre le cortó la cabeza, y cogiéndola por los cabellos, la mostró como en triunfo a todo el ejército victorioso.

Toda mi vida me acordaré de haber visto aquella cabeza nadando en sangre, aquellos ojos cerrados y amortecidos, aquel rostro pálido y desfigurado; aquella boca entreabierta, como queriendo acabar de pronunciar palabras empezadas; aquel aire altivo y amenazador que ni aun la muerte había podido borrar. Toda mi vida estará pintado ante mis ojos; y si los dioses me concediesen que reine algún día, no olvidaré, después de tan funesto ejemplo, que un rey no es digno de mandar, ni es feliz en su poder, sino en cuanto le somete a la razón. Porque ¡qué mayor desgracia para un hombre destinado a ser el autor

de la felicidad pública, que ser el dueño de tantos hombres sólo para hacerlos desgraciados!

LIBRO TERCERO

SUMARIO

REFIERE Telémaco que el sucesor de Boccoris devolvió todos los prisioneros tirios: que él mismo fue conducido a Tiro en el navío de Narbal, comandante de la armada tiria, y la pintura que éste le hizo de Pigmalion, su rey, temible por su avaricia. Refiere también que Narbal le instruyó en los reglamentos del comercio de Tiro, y que ya iba a embarcarse en un navío de Chipre para ir por esta isla a la de Itaca, cuando descubrió Pigmalion que era extranjero y quiso ponerle preso: que, estuvo entonces a pique de perecer; pero que Astarbe, dama del tirano, le libertó, haciendo morir en su lugar a un joven cuyo desprecio la había irritado.

CALIPSO escuchaba con admiración tan sabios discursos; y lo que más la agradaba era la ingenui-

dad con que Telémaco refería los yerros en que había incurrido por ligereza y por falta de docilidad a los consejos del sabio Mentor. Hallaba la diosa una generosidad y grandeza de alma extraordinaria en aquel joven que no se perdonaba a sí mismo, y que parecía haberse aprovechado tan bien de sus mismas imprudencias, para volverse sabio, prudente y moderado. Continúa, le dijo, mi querido Telémaco, que deseo con impaciencia saber como saliste de Egipto, y donde encontraste al sabio Mentor, cuya pérdida tan justamente sentiste.

Telémaco continuó así su relación: Como los Egipcios que seguían el partido del rey fuesen, aunque los más virtuosos y leales, los menos fuertes; y por otra parte le viesen ya muerto, se hallaron reducidos a ceder. Elegióse otro rey llamado Termutis; y hecha alianza entre él y los Fenicios, se retiraron estos con las tropas de Chipre y todos los prisioneros de su nación que el nuevo rey les había devuelto y a mí, como si lo fuese, se me incluyó en el número de ellos. Me sacaron de la torre, me embarqué con los demás, y volvió a relucir en su pecho la esperanza. Ya henchía nuestras velas un viento favorable; los remeros hendían las ondas espumantes, el anchuroso mar estaba cubierto de naves; los marine-

ros daban gritos de alegría, las riberas de Egipto se alejaban de nosotros; las colinas y los montes se iban poco a poco aplanando. Ya empezábamos a no ver mas que cielo y agua, mientras que sol que iba naciendo parecía hacer salir del seno del mar sus fuegos resplandecientes: doraban sus rayos la cima de los montes que aun divisábamos algún tanto al horizonte; y el cielo pintado de azul oscuro, nos prometía una feliz navegación.

Aunque yo fui devuelto como Fenicio, ninguno de los con quienes iba me conocía. Narbal, comandante del navío en el que se me embarcó, quiso saber mi nombre y patria ¿De qué ciudad sois de Fenicia? me preguntó. Yo no soy Fenicio le respondí; pero los Egipcios me apresaron en una nave que lo era, y como Fenicio he permanecido cautivo en Egipto; en concepto de tal he padecido largo tiempo y en el mismo concepto he sido libertado. ¿Pues de que país sois? volvió Narbal a preguntarme: y yo le contesté en estos términos: Yo soy Telémaco, hijo de Ulises, rey de Itaca en Grecia. Mi padre se hizo famoso entre todos los reyes que sitiaron la ciudad de Troya; mas los dioses no le han concedido que vuelva a ver su patria. Yo le he buscado por muchos países, pero la fortuna me persigue como a él: veis

aquí a un desgraciado que sólo anhela la felicidad de volverse a ver entre los suyos y de hallar a su padre.

Mirábame Narbal con sorpresa, y le pareció descubrir en mí un no sé que de feliz que dimana de los dones del cielo, y que no se halla en el común de los hombres. Y como naturalmente era sincero y generoso se compadeció de mi desgracia, y me habló con una confianza inspirada por los dioses para salvarme de un gran peligro.

No dudo, me dijo, de lo que me decís; ni sabría hacerlo, porque la mansedumbre y la virtud retratados en vuestro semblante no me permiten desconfiar de vos, y además presiento que los dioses, a quienes siempre he servido, os aman, y quieren que yo también os ame como si fuerais mi hijo. Voy a daros un consejo saludable, y en recompensa sólo exijo el secreto. No temáis, le dije, que me cueste callar lo que queráis confiarme, pues aunque joven, he envejecido ya en la costumbre de no fiar jamás mi secreto, y mucho más en la de no revelar el de otro por ningún pretexto. Pues ¿cómo habéis podido, me replicó, acostumbraros, siendo tan joven, a guardar secreto? Mucho me alegraré saber por que medios habéis adquirido esta cualidad, que es la base de la

más sabía conducta, y sin la cual son inútiles todos los talentos.

Al partir, Ulises para el sitio de Troya, le respondí, me tomó sobre sus rodillas y entre sus brazos: así es como me lo han referido. Después de haberme besado tiernamente, me dijo estas palabras, aunque yo todavía no podía entenderlas: Hijo mío, no permitan los dioses que te vuelva a ver; antes la guadaña de la parca corte el hilo apenas formado de tus días, así como el segador corta con la hoz la tierna flor que empieza a desplegarse; antes mis enemigos te despedacen a mi vista y la de tu madre, si ha de llegar día en que tu corazón se corrompa y abandone la virtud. ¡Amigos míos! continuó, ahí os dejo este hijo que tanto amo; cuidad de su infancia, y si es que me amáis, alejad de él la perniciosa lisonja; enseñadle a que se venza a sí mismo; sea en vuestras manos como un tierno arbolillo que se le doble, ya para enderezarle; y sobre todo no omitáis nada para hacerle justo, benéfico, sincero, y fiel en guardar secreto: que el que es capaz de mentir, es indigno de que se le cuente en el número de los hombres, y el que no sabe callar es indigno de gobernar.

Os refiero estas palabras, porque han tenido cuidado de repetírmelas mucho, y han llegado a penetrar en lo íntimo de mí corazón, yo me las repito a mí mismo a cada paso.

Los amigos de mi padre procuraron con efecto ejercitarme en guardar secreto; aun estaba yo en la más tierna infancia cuando ya me confiaban los disgustos que tenían al ver a mi madre expuesta a la muchedumbre de temerarios que la solicitaban para esposa. Así desde entonces me trataban como a hombre juicioso y formal, hablábanme en secreto de los más importantes negocios, y me comunicaban lo que resolvían para desviar a los pretendientes. Ufano con que de mí se hiciese esta confianza, me tenía ya por un hombre, jamás abusé de ella, ni se me escapó jamás palabra que pudiese dar el menor indicio de lo que callaba. Muchas veces los pretendientes me estimulaban a que hablase, persuadidos de que un niño que podía haber visto u oído alguna cosa de importancia, no sería capaz de reservarla; pero yo sabía muy bien responderles sin mentir, ni manifestarles lo que no debía decirles.

Luego Narbal me dijo: Ya veis, Telémaco, el Poder de los Fenicios; son formidables por sus innumerables escuadras a todas las naciones vecinas. El

comercio que hacen hasta las columnas de Hércules, les produce riquezas que exceden a las de los pueblos más florecientes. El gran Sesostris, que jamás hubiera podido vencerlos por mar, trabajó no poco para rendirlos por tierra con unos ejércitos que habían conquistado todo el Oriente: impúsonos un tributo que no pagamos mucho tiempo, porque era demasiado el poder y riquezas de los Fenicios para que soportasen con paciencia el yugo de la esclavitud; recobramos nuestra libertad. No le dio tiempo la muerte para que acabase la guerra contra nosotros. Y si bien es verdad que debíamos temerlo todo de su sabiduría, aun mucho mas que de su poder; habiendo pasado su poder a manos de su hijo enteramente falto de prudencia, concluimos que ya nada teníamos que recelar. En efecto, lejos de volver los Egipcios a entrar con las armas en nuestra tierra para subyugarnos de nuevo, se han visto precisados a llamarnos en su socorro, para que les libremos de este rey impío y furioso. Nosotros hemos sido sus libertadores. ¡Que gloria agregada a la libertad y a la opulencia de los Fenicios!

Mas al paso que damos la libertad a los otros, somos esclavos nosotros mismos. Temed, Telémaco, caer en las manos de Pigmalion nuestro rey:

aquellas crueles manos las bañó en la sangre de Siqueo, esposo de Dido su hermana. Dido, poseída del deseo de la venganza, huyóse de Tiro con muchas naves. La mayor parte de los que aman la virtud y la libertad la siguieron hasta la costa de África, donde ha fundado una soberbia ciudad llamada Cartago. Atormentado Pigmalion de una insaciable sed de riquezas, se hace cada vez más despreciable y odioso a sus vasallos. Es un crimen en Tiro el poseer muchos bienes; la avaricia le hace desconfiado, sospechoso y cruel; persigue a los ricos y teme a los pobres.

Aun es mayor crimen en Tiro ser virtuoso, porque Pigmalion supone que los buenos no podrán sufrir sus injusticias e infamias: la virtud le condena, y así es, que se irrita y enfurece contra ella. Todo le agita, todo le inquieta, todo le atormenta; de su misma sombra tiene miedo; no duerme ni de noche ni de día, y los dioses, para confundirle; le abruman con tesoros de que no se atreve a gozar. Lo que busca para ser dichoso es precisamente lo que le impide que lo sea. Echa menos cuanto da, y siempre teme perder, se fatiga por ganar.

Casi nunca se le ve: vive solo, triste y abatido en el centro de su palacio; sus mismos amigos no se

atreven a llegarse a él, porque temen hacérsele sospechosos. Una guardia formidable con espadas desnudas y picas levantadas rodea su palacio. Treinta cámaras que se comunican unas con otras, y que tienen cada una su puerta de hierro con seis gruesos cerrojos, son la estancia en que se encierra: jamás se sabe en cual de ellas duerme; y se asegura que nunca dos noches seguidas en una misma, por miedo de ser en ella degollado. Los inocentes placeres, y la amistad que aun es mas dulce, le son desconocidos. Si se le dice que procure alegrarse, siente que la alegría huye lejos de él, y que rehusa entrar en su corazón. Sus ojos hundidos y vagorosos arrojan un fuego voraz y feroz; al menor ruido aplica el oído y se conmueve. Esta pálido y flaco; y en su rostro, siempre torvo y arrugado, lleva pintadas las pesadumbres que le atormentan. Calla, suspira, y arranca del pecho profundos gemidos, no siéndole posible ocultar los remordimientos que despedazan sus entrañas. Disgústanle los manjares más exquisitos. Sus hijos, que debían ser su esperanza, son el motivo de su terror, y los mira como sus enemigos más temibles. En toda su vida ha tenido un momento de seguridad; y sólo se conserva a fuerza de verter la sangre de todos los que le causan algún te-

mor. ¡Insensato, que no ve que la misma crueldad en que confía, será la que le perderá! Alguno de sus domésticos, tan desconfiado como él, se apresurara a librar al mundo de este monstruo.

Por mí, temo a los dioses; y por mas que me cueste, seré fiel al rey que ellos me han dado; antes sufriera que me diese la muerte, que quitarle yo la vida, y aun que dejar de defenderle. Pero vos, Telémaco, guardaos de decirle quien sois; porque con la esperanza de que, vuelto Ulises a Itaca, le daría una gran suma por vuestro rescate, os tendría preso.

Cuando llegamos a Tiro, seguí los consejos de Narbal, y reconocí la verdad de cuanto me había dicho. Yo no llegaba a comprender que un hombre pudiera hacerse tan miserable como me lo pareció Pigmalion.

Sorprendido de un espectáculo tan terrible, y para mí tan nuevo, decía dentro de mí mismo: he aquí un hombre que sólo ha procurado hacerse feliz: creyó conseguirlo por medio de las riquezas y una autoridad absoluta; posee con efecto todo lo que puede desear; y sin embargo esas riquezas y esa autoridad son las mismas que lo hacen miserable. Si fuera pastor como yo lo fui no ha mucho tiempo, sería tan feliz como yo lo era: gozara de los inocen-

tes placeres del campo, y los gozaría sin remordimientos; no temiera el hierro ni el veneno; amara a los hombres, y fuera de ellos amado. Es verdad que no tendría esas grandes riquezas que en realidad le son tan inútiles como si fuesen arena, pues que siente el hacer uso de ellas; pero gozaría libremente de los frutos de la tierra, y no padecería ninguna necesidad verdadera. Este hombre parece que hace cuanto quiere; pero nada menos: hace todo cuanto quieren sus pasiones feroces; está siempre impelido de la avaricia, del temor y de las sospechas. Parece dueño de los demás hombres, y ni aun de sí mismo lo es; pues son tantos sus dueños y verdugos cuantos sus deseos violentos.

Así discurría yo acerca de Pigmalion, sin verle, porque nunca se dejaba ver, y sólo con temor se miraban las altas torres, noche y día rodeadas de guardias, donde él mismo se tenía como en prisión, encerrado con sus tesoros. Comparaba yo este rey invisible con Sesostris, tan humano, tan accesible, tan afable, amigo de ver a los extranjeros, tan atento a oír a todo el mundo y a sacar del corazón de los hombres la verdad que se oculta a los reyes. Sesostris, decía yo, nada temía, ni tenía que temer nada: presentábase a sus vasallos como a sus propios hi-

jos; este todo lo teme, y todo tiene que temerlo. Este mal rey siempre esta expuesto a una muerte desastrada, aun en su palacio inaccesible, rodeado de sus guardias: el buen Sesostris, al contrario, estaba tan seguro entre la multitud de sus pueblos, como un buen padre lo está en su casa rodeado de su familia.

Dio orden Pigmalion que se despidiesen las tropas de la isla de Chipre que habían venido a auxiliar a las suyas con motivo de la alianza que había entre ambos pueblos. Narbal aprovechó esta ocasión para ponerme en libertad, haciéndome pasar revista entre los soldados chipriotas, porque el rey hasta de las cosas más mínimas recelaba.

El defecto común a todos los príncipes fáciles y desaplicados es entregarse con una ciega confianza a favoritos artificiosos y corrompidos. El de éste, por el contrario, era desconfiar de los más virtuosos: no sabía discernir los hombres rectos y sencillos que obran sin disfraz: así es que nunca había visto hombres de bien, pues que estos no van a buscar a un rey tan corrompido. Por otra parte, desde que ocupaba el trono, había visto tanta simulación y tanta perfidia en todos los hombres de quienes se había servido, y tan horrorosos vicios disfrazados con apariencias de virtud, que a todos los hombres

sin excepción los miraba como si estuviesen enmascarados. Suponía que no había sobre la tierra virtud alguna sincera, por eso miraba a todos los hombres como iguales. Cuando hallaba uno falso y corrompido, no se tomaba el trabajo de buscar otro, suponiendo que éste no sería mejor que aquel. Los buenos le parecían peores que los malvados más rematados, porque los tenía por tan malos y por más engañosos.

Pero volviendo a mí, fui con efecto confundido entre los soldados chipriotas, y así escapé a la perspicaz desconfianza del rey. Temblaba Narbal, de miedo de que yo fuese descubierto, porque a ambos nos hubiera costado la vida. Era increíble la impaciencia con que deseaba vernos partir; pero los vientos contrarios nos detuvieron mucho tiempo en Tiro.

Aproveché esta detención para enterarme de las costumbres de los Fenicios, tan célebres entre todas las naciones conocidas. Admiraba la ventajosa posición de aquella gran ciudad, situada en medio del mar, en una isla. La costa vecina es sumamente deliciosa por su fertilidad, por los exquisitos frutos que produce, por el gran número de ciudades y aldeas que casi se juntan, y en fin por la benignidad de su

clima; pues los montes ponen la costa al abrigo de los ardientes vientos del mediodía, y la refrescan los del norte que soplan por la parte del mar. Este país esta al pie del Líbano, cuya cima hiende las nubes, y llega hasta los astros; perennes hielos ciñen su frente, y de la punta de los peñascos que le coronan se desprenden cual torrentes ríos llenos de nieve. Debajo se ve un espacioso bosque de cedros antiguos, que parecen tan viejos como la tierra que los sustenta, y cuyas espesas ramas llegan a las nubes. Al pie de este bosque, en la misma ladera del monte, se encuentran abundantes pastos. Allí se ven andar errantes los toros dando bramidos, y las ovejas balando, con sus tiernos corderillos que retozan por la yerba; allí corren mil arroyuelos de agua cristalina. En fin debajo de estos pastos se ve el pie de la montaña, semejante a un jardín, en el que la primavera y el otoño reinan juntos para reunir las flores y los frutos. Jamás el pestilente viento de mediodía que todo lo seca y abrasa, ni el riguroso aquilón han osado marchitar los vivos colores que adornan este jardín.

Junto a esta hermosa ribera es donde se levanta en el mar la isla en que está edificada la ciudad de Tiro. Aquella gran ciudad parece está nadando so-

bre las aguas, y ser la reina de todo el mar. Frecuéntanla comerciantes de todas las partes del mundo, y los más afamados del universo son sus mismos habitantes. Al entrar en ella no parece ciudad perteneciente a un pueblo particular, sino común a todas las naciones, y el centro de su comercio. Tiene dos grandes muelles semejantes a dos brazos que se internan en el mar y ciñen un anchuroso puerto donde no pueden entrar los vientos. Vese en este puerto como un bosque de mástiles de navío, y estos navíos son tan numerosos, que apenas se ve el agua que lo sostiene todos los ciudadanos se aplican al comercio, y sus grandes riquezas nunca les quitan el gusto del trabajo necesario para aumentarlas. Allí se ve por todas partes el suave lino de Egipto, y la púrpura tiria dos veces teñida, de un maravilloso brillo: este doble tinte es tan vivo y permanente, que ni el tiempo basta a deslucirle: empléase en las lanas finas, que se recaman de oro y plata. Los Fenicios abarcan el comercio de todos los pueblos hasta el estrecho de Gades, y han penetrado hasta en el vasto océano, que rodea toda la tierra. También han hecho largas navegaciones en el mar Rojo, y por él es por donde van a buscar a islas des-

conocidas oro, aromas, y varios animales que no se ven en otros países.

No se saciaban mis ojos de ver el magnífico espectáculo de esta gran ciudad, en que todo estaba en movimiento. Allí no veía, como en las ciudades de Grecia, hombres ociosos y noveleros que van a buscar noticias a la plaza pública, o a mirar los extranjeros que llegan al puerto. Los hombres se ocupan en descargar las naves, transportar o vender las mercancías, arreglar sus almacenes, y en llevar cuentas exactas de lo que les deben los negociantes extranjeros: y las mujeres nunca dejan de hilar las lanas, hacer dibujos para bordar o plegar las telas preciosas.

¿De que proviene, le pregunté a Narbal, que los Fenicios se hayan hecho dueños del comercio de todo el mundo, y que se enriquezcan por este medio a expensas de todos los demás pueblos? Ya lo veis, me respondía: la situación de Tiro es ventajosa para el comercio. Nuestra patria tiene la gloria de haber inventado la navegación. Si hemos de creer la tradición de la más remota antigüedad, los Tirios fueron los primeros que domaron las olas, mucho antes del tiempo de Tifis y los Argonautas, tan celebrados en la Grecia; quiero decir que ellos fueron los primeros que osaron exponerse en una débil embarcación al

arbitrio de las olas y de las tempestades; los primeros que sortearon los abismos del mar, que observaron los astros lejos de la tierra, según la ciencia de los Egipcios y Babilonios; los primeros, en fin, que reunieron tantos pueblos que el mar había separado. Los Tirios son industriosos, pacientes, laboriosos, aseados, sobrios y económicos; tienen una exacta policía; viven perfectamente unidos entre sí; y jamás se ha conocido un pueblo más constante y sincero, más fiel y formal, ni más cómodo para los extranjeros. Ved aquí, sin ir a buscar otra causa, lo que les da el imperio del mar, y hace que florezca en su puerto un comercio tan útil. Pero si se introdujesen entre ellos la división y la envidia; si se empezasen a afeminar en los deleites y la ociosidad; si los próceres de la nación despreciasen el trabajo y la economía; si dejasen de ser honradas las artes en la ciudad; si faltaran a la buena fe con los extranjeros; si alterasen en lo más mínimo las reglas de un comercio libre; si descuidasen sus manufacturas, y dejasen de hacer las cuantiosas anticipaciones que se necesitan para que sus géneros tengan cada uno en su clase la posible perfección, pronto veríais caer este poder que admiráis.

Mas, explicadme le dije, los verdaderos medios de establecer algún día en Itaca un comercio semejante. Haced, me respondió, lo que aquí se hace: recibid bien y fácilmente a los extranjeros, haced que encuentren en vuestros puertos seguridad, comodidad y entera libertad; no os dejéis nunca arrastrar de la avaricia ni del orgullo. El verdadero medio de ganar mucho es no querer ganar demasiado, y saber perder a tiempo. Haceos amar de los extranjeros; y si es menester toleradles alguna cosa; temed excitar sus celos con vuestra altanería. Estableced unas reglas que sean constantes, sencillas y fáciles; acostumbrad a vuestros pueblos a observarlas inviolablemente: castigad con rigor el fraude, y aun la negligencia o el fausto de los mercaderes, que arruinaría el comercio arruinando a los que lo hacen.

Sobre todo absteneos de ponerle trabas al comercio para inclinarle según vuestras miras. El príncipe no se ha de mezclar en él, si no quiere entorpecerle, y todo el provecho debe dejarle a sus vasallos, que son los que tienen el trabajo; de lo contrario los desanimará, bastantes utilidades le producirán las muchas riqueza que entrarán en sus estados. Es el comercio como ciertas corrientes,

que, si se les quiere mudar el curso, se agotan. Sólo el provecho y comodidad atraen a los extranjeros; si les hacéis el comercio menos cómodo y útil, se retiraran insensiblemente y no volverán jamás, porque otros pueblos, aprovechándose de vuestra imprudencia, les atraerán a sus puertos, y le acostumbrarán a no echaros menos. Es ya preciso confesaros que de algún tiempo a esta parte se ha oscureció no poco la gloria de Tiro. ¡Oh! ¡Cuánto mas os hubiera admirado, si la hubierais visto antes del reinado de Pigmalion! Pero ya no han quedado mas que los tristes restos de una grandeza que amenaza ruina. ¡Infortunada Tiro! en que manos has caído! en otro tiempo el mar te traía el tributo de todos los pueblos de la tierra.

Pigmalion todo lo teme así de los extranjeros como de sus vasallos. En vez de abrir sus puertos, según nuestra antigua costumbre, a las naciones más lejanas con una absoluta franqueza, quiere saber el número de naves que arriban, de donde son, el nombre de los que en ellas vienen, su género de comercio, la clase y precios de sus mercancías y el tiempo que han de permanecer aquí. Aun obra peor, pues usa de embustes para sorprender a los negociantes y confiscar sus mercancías; hostiga a los que

le parecen mas opulentos; bajo diversos pretextos establece nuevos impuestos. Quiere también meterse en el comercio; pero todo el mundo teme el tener negocio con él. Así decae el comercio: los extranjeros olvidan poco a poco el camino de Tiro que en otro tiempo les era tan familiar; y si Pigmalion no muda de conducta, no tardaran mucho en trasferirse nuestra gloria y nuestro poder a otro pueblo mejor gobernado que nosotros.

Seguí preguntando a Narbal como se habían hecho los Tirios tan poderosos en el mar: pues no quería ignorar nada de cuanto conviene al gobierno de un reino. Nosotros, me respondió, tenemos los montes del Líbano que nos surten de maderas para navíos; y para sólo este uso las reservamos cuidadosamente: nunca se cortan sino para las necesidades públicas. Para la construcción de las naves tenemos la ventaja de poseer artífices hábiles.

¿Cómo, le dije, habéis podido hallar estos operarios?

En el país mismo se han ido poco a poco formando, me respondió Narbal. Cuando se recompensa bien a los que sobresalen en las artes, hay certeza de tener bien pronto quien las lleve a su última perfección, porque los hombres más sabios y

de mayor talento se dedican gustosos a aquellas a que están anejas las grandes recompensas.

Aquí se trata con honor a todos los qué descuellan en las artes y en las ciencias útiles a la navegación. Se tiene en consideración a un buen geómetra; se estima mucho a un hábil astrónomo; se colma de bienes al piloto que sobresale en su ejercicio; no se desprecia a un buen carpintero, antes al contrario se le paga y trata bien. Hasta los buenos remeros tienen recompensas seguras y proporcionadas a sus servicios; se les mantiene bien, se les cuida en sus enfermedades, y en su ausencia se tiene cuidado de sus mujeres y de sus hijos. Si perecen en algún naufragio, se indemniza a su familia: a los que han servido cierto tiempo, se les da licencia para que se vuelvan a sus casas. Así tenemos cuantos marineros queremos, porque el padre cría con gusto a su hijo para tan buen oficio, y se apresura a instruirle, desde su más tierna edad, en el manejo del remo, a tender los cordajes, y a despreciar las borrascas. Así es como se conduce a los hombres, sin violencia, por medio de las recompensas y del buen orden. La autoridad por sí sola nunca acierta bien; la sumisión de los inferiores no basta, es necesario ganar los corazones, y hacer que los hombres encuentren ven-

tajas en aquellas mismas cosas en que se haya de aprovechar su industria.

Después de estos discursos, me llevó Narbal a ver los almacenes, los arsenales, y todas las máquinas que se emplean en la construcción de navíos. Procuré informarme del pormenor de las cosas más mínimas, y todo cuanto aprendí, lo puse por escrito, para que no se me olvidase ninguna circunstancia útil.

Entretanto, como Narbal me amaba, y conocía a Pigmalion, esperaba con impaciencia mi partida, temeroso de que me descubriesen los espías del rey, que andaban día y noche por la ciudad; pero aun no lo permitían los vientos. Mientras estábamos ocupados en examinar con detención el puerto, y hacer preguntas a varios comerciantes, se dirigió a nosotros un oficial de Pigmalion, quien dijo a Narbal: El rey acaba de saber por uno de los capitanes de las naves que con vos han vuelto de Egipto, que habéis traído un extranjero que pasa por Chipriota; quiere que se le detenga, y que se sepa con certeza de que país es: vos responderéis de él con vuestra cabeza. Me había a la sazón apartado un poco para observar más de cerca las proporciones de una nave casi nueva, que según decían, era la más velera que jamás

se había visto en el puerto, lo que atribuían a la exacta proporción que guardaba en todas sus partes; y hacía preguntas al operario que había regulado esta proporción.

Sorprendido y asustado Narbal respondió: Voy a buscar a ese extranjero que es de la isla de Chipre. Mas luego que perdió de vista al oficial, se vino corriendo hacia mí para avisarme del riesgo en que me hallaba. Demasiado previsto lo tenía yo, mi querido Telémaco, me dijo, estamos perdidos. El rey atormentado día y noche por sus desconfianzas, ha llegado, a sospechar que no sois Chipriota: manda que se os prenda, y me amenaza con la muerte si no os pongo en sus manos. ¿Que haremos? ¡Dioses, dadnos la prudencia para salir de este peligro! Será preciso que yo os lleve a palacio, Telémaco, y que sostengáis, que sois Chipriota, de la ciudad de Amatonte, hijo de un estatuario de Venus. Yo declararé haber conocido tiempo hace a vuestro padre; y acaso el rey sin averiguar más, os dejara partir. No hay otro medio de salvar vuestra vida y la mía.

Dejad, respondí a Narbal, dejad perecer a un desgraciado que el destino quiere perder. Sabré morir, Narbal; y es mucho lo que os debo para arrastraros en mi desgracia. No puedo resolverme a mentir;

y no siendo Chipriota, no podré decir que lo soy. Los dioses ven mi sinceridad: a ellos toca conservar mi vida, si quieren, por su poder, mas no quiero salvarla por medio de una mentira.

Esta mentira, repuso Narbal, nada tiene que no sea inocente; ni los mismos dioses pueden condenarla porque a nadie perjudica, salva la vida de dos inocentes, y si engaña al rey es sólo para evitar que cometa un gran crimen. Muy, al extremo lleváis, Telémaco, el amor de la virtud y el temor de ofender la religión.

Basta le dije, que la mentira sea mentira para ser indigna de un hombre que habla en presencia de los dioses, y que todo lo debe a la verdad. El que a ella falta ofende a los dioses, y se perjudica a sí mismo, porque habla contra su conciencia. Dejad, Narbal, de proponerme lo que es indigno de vos y de mí. Si los dioses se apiadan de nosotros, ya sabrán libertarnos y si quieren que perezcamos, seremos muriendo víctimas de la verdad, y dejaremos a los hombres el ejemplo de preferir la virtud sin mancha a una larga vida: la mía es ya demasiado larga, siendo tan desgraciada. Por vos solo es por quien mi corazón se enternece, mi querido Narbal. ¡Porqué

vuestra amistad por un infeliz extranjero había de seros tan funesta!

Largo rato, estuvimos en esta especie de contienda, mas al fin vimos llegar un hombre que corría desalentado, y era otro oficial del rey que venía de parte de Astarbe.

Era esta mujer hermosa como una diosa; unía a los hechizos del cuerpo todos los del espíritu; era festiva lisonjera e insinuante. Con tantos atractivos seductores tenía, como las sirenas, un corazón cruel y maligno y sabía ocultar sus corrompidos sentimientos con un profundo artificio. Había tenido la maña de ganar el corazón de Pigmalion con su hermosura, su talento, su dulce voz y la armonía de su lira. Pigmalion, cegado por un violento amor, había abandonado a la reina Tofa, su esposa. Sólo pensaba en satisfacer las pasiones de la ambiciosa Astarbe: el amor de esta mujer no le era menos funesto que su infame avaricia. Pero aunque el rey la amaba con tanta pasión, ella sólo tenía para él desprecio y fastidio; ocultaba sus verdaderos sentimientos, y aparentaba no querer vivir sino para él al paso que no le podía sufrir.

Había en Tiro un joven Lidio, llamado Malachon, de una extraordinaria belleza; pero delicado,

afeminado, y encenagado en los deleites. Sólo pensaba en conservar la delicadeza de su tez, en peinar su rubio cabello, que ondeaba sobre su espalda, en perfumarse y dar un aire agraciado a los pliegues de su ropa; y por fin en cantar sus amores con la lira. Viole Astarbe y le amó con furia pero el la despreció, porque estaba apasionado de otra, y porque además temía exponerse a los crueles celos del rey. Viéndose Astarbe desairada se abandonó a su resentimiento, y en los raptos de su desesperación le vino el pensamiento que podría hacer pasar a Malachon por el extranjero que el rey mandaba buscar y que se decía haber venido con Narbal.

Con efecto, así se lo persuadió a Pigmalion y sobornó a todos los que hubieran podido desengañarle. Como el rey no amaba a los virtuosos, ni sabía distinguirlos, sólo le rodeaban gentes interesadas, artificiosas, y dispuestas a ejecutar sus órdenes injustas y sanguinarias. Tales gentes temían la autoridad de Astarbe, y la ayudaban a engañar al rey, por miedo de desagradar a esta mujer altanera que poseía toda su confianza. Así Malachon, aunque conocido por Lidio en toda la ciudad, pasó por el joven extranjero que Narbal condujera de Egipto, y fue puesto en la cárcel.

Pero temiendo Astarbe que fuese Narbal a hablar al rey, y que descubriese su impostura, le envió a toda prisa aquel oficial quien le dijo estas palabras: Astarbe os prohíbe que descubráis al rey quien es vuestro extranjero; sólo os pide el silencio, quedando a su cuidado hacer que el rey quede de vos satisfecho. Sin embargo, aprestaros a hacer que ese joven que habéis traído de Egipto se embarque con los Chipriotas, para que no se le vuelva a ver en la ciudad. Gozoso Narbal de poder salvar así su vida y la mía ofreció guardar secreto; y el oficial, satisfecho del buen éxito de su comisión, se volvió a dar cuenta de ella a Astarbe.

Narbal y yo admiramos la bondad de los dioses, que recompensaban nuestra sinceridad, y que tan particularmente cuidan de los que todo lo arriesgan por la virtud.

Mirábamos con horror a un rey entregado a la avaricia y a la voluptuosidad. El que con tanto exceso teme ser engañado, decíamos, merece serlo, y casi siempre lo es groseramente. Desconfía de los buenos, y se entrega a los malvados; sólo él ignora lo que pasa. Ved a Pigmalion; es el juguete de una mujer liviana. Como todos los dioses se valen de la mentira de los malvados para salvar a los buenos,

que prefieren perder la vida antes que mentir. Notamos al mismo tiempo que los vientos soplaban, y se ponían favorables para las naves de Chipre. Los dioses se declaran, exclamó Narbal, y quieren poneros a salvo: huid de esta tierra cruel y maldita. ¡Quién pudiera seguiros, aunque fuese a las más incógnitas riberas! ¡Feliz quien pudiera vivir y morir con vos! Pero un riguroso destino me tiene ligado a esta desgraciada patria, y es necesario sufrir con ella acaso lo será el ser sepultado en sus ruinas; pero no importa, con tal que siempre diga la verdad, y que mi corazón ame sólo la justicia.

En cuanto a vos, mi amado Telémaco, ruego a los dioses que os conducen como por la mano, que os otorguen hasta la muerte el mas precioso de todos sus dones, que es la virtud pura y sin mancha. Vivid, volved a Itaca, consolad a Penélope, libradla de sus temerarios amantes. Vean vuestros ojos y estrechen vuestros brazos al sabio Ulises, y halle éste en vos un hijo que le iguale en sabiduría. Mas en medio de vuestra prosperidad, acordaos del desgraciado Narbal, y nunca dejéis de amarme.

Acabado que hubo estas palabras, le bañé con mis lágrimas sin responderle; profundos suspiros me embargaban el habla: abrazámonos en silencio.

Me condujo hasta el navío; quedóse en la playa, y cuando la nave se hizo a la vela, no dejamos de mirarnos mientras nos pudimos ver.

LIBRO CUARTO

SUMARIO

INTERRUMPE Calipso a Telémaco para que descanse. Repréndele Mentor a solas, porque había hecho tan exacta narración de sus aventuras, y le aconseja que las acabe de contar, pues que ya las había empezado. Telémaco refiere que durante su navegación desde Tiro hasta Chipre, tuvo un sueño en que vio a Venus y Cupido, contra quienes le protegía Minerva; que después le pareció haber visto también a Mentor que le exhortaba a que huyese de aquella isla; que al despertar halló que se había levantado una borrasca, en que sin duda hubiera naufragado el navío, si él mismo no hubiera tomado el timón; porque los Chipriotas se habían embriagado de modo que no se hallaban en estado de dirigirle; que a su arribo a la isla vio con horror los ejemplos más contagios, pero que hallándose también en ella el sirio Hazael, de quien Mentor había venido

a ser esclavo, le devolvía su sabio director, y los embarcó en su navío para llevarlos a Creta, en cuya travesía vieron el hermoso espectáculo de Anfitrite en su carro tirado de caballos marinos.

ENAJENADA Calipso de placer al oír cantar a Telémaco sus aventuras, había quedado inmóvil hasta este momento, en que le interrumpió para hacerle tomar algún descanso. Ya es hora, le dijo, de que después de tantos trabajos vayas a gozar de las dulzuras del sueño. Aquí nada tienes que temer: todo te es favorable. Abandónate, pues, a la alegría; goza de la paz y de los demás dones de que te van a colmar los dioses. Mañana, cuando la aurora entreabra con sus rosados dedos las puertas doradas del oriente, y los caballos del sol, saliendo de las ondas saladas, esparzan las luces del día para ahuyentar las estrellas del cielo, proseguiremos, mi querido Telémaco, la historia de tus infortunios. Jamás tu padre te igualó en prudencia ni en valor ni Aquiles, vencedor de Héctor, ni Teseo, vuelto de los infiernos, ni aun el grande Alcides; que purgó, la tierra de tantos monstruos, han manifestado tanta fortaleza y tanta virtud, como tú. Deseo que un profundo sueño te haga la noche corta. ¡Mas Ah! que larga se-

rá para mí! ¡Que tarde se me hará el volver a verte y oírte, el hacerte repetir lo que ya sé, y preguntarte lo que no sé todavía! Ve, mi querido Telémaco, con el sabio Mentor, que los dioses te han devuelto, ve a esa gruta retirada, donde todo esta dispuesto para vuestro descanso. Ruego a Morfeo que derrame sus más dulces encantos sobre vuestros cargados ojos, que haga discurrir un vapor divino por vuestros cansados miembros, y que te envíe sueños ligeros que, girando en torno de vos, halaguen vuestros sentidos con las más risueñas imágenes, y alejen de vos Todo lo que pueda despertaros demasiado temprano.

Condujo la diosa por sí misma a Telémaco a una gruta separada de la suya que no era menos rústica ni menos agradable. Corría a un extremo una fuente cuyo suave murmullo convida al sueño. Habían preparado las ninfas dos lechos de blanda hierba, y en ellos habían tendido dos grandes pieles, la una de león, para Telémaco, y de oso la otra para Mentor.

Antes de entregarse al sueño, habló Mentor a Telémaco de este modo: Te has dejado llevar por el placer de contar tus aventuras, encantada dejas a la diosa con la pintura que le has hecho de los peligros de que tu valor y tu industria te han sacado; y con

ello no has hecho sino inflamar más su corazón, y prepararte un cautiverio mas peligroso. ¿Cómo quieres ahora que te deje salir de su isla después de haberla embelesado con la narración de tus sucesos? El amor de una gloria vana te ha hecho hablar sin prudencia. Calipso se había ofrecido a contarte varias historias, y hacerte saber cual ha sido el destino de Ulises; pero ha hallado el medio de hablar mucho tiempo sin decir nada, y el de empeñarte en que la expliques todo cuanto desea saber; tal es el arte de las mujeres lisonjeras y apasionadas. ¡Cuándo tendrás la prudencia necesaria para no hablar jamás por vanidad, y saber callar lo que te ensalce, cuando no sea útil decirlo! Los demás admiran tu prudencia en una edad en que es disimulable no tenerla: Pero yo no te puedo disimular nada, porqué soy el único que te conoce, y el único que te ama lo bastante para advertirte de todos tus yerros ¡Cuan distante estas todavía de la prudencia de tu padre!

Pues qué, respondió Telémaco, ¿podía yo negarme a contar a Calipso mis desgracias? No, replicó Mentor fuerza era contárselas; pero debiste hacerlo sólo en aquella parte que hubiera podido moverla a compasión. Hubiérasla dicho que anduviste ora errante, ora cautivo en Sicilia, después en

Egipto. Esto bastaba: lo demás sólo ha servido de aumentar el veneno que abrasa ya su corazón. Plegue a los dioses que el tuyo pueda preservarse de él.

¿Qué he de hacer pues? Preguntó Telémaco con tono moderado y dócil. Ya no es tiempo, le respondió Mentor, de ocultarle lo que falta de tus aventuras sabe de ellas lo bastante para no poder ser engañada acerca de lo que todavía ignora, y esta reserva sólo serviría de irritarla Acaba, pues, mañana de contarle lo que los dioses han obrado en tu favor; y aprende para otra vez a hablar con mas moderación de cuanto pueda atraerte alguna alabanza.

Recibió Telémaco amistosamente tan saludable consejo, y se acostaron.

No bien había empezado Febo a esparcir por el mundo sus primeros rayos, cuando, oyendo Mentor que la diosa andaba por el bosque llamando a las ninfas, despertó a Telémaco: Ya es hora, le dijo, de sacudir el sueño. Volvamos a ver a Calipso; pero desconfía de sus halagüeñas palabras; no le descubras jamás tu pecho teme el veneno lisonjero de sus alabanzas. Ya viste que ayer te ensalzó sobre tu sabio padre, sobre el invencible Aquiles, sobre el famoso Teseo, y aun sobre Hércules que se hizo inmortal. ¿Conociste cuan excesiva es esta alabanza?

¿Creíste lo que dijo? Pues sabe que ni ella misma lo cree: si te alaba así, es porque te juzga débil y harto vano para dejarte engañar con elogios desproporcionados a tus acciones.

Dicho esto, pasaron al sitio donde la diosa los esperaba. Sonrióse al verlos, y ocultó bajo la apariencia del contento el temor y la inquietud que turbaban su corazón; pues preveía que, dirigido Telémaco por Mentor, se le escaparía como Ulises. Apresúrate, le dijo, mi querido Telémaco, a satisfacer mi curiosidad; toda la noche he estado creyendo verte partir de Fenicia, y buscar un nuevo destino en Chipre: cuéntanos pues tu viaje, y no perdamos un momento. Luego sentáronse en la hierba sembrada de violetas, a la sombra de un espeso bosque.

Calipso no podía abstenerse de dirigir miradas tiernas y apasionadas sobre Telémaco, y veía con indignación que Mentor observaba hasta el menor movimiento de sus ojos. Entretanto las ninfas, guardando el mayor silencio, inclinaban la cabeza para aplicar el oído, y formaban una especie de semicírculo para oír y ver mejor: todos tenían fijos los ojos en el joven.

Telémaco, bajando los suyos, y sonrojándose con mucha gracia, continuó así su historia.

Apenas el dulce soplo de un viento favorable había hinchado nuestras velas, cuando desapareció de nuestra vista la tierra de Fenicia. Como me hallaba con los Chipriotas, cuyas costumbres ignoraba, resolví callar, notarlo todo, y observar aquellas reglas que dicta la prudencia para granjearme su estimación. En este estado se apoderó de mí un dulce e irresistible sueño: mis sentidos quedaron embargados y suspensos; experimentaba una calma y un gozo profundo que, embriagaba mi corazón.

Cuando de repente me pareció ver a la diosa Venus hendiendo las nubes en su carro volante tirado por dos palomas tenía aquella belleza peregrina, aquella floreciente juventud, aquellas delicadas gracias que aparecieron en ella cuando salió de la espuma del océano, y deslumbró al mismo Jove. Descendió con rápido vuelo junto a mí, me puso sonriéndose la mano sobre el hombro, y llamándome por mi nombre, profirió estas palabras: Joven Griego, vas a entrar en mi imperio; pronto llegaras a aquella isla afortunada en la que nacen en pos de mí los placeres, las risas y los regocijos. Allí, quemarás aromas en mis aras; allí, te sumergiré en un mar de delicias. Abre tu corazón a las esperanzas más hala-

güeñas, y guárdate de resistir a la mas poderosa de las deidades, que quiere hacerte feliz.

Al mismo tiempo vi al niño Cupido, cuyas alitas batiendo le hacían volar alrededor de su madre. Aunque en su rostro tenía la ternura, las gracias y la alegría de la infancia, se descubría un no sé qué en sus penetrantes ojos que me causaba miedo. Reíase al mirarme; y su risa era maligna, burlona y cruel. Sacó de su alejaba de oro la más aguda de sus flechas, templó su arco, y se dispuso a atravesarme, cuando repentinamente, se interpuso Minerva para cubrirme con su égida. El rostro de esta diosa no tenía aquella belleza afeminada, ni aquella apasionada languidez que había notado en el de Venus y en sus actitudes: antes por el contrario era esta una beldad sencilla, descuidada y modesta: todo en ella era grave, vigoroso, noble, lleno de fuerza y majestad. No pudo la flecha penetrar la égida, y cayó en tierra. Cupido indignado suspiró amargamente, y se avergonzó al verse vencido. Lejos de aquí, exclamó Minerva, lejos de aquí, temerario rapaz, nunca vencerás sino almas viles, que prefieran los vergonzosos placeres a la sabiduría y a la virtud y a la gloria.

A estas palabras huyóse volando el Amor irritado; y remontándose Venus hacia el Olimpo; largo

rato estuvo viendo el carro con sus dos palomas en una nube de oro y azul; y luego desapareció. Al bajar los ojos hacia la tierra, ya no hallé a Minerva.

Parecióme que me hallaba transportado en un jardín delicioso, cual pintan los campos elíseos, en donde reconocí a Mentor, quien me dijo: Huye de esta tierra cruel, de esta isla corrompida en que sólo se respira deleite. La virtud más animosa debe temblar en ella; y sólo huyendo, puede salvarse. Luego que le vi, quise echarme a su cuello para abrazarle; pero sentía que no podían moverse mis pies: mis rodillas desfallecían, y esforzándome para asirle, sólo encontraba una sombra vana que se me huía de entre las manos. Haciendo estos esfuerzos desperté; conocí que este sueño misterioso era un aviso del cielo. Sentíme lleno de valor contra los placeres, y de desconfianza, contra mí mismo para detestar la vida muelle de los Chipriotas. Pero lo que me atravesó, el corazón fue el creer que Mentor había salido de esta vida, y que, pasadas las aguas de la Estigia, habitaba ya la venturosa mansión de las almas justas. Esta idea me hizo derramar un torrente de lágrimas. Preguntáronme porque lloraba, y respondí: a nadie mejor convienen las lágrimas que a un infeliz extranjero que anda sin esperanza de vol-

ver a su patria. Entre tanto todos los Chipriotas que iban en el navío se abandonaron a una loca alegría. Los remeros, enemigos del trabajo, se dormían sobre los remos; el piloto coronado de flores, dejaba el timón, y tenía en la mano una gran vasija de vino que había ya casi apurado: él y todos los demás, agitados del furor de Baco, cantaban en loor de Venus y Cupido versos que debían horrorizar a cuantos amen la virtud.

Mientras que así se olvidaban de los peligros del mar, una repentina tempestad oscureció el cielo y alborotó las aguas. Desencadenados, los vientos bramaban furiosos soplando contra las velas: las negras olas batían los costados del navío, que crujía a sus golpes. Ora subíamos por cima de las olas encrespadas, ora parecía que el mar se retiraba debajo de la nave e iba a precipitarnos en los abismos. Cerca de nosotros descubríamos unas rocas contra las que se estrellaban con horrible estruendo las olas irritadas. En esta ocasión conocí por experiencia lo que tantas veces había oído a Mentor, esto es, que los hombres muelles y entregados a los placeres carecen de ánimo en los peligros. Abatidos los Chipriotas, lloraban como mujeres; no oía mas que gritos lamentables y sentimientos de dejar las deli-

cias de la vida, y vanas promesas a los dioses de hacerles sacrificios, si lograban arribar al puerto. Ninguno tenía la presencia de ánimo que se necesitaba para mandar las maniobras, ni para hacerlas. Creí que salvando mi vida debía salvar la de los demás. Empuñé el timón porque el piloto, turbado con el vino como una bacante, no se hallaba en estado de conocer el riesgo que corría la nave: animé a los marineros consternados; híceles amainar velas; remaron briosamente; pasamos por entre los escollos, y vimos de cerca todos los horrores de la muerte.

Esta aventura pareció un sueño a todos los que me debían la conservación de su vida. Arribamos a la isla de Chipre en el mes de la primavera que está consagrada a Venus. Ésta es, decían los Chipriotas, la estación que más conviene a la diosa; pues parece que es la que reanima toda la naturaleza, y hace nacer los placeres así como las flores.

Al llegar a la isla sentí un aire suave que al mismo tiempo que relaja y enerva los cuerpos, inspira un humor alegre y liviano. Noté que la campiña, naturalmente fértil y agradable, estaba casi inculta: tan enemigos del trabajo eran los habitantes. Por todas partes veía mujeres y jóvenes doncellas, livianamente engalanadas que, cantando los loores de Ve-

nus, se le iban a dedicar en su templo. La hermosura, las gracias, la alegría, los placeres, brillaban a la par en sus rostros, pero las gracias eran en ellas muy afectadas, y se les echaba menos aquella noble sencillez, aquel amable pudor, que es el mayor atractivo de la hermosura. Su aire muelle, la artificiosa compostura de sus rostros, sus vanos atavíos, su andar lánguido, sus miradas que parecían buscar las de los hombres, sus mutuos celos por encender grandes pasiones, en una palabra, todo cuanto veía en estas mujeres me parecía vil y despreciable: cuanto más se esmeraban en agradar tanto más me disgustaban.

Condujéronme al templo de la diosa; tiene varios en aquella isla; pues venérasela particularmente en Citeres, en Idalia, y en Pafos. Me llevaron a Citeres. El templo es todo de mármol, y forma un perfecto peristilo: el grueso y la altura de las columnas hacen majestuosísimo el edificio: sobre el arquitrabe y el friso hay en cada fachada unos grandes frontones, en que se ven esculpidas de bajo relieve las más agradables aventuras de la diosa. A la puerta del templo hay continuamente una multitud de pueblos que van a presentar sus ofrendas.

En el recinto del lugar sagrado, jamás se degüella ninguna víctima; no se quema allí como en otros

templos la grasa de las terneras ni de los toros, ni se derrama su sangre: sólo se presentan ante el altar las víctimas que se ofrecen, y no es lícito ofrecer ninguna que no sea nueva, blanca, y sin defecto ni mancha. Cúbreselas con bandas de púrpura, bordadas de oro; se les doran las astas, y se les adorna con guirnaldas de flores olorosas. Después de presentadas delante del altar, se conducen a un lugar apartado donde se las degüella para los festines de los sacerdotes de la diosa.

También se ofrecen toda especie de licores olorosos y un vino más dulce que el néctar. Los sacerdotes visten largas ropas blancas con cinturones de oro y franjas del mismo a la extremidad inferior de sus ropas. En los altares arden noche y día los más exquisitos aromas del oriente, los cuales forman una especie de nube que se eleva hacia el cielo. Todas las columnas del templo están adornadas de festones colgantes; todos los vasos, que sirven al sacrificio son de oro; un bosque, sagrado de mirtos ciñe el edificio. Allí sólo los jóvenes de uno y otro sexo de una extraordinaria belleza, pueden presentar las víctimas a los sacerdotes, y atreverse a encender el fuego de los altares; pero la impudencia y la disolución deshonran un templo tan magnífico.

Al principio me horrorizó cuanto veía; pero insensiblemente me fui acostumbrando a ello. Ya no me espantaba el vicio: todas las compañías me inspiraban no sé que inclinación al desorden. Burlábanse de mi inocencia, y mi encogimiento y mi pudor servían de ludibrio a aquellos pueblos desvergonzados. Nada omitían para excitar todas mis pasiones, ponerme lazos, y despertar en mí el gusto al deleite. Cada día me sentía más débil: la buena educación que había recibido me sostenía ya bien poco; todos mis buenos propósitos se desvanecían. Sentíame ya sin fuerza para resistir al mal que por todas partes me estrechaba, y aun me avergonzaba de ser virtuoso. Era como un hombre que nada en un río rápido y profundo: al principio rompe las aguas y sube contra la corriente; pero si la orilla es escarpada, y no puede descansar en ella, se cansa al fin poco a poco, sus fuerzas le abandonan, sus miembros fatigados se entorpecen y la corriente le arrebata.

Así mis ojos empezaban a oscurecerse, mi corazón desfallecía, y ya dejaban de asistirme mi razón y la memoria de las virtudes de mi padre. Acababa de desanimarme el sueño en que creía haber visto al

sabio Mentor ya descendido a los campos elíseos: una oculta y suave languidez se apoderaba de mí.

Ya amaba la engañosa ponzoña que discurría de vena en vena, y penetraba hasta a la médula de mis huesos. Mas no por eso dejaba aun de dar profundos suspiros; derramaba amargas lágrimas, y furioso, rugía como un león. ¡Oh desgraciada juventud! decía: dioses, que os burláis cruelmente de los hombres, ¿porque les hacéis pasar por esta edad, que es una edad de locura o de fiebre ardiente? ¡Ah! ¡Quién estuviera ya cubierto de canas, encorvado y próximo al sepulcro, como mi abuelo Laertes! La muerte me sería mas dulce que la vergonzosa languidez en que me veo.

Apenas hube dicho esto, se templó mi dolor y mi corazón embriagado de una loca pasión, sacudía casi enteramente el pudor; después me volví a ver sumergido, en un abismo de remordimientos. Durante esta agitación corría incierto por uno y otro lado del bosque sagrado, semejante a una cierva herida por el cazador: atraviesa corriendo montes y selvas por aliviar su dolor; pero la flecha que la ha herido el costado va siempre con ella; por todas partes lleva consigo el tiro mortal. Así yo corría en vano por ol-

vidarme de mí mismo; y nada suavizaba la llaga de mi corazón.

En este momento percibí bastante lejos de mí, en lo sombrío del bosque, la figura del sabio Mentor; pero me pareció su rostro tan pálido, tan triste y tan austero, que no sentí contento alguno en verle. ¿Sois vos, exclamé, mi caro amigo, mi única esperanza? sois con efecto vos mismo o es acaso alguna engañosa imagen que viene a ilusionar mis ojos ¿sois vos, Mentor? ¿o es vuestra sombra todavía, sensible a mis males? ¿Es verdad que aun no estáis entre el número de las almas venturosas que gozan el premio de su virtud, y a quienes colman los dioses de placeres puros en una paz eterna, en los campos elíseos? ¿Hablad, Mentor, vivís, todavía? ¿soy tan dichoso que os posea; o no es esto mas que una sombra de mi amigo? Hablando así, corría enajenado hacia él, hasta desalentarme; él me esperaba tranquilamente, sin dar un paso hacía mí. ¡Oh! ¡Dioses! vosotros sabéis cual fue mi alegría cuando, le tocaron mis manos. No, no es una vana sombra! ¡Asido le tengo y abrazado, mi querido Mentor! Así exclamé, regando su rostro con un torrente de lágrimas, y me quedé asido a su cuello sin poder gesti-

cular palabra. Mentor me miraba tristemente con ojos llenos de la más tierna compasión.

Finalmente le dije: ¡Ay de mí! ¿de donde venís? a que peligros no me habéis dejado expuesto durante vuestra ausencia! ¿y ahora mismo que fuera de mí sin vos? Mentor, sin responder a mis preguntas: ¡Huye! me dijo, con voz terrible; ¡huye! apresúrate, a huir. Aquí la tierra no lleva por fruto sino ponzoña: el aire que se respira está corrompido; los hombres, contagiosos, no se hablan sino para comunicarse un veneno mortífero. La voluptuosidad vil e infame, que es el más horrible de cuantos males han salido de la caja de Pandora, debilita los corazones, y no sufre aquí virtud alguna. ¡Huye! qué te detiene? ni aun mires atrás en tu fuga: borra hasta al más mínimo recuerdo de esta isla execrable.

Dijo, y al instante sentí como una espesa nube que se disipaba de delante de mis ojos, y me dejaba ver la luz pura: una alegría dulce y animosa renacía en mi corazón. No era esta alegría como aquella otra sensual y loca, que al principio había emponzoñado mis sentidos: la una es alegría de embriaguez y turbación, interrumpida de pasiones furiosas y de crueles remordimientos; y la otra una alegría racional, que tiene algo de bienaventurado y celestial, que

siempre es pura, igual e inagotable, que cuanto uno más se entrega a ella es tanto más suave; una alegría por fin que enajena el alma sin perturbarla. Entonces derramé lágrimas de contento, y conocí que nada hay tan dulce como este llanto. ¡Dichosos los hombres, decía yo, a quienes se manifiesta la virtud en toda su belleza! ¡Es posible verla sin amarla! ¡Y se la podrá amar sin ser feliz! Mentor me dijo: Me es preciso dejarte; parto en un momento: no se me permite detenerme. ¿Pues adonde vais? le repliqué: ¿a que tierra iréis, por inhabitable que sea, que yo no os siga? No creáis poder iros sin mí, antes moriré siguiendo vuestros pasos. Decíale yo esto teniéndole abrazado con todas mis fuerzas. En vano me dijo, esperas detenerme. El cruel Metofis me vendió a unos Etíopes o Árabes y habiendo pasado estos a Damasco en Siria a hacer su comercio quisieron deshacerse de mí, creyendo sacar una gran suma de un tal Hazael, que buscaba un esclavo griego para instruirse de las costumbres y ciencias de la Grecia. En efecto, me compró Hazael a buen precio; y lo que le he dicho acerca de nuestras costumbres le ha movido la curiosidad de pasar a la isla de Creta a estudiar las sabias leyes de Minos. Durante nuestra navegación, los vientos nos han obligado a tocar en

la de Chipre, y mientras aguarda un viento favorable, ha venido a hacer sus ofrendas al templo. Vele allí que sale de él: los vientos nos llaman; hínchanse ya nuestras velas; Adiós, mi amado Telémaco, que un esclavo que teme a los dioses debe seguir fielmente a su señor. Los dioses no me permiten ser mío: si lo fuera, ellos saben que sólo fuera tuyo. Adiós, acuérdate de los trabajos de Ulises, y de las lágrimas de Penélope; acuérdate de los justos dioses. ¡Dioses, protectores de la inocencia, en que tierra me veo precisado a dejar a Telémaco!

No, no, le dije, mi querido Mentor; no dependerá de vos dejarme aquí: antes morir que veros partir sin mí. ¿Es acaso despiadado ese Sirio vuestro dueño? ¿ha mamado en su infancia a los pechos de alguna tigre? ¿O querrá arrancaros de entre mis brazos? O me ha de dar la muerte, o permitir que os siga.

Vos mismo me exhortáis a que huya y no queréis que huya siguiendo vuestros pasos! Voy a hablar a Hazael, quizá se compadecerá de mi juventud y de mis lágrimas: ya que es tan amante de la sabiduría, y va tan lejos a buscarla, no es posible que tenga un corazón feroz e insensible: me arrojaré a sus pies, abrazaré sus rodillas, y no le dejaré hasta que me

permita seguiros. Mi amado Mentor, yo me haré esclavo con vos: voy a ofrecerle darme a él; y sí me desaira, ya está decidida mi suerte, me quitaré la vida.

A este tiempo llamó Hazael a Mentor, postréme ante él. Quedó sorprendido al ver, a un incógnito en tal postura: ¿Que queréis? me dijo. La vida, le respondí, pues no puedo vivir si no permitís que siga a Mentor que es esclavo vuestro. Soy el hijo del grande Ulises, el más sabio entre los reyes de Grecia que arruinaron la soberbia ciudad de Troya, famosa en toda el Asia. No os digo mi nacimiento para ensalzarme, sino para inspiraros alguna compasión de mis desgracias. He recorrido todos los mares buscando a mi padre, en compañía de este hombre que era para mí otro padre. La fortuna para colmo de mis males me lo robó; y pues le ha hecho vuestro esclavo, permitidme que yo también lo sea. Y si es cierto que amáis la justicia, y que vais a Creta a aprender las leyes del buen rey Minos no endurezcáis vuestro corazón a mis suspiros y a mis lágrimas. Ved al hijo de un rey que se halla reducido a solicitar la servidumbre como su único recurso. En otro tiempo quise morir en Sicilia para evitar la esclavitud, pero mis primeras desgracias no eran mas que

unos ligeros ensayos de los ultrajes de la fortuna; así es que ahora temo no poder conseguir que me recibáis entre vuestros siervos. ¡Oh, dioses, ved mis males! Y vos, Hazael, acordaos de Minos, cuya sabiduría admiráis, y que nos ha de juzgar a ambos un día en el reino de Plutón.

Hazael, mirándome con semblante afable y benéfico, alargó la mano y me alzó. No ignoro, me dijo, la sabiduría y la virtud de Ulises; Mentor me ha contado muchas veces la gloria que se ha adquirido entre los Griegos, y no hay además pueblo en todo el oriente donde la voladora fama no haya hecha resonar su nombre. Así que, seguidme, hijo de Ulises, en mí tendréis otro padre hasta que halléis al que os ha dado el ser. Aun cuando no me moviesen a piedad la gloria de vuestro padre, sus desgracias y las vuestras, la amistad que profeso a Mentor, era bastante a empeñarme en protegeros. Es verdad que le compré como esclavo, pero le conservo como a fiel amigo, el dinero que me costó me ha proporcionado el más apreciable y digno amigo que tengo sobre la tierra. En él he hallado la sabiduría, y a él debo todo el amor que profeso a la virtud. Ya es libre desde este momento, y vos también lo sois; sólo os pido a uno y otro vuestro afecto.

En un instante pasé del más amargo dolor al mayor gozo de que son capaces los mortales. Veíame libre de un inminente peligro; me acercaba a mi patria, hallaba un auxilio para volver a ella, y tenía el consuelo de estar al lado de un hombre que ya me amaba no mas que por el amor que profesaba a la virtud, en fin todo lo hallaba, hallando a Mentor para no dejarle más.

Encamínase Hazael a la orilla del mar, y nosotros le seguimos. Entramos en la nave, hienden los remos las sosegadas ondas: un blando céfiro juguetea con las velas, y anima todo el navío, dándole un suave movimiento; y la isla de Chipre desaparece bien pronto. Hazael, que deseaba con impaciencia saber mi modo de pensar, me preguntó que me parecía de las costumbres de aquella isla. Confeséle ingenuamente los peligros a que mi juventud estuviera expuesta, y el combate que en mi interior había sostenido. Quedó prendado de mi horror al vicio, y dijo estas palabras: ¡Oh! ¡Venus! reconozco tu poder y el de tu hijo; en tus altares, he quemado incienso: pero permíteme que deteste la infame molicie de los habitantes de tu isla, y la impudencia brutal con que celebran tus fiestas.

Después se entretenían hablando él y Mentor acerca de aquella primera potencia que creó los cielos y la tierra de aquella luz infinita e inmutable que a todos se comunica sin dividirse; de aquella verdad soberana y universal que ilumina los espíritus, así como el sol los cuerpos. El que jamás ha visto, decía, esta luz pura es ciego como un ciego de nacimiento: pasa su vida en una profunda noche como los pueblos a quienes no alumbra el sol en muchos meses del año; cree ser sabio, y es insensato; todo cree verlo y no ve nada; y muere por fin sin haber visto jamás cosa alguna; citando más, ha llegado a entrever oscuras y falsas luces, sombras vanas y fantasmas, que nada tienen de realidad. Así son todos los hombres que se dejan arrastrar del placer de los sentidos y del embeleso de la imaginación. No hay hombres verdaderamente tales sobre la tierra, sino los que consultan, aman y siguen a esta razón eterna. Ella es la que nos inspira cuando pensamos santamente ella que nos reprende cuando erramos: de ella recibimos no menos la razón que la vida. Ella es como un gran océano de luz, y nuestros entendimientos son como arroyuelos que de él salen, y con él vuelven a confundirse.

Aunque no comprendiese perfectamente la profunda sabiduría de este discurso, no por eso dejaba de percibir en ellos un no sé que de puro y sublime que inflamaba mi corazón: la verdad misma a mi parecer brillaba en todas estas palabras. Prosiguieron hablando del origen de los dioses, de los héroes, de los poetas, de la edad de oro, del diluvio, de las primeras historias del género humano, del río de Olvido en que se sumergen las almas de los muertos, de las penas eternas preparadas a los impíos en el negro abismo del Tártaro, y de aquella venturosa paz que gozan los justos en los campos Elíseos, sin temor de perderla.

Mientras hablaban Hazael y Mentor, descubrimos delfines cubiertos de una escama que parecía de oro y azul, los cuales levantaban retozando, espumosas ondas. En pos de ellos venían tritones tocando sus trompas retorcidas. Iban rodeando el carro de Anfitrite, tirado de caballos marinos más blancos que la nieve, los cuales hendiendo las saladas ondas, dejaban tras sí un largo surco en el mar. Sus ojos estaban encendidos, y sus hocicos arrojaban humo. Era el carro una concha de maravillosa forma, y cuya blancura era más resplandeciente que la del marfil; las ruedas eran de oro. Este carro pa-

recía que volaba sobre la superficie de las sosegadas aguas. Una multitud de ninfas coronadas de flores iban en tropel nadando detrás del carro: sus hermosos cabellos, pendiendo sobre sus espaldas, ondeaban a merced del viento. La diosa llevaba en una mano un cetro de oro para mandar a las olas, y con la otra sostenía en sus rodillas, colgado a su pecho, al diosecillo Palemon su hijo: tenía un semblante sereno, y una apacible majestad que ahuyentaba los sediciosos vientos y las negras tempestades. Los tritones guiaban los caballos, y tenían las doradas riendas. Flotaba en el aire por encima del carro una gran vela de púrpura, medio hinchada por el soplo de una multitud de cefirillos que hacían esfuerzos para impelerla con sus alientos. En medio de los aires se veía a Eolo solicito, inquieto y lleno de ardor: su rostro arrugado y melancólico, su voz amenazadora, sus cejas espesas y largas, sus ojos llenos de un fuego sombrío y austero, imponían silencio a los fieros aquilones, y rechazaban las nubes. Las enormes ballenas, y todos los monstruos marinos, causando con sus narices un flujo y reflujo de la onda amarga, se apresuraban a dejar sus profundas grutas por ver a la diosa.

LIBRO QUINTO

SUMARIO

REFIERE Telémaco que al llegar a Creta supo que Idomeneo, rey de aquella isla, había sacrificado su hijo único por cumplir un voto indiscreto y que los Cretenses, queriendo vengar la muerte del hijo, habían obligado al padre a que dejase el país, y que después de largas deliberaciones se hallaban a la sazón congregados para elegir otro rey. Asimismo, refiere que los cretenses le admitieron en aquella asamblea; que ganó el premio en diferentes juegos; que resolvió los problemas que Minos dejó escritos en el libro de sus leyes; y que, vista su sabiduría por los ancianos, jueces de la isla, y el pueblo, le quisieron hacer rey.

DESPUÉS de haber visto con admiración este espectáculo, empezamos a percibir las montañas de

Creta, que apenas podíamos distinguir de las nubes del cielo y de las olas del mar. Muy luego vimos la cumbre del monte Ida, que sobresale de los demás de la isla, así como un ciervo viejo levanta en un bosque su ramosa cabeza sobre las de los cervatillos que le siguen. Poco a poco fuimos divisando mas claramente las costas de la isla, que se ofrecían a nuestra vista como un anfiteatro. Tan descuidado e inculto como nos había parecido el terreno de Chipre, tan fértil y adornado de todos frutos estaba el de Creta a beneficio del trabajo de sus habitantes.

Por todas partes veíamos aldeas bien construidas, villas que competían con las ciudades, y ciudades suntuosas: no veíamos campo alguno en que no estuviese impresa la mano del activo labrador, ni donde el corvo arado no hubiese hecho hondos surcos: los abrojos, las espinas y las demás yerbas que inútilmente ocupan la tierra, son allí desconocidas. Complacíanos la vista de los hondos valles, en que vacadas inmensas mugían en abundosos pastos a la orilla de los arroyos: los rebaños de carneros se apacentaban en el declive de una colina: los espaciosos campos estaban cubiertos de doradas espigas, preciosos dones de la fecunda Céres; y en fin, los montes, adornados de pámpanos y racimos de uvas

ya en color, prometían a los vendimiadores, los gratos dones de Baco para alivio de los hombres.

Díjonos Mentor que ya otra vez había estado en Creta, y nos refirió lo que de ella sabía. Esta isla, decía, admirada de todos los extranjeros, y famosa por sus cien ciudades, mantiene cómodamente a todos los habitantes, sin embargo de que son innumerables: esto consiste en que la tierra no se cansa jamás de derramar sus frutos entre los que la cultivan. Es inagotable la fecundidad de su seno: cuantos más, hombres habitan un país, con tal que sean laboriosos, tanto más es la abundancia de que gozan, sin verse jamás en el caso de envidiarse nada unos a otros; porque la tierra, esta bondadosa madre, multiplica sus dones según el número de hijos que se hacen acreedores a sus frutos por medio del trabajo. La ambición y la avaricia son el único origen de sus males: todo lo quieren, y el ansia con que desean lo superfluo, les hace infelices. Si se contentaran con llevar una vida sencilla, y con satisfacer sus verdaderas necesidades, se verían por todas partes abundancia, alegría, paz y unión. Así lo juzgó Minos, el más sabio y el mejor de todos los reyes. Lo más maravilloso que veáis en esta isla, es fruto de sus leyes. La educación que mandan dar a los niños, los crían

sanos y robustos: acostúmbraseles desde luego a una vida simple, frugal y laboriosa; y porque se supone que toda voluptuosidad enerva el cuerpo y el espíritu. Jamás se les proponen otros placeres que el de hacerse invencibles por la virtud, y el de adquirir mucha gloria. Aquí no se hace consistir el valor en sólo despreciar la muerte, en los peligros de la guerra, sino también en despreciar las riquezas excesivas y los deleites vergonzosos. Aquí se castigan tres vicios, que en otros pueblos son impunes: la ingratitud, el fingimiento y la avaricia.

Por lo que hace al fausto y a la molicie, nunca hay necesidad de refrenarlos, porque son desconocidos en Creta. Todos trabajan, y nadie piensa en enriquecerse. Cada uno se cree suficientemente pagado de su trabajo con una vida tranquila y arreglada, que le deja gozar en paz y con abundancia de todo lo realmente necesario. No se permiten muebles preciosos, ni trajes magníficos, deliciosos festines, ni palacios dorados. Los vestidos son de lana fina de hermosos colores; pero lisos y sin bordados. En las comidas hay la mayor sobriedad: bébese poco vino: el buen pan, los frutos que los árboles ofrecen como por sí mismos, y la leche de los ganados, son los principales manjares. Cuando más, se come un poco

de carne, pero sin aderezos ni salsas; teniendo siempre el mayor cuidado de reservar para la agricultura las mejores reses de las grandes vacadas, a fin de que siempre esté floreciente. Las casas están aseadas, son cómodas y alegres, pero sin adornos. No se ignora la sublime arquitectura; pero está reservada a los templos, y no se atreverían los hombres a tener casas semejantes a las de los Inmortales. Los grandes bienes de los Cretenses consisten en la salud, la fuerza, el valor, la paz y la unión de las familias, la libertad de los ciudadanos, la abundancia de lo necesario y el menosprecio de lo superfluo, el hábito del trabajo y el horror a la ociosidad, la emulación por la virtud, la sumisión a las leyes, y el temor de los justos dioses.

Yo le pregunté en que consistía la autoridad del rey; y me respondió: Todo lo puede sobre los pueblos; mas las leyes lo pueden todo sobre él. Su poder es absoluto para hacer bien; pero tiene las manos atadas cuando quiere hacer mal. Las leyes le confían los pueblos como el más sagrado de todos los depósitos, pero con la condición de que sea el padre de sus súbditos. Quieren que un solo hombre sirva con su sabiduría y con su moderación a la felicidad de tantos otros, y no que tantos hombres sir-

van con su miseria e infame esclavitud para lisonjear el orgullo y la molicie de uno solo. Un rey no debe tener más que sus súbditos, sino aquello que le sea absolutamente preciso para alivio de sus penosas funciones, o para infundir a los pueblos el respeto que deben al que es el apoyo de las leyes. Por otra parte, debe ser más sobrio, más enemigo de la molicie, y estar más exento de fausto y altanería que ningún otro. No debe tener más riquezas ni más placeres, pero sí más sabiduría, más virtud, y más gloria que los demás. Fuera de sus estados, debe ser el defensor de la patria, mandando los ejércitos; y dentro, el juez de sus pueblos, que les haga buenos, sabios y felices. No le han hecho los dioses rey para sí propio, ni lo es mas que para ser el númen tutelar de sus pueblos, a ellos debe todo su tiempo, todos sus desvelos y todo su amor; y en tanto será digno del trono, en cuanto se olvide de sí mismo por sacrificarse al bien público.

Minos no ha querido que sus hijos le sucediesen sino con la condición de que reinarían según sus máximas. Minos amaba todavía más a su pueblo que a su familia. Con su cordura ha hecho tan poderosa y feliz a Creta; con su moderación ha eclipsado la gloria de todos los conquistadores, que quieren ha-

cer servir a los pueblos de pedestal a su propia grandeza, es decir a su vanidad; y con su justicia, en fin ha merecido ser en los infiernos el soberano juez de los muertos. Mientras así hablaba Mentor, arribamos a la isla. Vimos el famoso laberinto, obra del ingenioso Dédalo, e imitación del gran laberinto que habíamos visto en Egipto. Estando contemplando aquel curioso edificio, notamos que el pueblo cubría la playa, y que corría en tropel a un paraje bastante inmediato a la orilla del mar. Preguntamos la causa de su apresuramiento, y he aquí lo que nos refirió un cretense, llamado Nausicrates.

Idomeneo, hijo de Dencaflon y nieto de Minos, dijo, había ido con los demás reyes de Grecia al sitio de Troya. Después de la ruina de esta ciudad se hizo a la vela para volver a Creta; pero fue tan violenta la tempestad que sobrevino, que el piloto de su nave y los demás expertos en la navegación creyeron inevitable el naufragio. Todos veían la muerte ante sus ojos, y abiertos los abismos para tragarles, y todos lloraban la desgracia, no esperando siquiera el triste reposo de las sombras de los que pasan la Estigia después de haber recibido sepultura. En esta situación levanta Idomeneo los ojos y las manos al cielo, y exclama invocando a Neptuno: ¡Oh poderoso

dios! tú que tienes el imperio de las ondas, dígnate oír a un desgraciado. Si me concedes que vuelva a ver la isla de Creta, a pesar del furor de los vientos, te inmolaré la primera cabeza que se presente a mi vista.

Entre tanto su hijo, impaciente por verle, se apresura a salir a recibirle para abrazarle: ¡infeliz! no sabía que esto era correr a su perdición. Salvo Idomeneo del peligro, arriba al deseado puerto: da gracias a Neptuno porque oyó sus plegarias; mas bien pronto conoció cuan funestas le eran. Un presentimiento de su desgracia le causaba el más amargo arrepentimiento de su voto indiscreto; temía llegar al seno de su familia, y ver lo que más amaba en el mundo. Pero la cruel Némesis, diosa inclemente, siempre vigilante para castigar a los hombres, y en particular a los reyes orgullosos, impelía a Idomeneo con mano fatal e invisible. Llega, y apenas se atreve a levantar la vista, ve a su hijo, y retrocede horrorizado: en vano buscan sus ojos alguna otra cabeza menos querida que pueda servir de víctima.

No obstante el hijo se arroja a sus brazos, y queda sorprendido de que su padre corresponda tan mal a su ternura: vele anegado en lágrimas, y le dice: Padre mío, ¿de qué proviene esta tristeza? ¿será po-

sible que después de tan larga ausencia sintáis el volveros a ver en vuestro reino, y causar la alegría de vuestro hijo? ¿En qué he podido ofenderos? ¿tanto horror os causo mi presencia que volvéis los ojos por no verme? Oprimido de dolor el padre no le responde. Por fin, después de exhalar profundos suspiros ¡Ah Neptuno! exclamó ¿qué es lo que te he prometido? ¡A cuánta costa me has librado del naufragio! Vuélveme a las olas, que estrellándome contra las rocas debí acabar con mi vida; pero conserva la de mi hijo. ¡O dios cruel! toma, aquí tienes mi sangre, no se derrame la suya. Dicho esto, sacó la espada para traspasarse; pero se lo impidieron los que allí estaban. El anciano Sofrónimo, intérprete de la voluntad de los dioses, le aseguró que podía aplacar a Neptuno sin dar la muerte a su hijo. Vuestra promesa, le dijo, ha sido imprudente a los dioses no se les honra, se les ofende con crueldades: guardaos de añadir a la imprudencia del voto la temeridad de cumplirle contra las leyes de la naturaleza. Ofreced a Neptuno cien toros mas blancos que la nieve haced que corra su sangre alrededor de su altar coronado de flores y quemad en su honor olorosos inciensos.

Oíalo Idomeneo con la cabeza baja, y sin responder palabra; sus ojos estaban encendidos de fu-

ror, y su rostro pálido y desfigurado mudaba de color a cada instante: un temblor continuo se había apoderado de sus miembros. Viéndole su hijo en tal estado, le dijo, aquí me tenéis, padre mío, dispuesto a morir por aplacar a Neptuno; no os expongáis a ser víctima de su enojo: yo moriré contento por salvar vuestra vida. Herid, padre mío; no temáis hallar en mí un hijo indigno de vos: la muerte no me intimida.

En el momento en que acabó de hablar, Idomeneo, fuera de sí, y como agitado por las furias infernales, sorprende a los que le observan de cerca, y traspasa con la espada el corazón de su hijo: sácala humeando y ensangrentada para hundírsela en sus propias entrañas; pero le volvieron a contener los que le asistían.

Cae el hijo bañado en su sangre; las sombras de la muerte cubren sus ojos; entreábrelos buscando la luz y no bien le halla, cuando la pierde para siempre. Cual hermoso lirio en medio del campo, cortado a raíz por el filo del arado, desfallece sin poderse sostener y que, si bien no ha perdido aquella hermosa blancura y esmalte que tanto agrada a la vista, queda no obstante sin vida, porque la tierra no le sustenta: tal el hijo de Idomeneo, semejante a una

delicada y tierna flor, le arrancaron la suya en la primavera de sus años.

El padre queda insensible en fuerza de su dolor: ni sabe donde está, ni lo que ha hecho, ni lo que debe hacer: marcha trémulo a la ciudad y pide su hijo.

Pero el pueblo, compadecido de este y horrorizado de la bárbara acción del padre, clama diciendo que los justos dioses le habían abandonado a las furias. El furor los provee de armas: toman palos y piedras, y la discordia derrama en los corazones una ponzoña mortal y en este momento los Cretenses, los prudentes Cretenses, se olvidan de la cordura que les caracteriza, y desconocen al nieto del sabio Minos. Los amigos de Idomeneo no hallan otro medio de salvarle que volverle a las naves: embárcanse con él, y huyen entregándose a merced del viento. Vuelto en sí Idomeneo, les agradece que le hubiesen sacado de una tierra regada con la sangre de su hijo, y donde le hubiera sido imposible permanecer. El viento los conduce hacia la Hesperia, y van a fundar un nuevo reino en el país de los Salentinos.

Viéndose los Cretenses sin rey que los gobierne, han acordado elegir uno que mantenga en toda su pureza las leyes establecidas, y ved aquí los medios

de que se valen para la elección. Ya están juntos todos los principales ciudadanos de las cien ciudades, y se ha dado principio a las sesiones por los sacrificios: convócanse a los sabios más famosos de los países vecinos para que juzguen de la sabiduría de aquellos que parezcan dignos del mando. Dispónense juegos públicos en que los concurrentes puedan dar muestras de su valor, porque el cetro que se ofrece por premio se ha de adjudicar al que más se aventaje en las dotes del alma y del cuerpo. Los Cretenses quieren un rey ágil y robusto, sabio y virtuoso; sin que el ser extranjero sirva de obstáculo pues a todos se llama.

Después que Nausicrates nos refirió esta maravillosa historia: Apresuraos, nos dijo, a venir a nuestra asamblea; combatiréis con los demás, y si los dioses destinan la victoria para alguno de vosotros, será rey de esta isla. Seguímosle, no con deseo de vencer, sino movidos de la curiosidad de ver una cosa tan extraordinaria.

Llegamos, pues, a una especie de circo muy capaz situado en el centro de un espeso bosque; y en medio del circo estaba el palenque para los combatientes, y a su rededor levantado un grande anfiteatro de verdes céspedes en el cual estaba sentado y

en orden innumerable pueblo. Cuando llegamos, fuimos honoríficamente recibidos de los Cretenses, los cuales ejercen la hospitalidad más noble y religiosamente que ningún otro pueblo del mundo. Hiciéronnos sentar, y nos convidaron a combatir. Mentor halló excusa en su edad y Hazael en su quebrantada salud.

Pero a mi juventud y vigor ninguna excusa les quedaba: sin embargo miré a Mentor por si descubría su dictamen; y luego que le conocí acepté la oferta, y me despojé de mis ropas: derramaron con abundancia aceite suave y lustroso por todos mis miembros, y me incorporé con los demás combatientes. Por todas partes oí que se decía: Este es el hijo de Ulises que aspira a ganar el premio. Conociéronme muchos Cretenses que durante mi niñez habían estado en Itaca.

El primer combate fue el de la lucha. Un Rodio como de treinta y cinco años de edad, venció a cuantos osaron ponérsele delante. Conservaba todavía el vigor de la juventud: eran sus brazos nervudos y robustos; al menor movimiento que hacía se veían todos sus músculos, y su agilidad era igual a su fuerza. No me tuvo por digno de ser vencido; y así fue que, compadeciéndose de mis pocos años,

quiso retirarse mas yo le salí al encuentro, y entonces nos asimos, y nos estrechamos tanto, que ni aun podíamos respirar. Estábamos hombro contra hombro, pie contra pie, tendidos todos los nervios, y los brazos entrelazados como serpientes, haciendo mutuamente el último esfuerzo para hacernos perder tierra. Tan pronto intentaba el Rodio sorprenderme impeliéndome hacia un lado, como se esforzaba a doblegarme hacia otro. Pero mientras que así me tanteaba, le di un empujón tan violento, que se le dobló el lomo; cayó en la arena, y me arrastró en su caída. En vano anhelaba ponerse encima de mí, ni aun moverse le dejé, hasta que el pueblo exclamó: Victoria al hijo de Ulises; entonces ayudé a levantarse al corrido Rodio.

Más peligroso fue el combate del cesto: habíase adquirido en él la más alta reputación el hijo de un rico ciudadano de Samos, todos le cedieron la victoria, menos yo que esperaba alcanzarla. Diome al principio dos golpes, uno en la cabeza y otro en el pecho, que me hicieron arrojar sangre y me nublaron los ojos. Vacilé; él me estrechaba, y ya me iba faltando el aliento; pero me reanimó un grito de Mentor, que me digo: Hijo de Ulises, ¿serás tú acaso el vencido? La ira me suministro nuevas fuerzas:

evité muchos golpes que me hubieran abrumado. Tan pronto como el Samio me había tirado un golpe en vago y se extendiera su brazo vanamente, yo procuraba sorprenderle en esta postura inclinada: ya empezaba a retroceder, cuando alcé mi cesto para descargar sobre él con más fuerza quiso evitarlo, y perdiendo el equilibrio, me ofreció el medio de aterrarle. Apenas estuvo en tierra, le alargué la mano para levantarle. Púsose en pies por sí solo cubierto de polvo y sangre: fue suma su vergüenza, mas no se atrevió a renovar el combate.

Inmediatamente se dio principio a la corrida de los carros, los cuales se repartieron por suerte. El que me tocó fue el más inferior, así en la ligereza de las ruedas como en el brío de los caballos. Partimos, pues; y muy luego se levantó una nube de polvo que ocultó el cielo. Al principio los dejé a todos pasar delante. Un joven Lacedemonio, llamado Crantor, a todos iba dejando atrás: el que le seguía más de cerca era un Cretense, llamado Policletes Hipómaco, pariente de Idomeneo, y que aspiraba a sucederle, dando rienda a sus caballos, que humeaban de sudor, iba todo reclinado sobre sus flamantes crines, siendo tan rápido el movimiento de las ruedas de su carro, que estas parecían fijas cual las alas del águila

que hiende los aires. Animáronse mis caballos, fueron poco a poco cobrando aliento, y dejé atrás a casi todos los que habían partido con tanto ardor. El exceso con que el pariente de Idomeneo, Hipómaco, impelía sus caballos, fue causa de que tropezase el más valiente, y con su caída quitase a su dueño la esperanza de reinar.

Policletes, por inclinarse demasiado sobre los suyos, no se pudo sostener en un tropezón que dio su carro: cayó, fuéronsele las riendas, y no fue poca su fortuna en salvar la vida. Viendo Crantor con la mayor indignación que yo le iba muy a los alcances, redobla su ardor; ora invoca a los dioses, prometiéndoles ricas ofrendas, ora azuza sus caballos para reanimarlos: temía y con razón, que yo pasase entre él y la meta; porque mis caballos, menos fatigados que los suyos, se hallaban en estado de ponérsele delante, sin que le quedase otro arbitrio para evitarlo, que el de cerrarme el paso. Y así fue que, por conseguirlo, se aventuró a estrellarse contra la meta, y con efecto se le rompió en ella una rueda. Yo no pensé mas que en dar la vuelta para evitar de meterme en su enredo y él me vio un instante después al término de la carrera. El pueblo clamó otra vez:

Victoria al hijo de Ulises, él es el rey que los dioses nos destinan.

Acabado esto, fuimos conducidos por los más ilustres y sabios Cretenses a un bosque sagrado apartado de la vista de los hombres profanos, en él nos reunieron los ancianos que Minos había instituido jueces del pueblo, y guardas de las leyes, y no admitieron sino a los que habíamos combatido en los juegos. Abrieron los sabios el libro en que estaban recopiladas todas las leyes de Minos. Sentíme llenar de respeto y de confusión al acercarme a aquellos ancianos, a quienes hacía venerables la edad, sin enervarles el vigor del espíritu. Estaban sentados por su orden, e inmóviles en sus asientos. El cabello les había encanecido con los años, y muchos de ellos le tenían ya casi todo caído. Veíase resplandecer en sus semblantes una sabiduría suave y serena; ni se apresuraban por hablar, ni cuando hablaban, decían mas que lo que llevaban resuelto. Si discordaban en los dictámenes, era tal la moderación con que cada uno sostenía el suyo, que cualquiera hubiera creído que eran todos de una misma opinión. La larga experiencia de lo pasado, y el hábito del trabajo, les daban grandes conocimientos sobre todas materias, y lo que mas rectificaba su ra-

zón era la tranquilidad del ánimo, exento ya de las locas pasiones y de los caprichos de la juventud. La prudencia sola obraba en todas sus acciones, y el fruto de su constante virtud era tener tan sujetos sus deseos, que ya gozaban sin trabajo del dulce y noble placer de seguir la razón. La admiración que me causaron hizo nacer en mí el deseo de que se me acortase la vida por llegar cuanto antes a tan apreciable vejez. Parecíame desgraciada la juventud, por ser tan impetuosa, y estar tan distante de aquella virtud tan ilustrada y tranquila.

El principal de los ancianos abrió el libro de las leyes de Minos, que era un gran volumen, y se custodiaba de ordinario en una caja de oro con aromas. Todos los ancianos le besaron con respeto, porque decían que después de los dioses, de quienes emanan las buenas leyes, nada debe ser tan sagrado para los hombres como las leyes que se dirigen a hacerlos justos, sabios y felices. Los que tienen a su cargo el juzgar por ellas a los pueblos, deben ser los primeros en respetarlas y obedecerlas; porque no ha de ser el hombre el que reine, sino la ley. Así razonaban aquellos varones. Después propuso el que presidía tres cuestiones, que debían resolverse según las máximas de Minos.

Era la primera saber cual fuese el más libre de todos los hombres. Unos respondieron que era el rey que tuviese un imperio absoluto sobre sus pueblos, y que al mismo tiempo fuese vencedor de todos sus enemigos. Otros sostuvieron que el hombre bastante rico para poder satisfacer todos sus deseos. Otros, que era el más libre el que nunca se casaba, y empleaba toda la vida en viajar, por diferentes países, sin estar sujeto a las leyes de ninguno. Otros, que lo era el salvaje, que, manteniéndose de la caza, vivía en los bosques independiente de toda necesidad y policía. Creyeron otros, que era el recién emancipado, que, pasando de los rigores de la esclavitud a las dulzuras de la libertad sabría disfrutarlas mejor que otro ninguno. En fin, otros opinaron que un moribundo era el más libre, porque la muerte de todo le libraba, y todos los hombres juntos no tenían ya sobre él poder alguno.

Cuando me tocó hablar, no me costó trabajo responder, porque tenía presente lo que tantas veces me había dicho Mentor: el más libre de todos, respondí, es el que sabe serlo en la esclavitud misma. En cualquier país, en todos los estados, es libre el hombre que teme a los dioses, y a nadie teme sino a ellos. En una palabra, el hombre verdaderamente

libre es aquel que nada teme ni desea, y que sólo se somete a los dioses y a la razón. Miráronse los ancianos unos a otros, sonriéndose, y se maravillaron de que mi respuesta fuese precisamente la de Minos.

Propúsose después la segunda cuestión en estos términos ¿quien es el más infeliz de todos los hombres? cada uno dijo lo que le ocurrió: uno, que el más infeliz era él que no tenía bienes, salud ni honra; otro, que lo era el que no tenía ningún amigo; otro, que el que tenía hijos ingratos e indignos de él. Un sabio de la isla de Lesbos dijo: El más infeliz de todos los hombres es el que cree serlo; porque la infelicidad depende menos de lo que se padece, que de la impaciencia con la que uno aumenta su desdicha.

Al oír este dictamen, toda la asamblea prorrumpió en aplausos: cada cual creyó que este sabio ganaría el premio de esta cuestión. Sin embargo me preguntaron cual era mi parecer; y siguiendo las máximas de Mentor, respondí: el más infeliz de todos los hombres es un rey que cree que su felicidad consiste en hacer miserables a los demás hombres. Su ceguedad duplica su desgracia; porque como no conoce el mal que padece, le es imposible curarle; teme aun conocerle. La verdad no puede penetrar hasta él

por entre tanta turba de aduladores como le rodea. Tiranízanle sus pasiones no conoce las obligaciones que tiene: jamás ha sentido el placer que resulta, de hacer bien, ni el que infunde la santa virtud. Este sí que es infeliz, y merece serlo: su desdicha va siempre en aumento; corre a su perdición, y los dioses se preparan a confundirle con un castigo eterno. Toda la asamblea tuvo por vencido al sabio lesbio; y los ancianos declararon que yo había en efecto acertado con el dictamen de Minos.

Por tercera cuestión se propuso: ¿cuál era preferible un rey conquistador e invencible en la guerra, o el que sin experiencia de ella fuese a propósito para gobernar discretamente a sus pueblos en la paz? Los mas estuvieron por el primero: ¿qué vale, decían, que un rey gobierne bien en paz, si en tiempo de guerra no sabe defender sus estados? En este caso él quedará vencido y su pueblo, esclavizado. Otros, por la contraria sostenían que el rey pacífico sería mejor, porque temiendo la guerra, procuraría evitarla. A otros les parecía que el rey conquistador, al paso que exaltase su gloria, acrecentaría la felicidad de sus vasallos, haciéndolos dueños de otras naciones, en vez de que el rey pacífico los tendría en una

ignominiosa inercia. Quisieron saber mi parecer y lo expuse de esta suerte:

Un rey que no sabe gobernar sino en la paz, o sino en la guerra, y que no es capaz de hacerlo en ambos estados, no es más que rey a medias. Pero comparado el que no sabe más que el arte de la guerra con un rey sabio que sin entender de ella sea capaz de sostenerla por medio de sus generales, hallo que este es preferible a aquel. Un rey enteramente decidido por la guerra, querrá estar siempre en ella para extender sus dominios y acrecentar su gloria; y de este modo arruinará a su pueblo. ¿Qué interés tiene éste en que su rey subyugue a otras naciones, si él vive infeliz bajo su dominación? Además de esto las largas guerras traen siempre consigo muchos desórdenes; los mismos vencedores se corrompen durante este tiempo de confusión. ¿Cuánto no costó a la Grecia el haber triunfado de Troya? ¿por espacio de mas de diez años se vio privada de sus reyes? Cuando la guerra todo lo enciende, lo más sagrado no esta a cubierto de sus lastimosos efectos: las leyes, las artes y la agricultura desfallecen. En la guerra aun los mejores príncipes se ven precisados a hacer el mayor de todos los males, cual es tolerar la licencia, y servirse de los perversos. ¡Cuantos malvados

hay a quienes se castigaría en tiempo de paz, y cuya audacia esfuerza premiar en medio de los desórdenes de la guerra! Jamás ha existido un pueblo que teniendo un rey conquistador, no haya sufrido infinito por su ambición. Un conquistador, embriagado de su propia gloria, casi tanto arruina a su nación victoriosa como a las naciones vencidas. Un príncipe que no tenga las cualidades necesarias para la paz, mal podría disponer a sus vasallos a que gocen los frutos de una guerra felizmente concluida. Es semejante a un hombre que defendiera su heredad contra las invasiones de su vecino, y aun usurparla la de este, pero que no sabría cultivar ni sembrar para coger fruto alguno. Un hombre semejante mas parece haber nacido para destruir, asolar y trastornar el mundo, que para hacer feliz un pueblo por medio de un sabio gobierno.

Vengamos ahora al rey pacífico. Es cierto que no vale para grandes conquistas; esto es, no ha nacido para turbar la tranquilidad de su pueblo, queriendo subyugar a las naciones que la justicia ha negado a su dominio; pero si es verdaderamente apto para gobernar en paz, tiene cuanto necesita para defender su reino de sus enemigos. Ved aquí como: será justo, moderado y tratable con sus vecinos; no em-

prenderá contra ellos cosa alguna que pueda alterar la paz: será fiel en sus alianzas, sus aliados le amarán, no le temerán y tendrán en él plena confianza. Si tuviese algún vecino inquieto, altivo y ambicioso, todos los demás reyes vecinos, que temen a este rey turbulento, se unirán al rey pacífico, que no les da celos, para impedir que aquel le oprima. Su probidad, su buena fe y su moderación le harán árbitro entre los estados que rodeen el suyo. Y mientras que el rey emprendedor es odioso a los demás, y está siempre expuesto a sus ligas, el pacífico tiene la gracia de ser como un padre y tutor de los otros reyes. Estas son las ventajas que goza fuera de su reino. Pero aun son más sólidas las que logra dentro. Suponiéndole apto para gobernar en paz, es consiguiente que lo haga por medio de las más sabias leyes. Reprime el fausto, la molicie y todas las artes que no sirven más que de lisonjear los vicios; procura que florezcan las que son útiles y realmente necesarias a la vida, aplicando particularmente sus súbditos a la agricultura, por cuyo medio les proporcionara la abundancia de lo necesario. Este pueblo laborioso, de costumbres sencillas y enseñado a vivir con poco, adquiriendo fácilmente su sustento con el cultivo de la tierra, se multiplica hasta el infi-

nito. Ved ahí en este reino un pueblo innumerable, pero un pueblo vigoroso, robusto, no afeminado con los deleites, ejercitado en la virtud, no apegado a las delicias de una vida muelle y regalada, que sabe despreciar la muerte, y que mas bien querría morir que perder la libertad de que goza bajo el gobierno de un rey sabio, que se aplica a reinar solo para que reine la razón. Que un conquistador acometa a este pueblo acaso no le hallará bastante instruido en acamparse, ponerse en orden de batalla, ni en el manejo de las máquinas de sitio; pero le hallara invencible por su número y por su valor, por su paciencia en la fatiga y por la costumbre de sufrir la pobreza, por su intrepidez en los combates, y lo que es mas, por una virtud que jamás sucumbirá a la adversidad de los sucesos. Además, si este rey no tiene toda la experiencia necesaria para mandar por si los ejércitos, sabrá a lo menos elegir sujetos capaces, y servirse de ellos, sin menoscabar su autoridad. Sus aliados le darán auxilios sus vasallos antes querrán morir que pasar bajo el dominio de otro rey violento e injusto; los mismos dioses combatirán por él. ¡Ved que recursos tendrá en medio de los mayores peligros!

Concluyo pues que el rey pacífico que ignora el arte de la guerra, es un rey muy imperfecto, pues no sabe desempeñar una de sus más principales funciones, cual es vencer a sus enemigos; pero añado que sin embargo es infinitamente superior al rey conquistador quien carece de las cualidades necesarias para gobernar en tiempo de paz, y que sólo las tiene para mandar en la guerra. Advertí en la asamblea muchos que no aprobaban este dictamen; porque la mayor parte de los hombres, deslumbrados por el esplendor de las cosas brillantes, como las victorias y las conquistas, prefieren éstas a lo que de suyo es sencillo, tranquilo y sólido, como la paz y la buena policía de los pueblos; mas todos los ancianos exclamaron que había yo hablado como Minos.

El principal de ellos exclamó: ya veo cumplido un oráculo de Apolo sabido por toda nuestra isla. Había consultado Minos a este dios para saber cuanto tiempo reinaría su estirpe, según las leyes que acababa de establecer; y le fue respondido: Los tuyos dejaran de reinar cuando un extranjero entre en tu isla para hacer reinar en ella tus leyes. Temíamos que algún extranjero viniese a conquistar la isla de Creta; mas la desgracia de Idomeneo, y la sabiduría del hijo de Ulises, que es entre los mortales el que

mejor entiende las leyes de Minos, nos aclaran el sentido del oráculo. ¿Por qué tardamos en coronar al rey que nos da el destino?

LIBRO SEXTO

SUMARIO

REFIERE Telémaco que rehusó la corona de Creta por volver a Itaca, que propuso elegir a Mentor, quien igualmente la rehusó; que, instado Mentor por la asamblea para que en nombre de la nación nombrase el que le pareciese mas digno, expuso lo que acababa de saber de las virtudes de Aristodemo, el cual con efecto fue al instante proclamado rey: que después se embarcaron para Itaca Mentor y él; pero que Neptuno por complacer a Venus irritada, les hizo padecer naufragio, de cuyas resultas fueron a parar a la isla de Calipso.

INMEDIATAMENTE salieron los ancianos del recinto del bosque sagrado y tomándome el principal por la mano, anunció al pueblo, ya impaciente por saber la decisión, que yo había ganado el pre-

mio. Apenas acabó de hablar, cuando se oyó entre el concurso un confuso murmullo que terminó en gritos de alegría, haciendo resonar en toda la ribera y en los montes vecinos esta aclamación: ¡Sea rey de los Cretenses el hijo de Ulises semejante a Minos!

Yo esperaba un momento de silencio, y hacia señal con la mano suplicando que me oyesen. Entretanto me decía Mentor al oído:¿Renuncias a tu patria? ¿la ambición de reinar haráte olvidar a Penélope, que funda en tu regreso su última esperanza, y al grande Ulises; que los dioses han decretado volverte? Estas palabras penetraron mi corazón, y me sostuvieron contra el vano deseo de reinar.

Por fin, un profundo silencio de toda esta tumultuosa asamblea me dio lugar a que hablase de esta manera: Ilustres Cretenses, yo no soy digno de mandaros. Es cierto que el oráculo que se acaba de referir no deja duda de que la estirpe de Minos cesará de reinar cuando un extranjero entrara en esta isla, y hará que en ella reinen las leyes de aquel sabio rey, pero no por eso dice que reinará el mismo extranjero. Quiero convenir en que soy el extranjero designado por el oráculo. Yo cumplí la predicción: vine a esta isla, y descubrí el verdadero sentido de las leyes, y deseo que mi explicación sirva para que

reinen en ella con el hombre que elijáis. Pero, por lo que a mí hace, prefiero mi patria, la pobre islita de Itaca, a las cien ciudades de Creta, y a la gloria y opulencia de este hermoso reino. Permitidme que siga lo que me tienen indicado los hados; y creed que si he combatido en vuestros juegos, no ha sido con el deseo de reinar, sino por merecer vuestro afecto y compasión, y porque me facilitéis los medios de volver cuanto antes a mi nativo suelo; que más quiero vivir bajo la obediencia de mi padre Ulises, y servir de consuelo a mi madre Penélope, que ser rey de todas las naciones del mundo. Cretenses, vosotros veis el fondo de mi corazón; me es preciso dejaros; pero sólo la muerte pondrá término a mi reconocimiento. No lo dudéis: Telémaco amará a los Cretenses hasta el último instante de su vida, y no se interesará menos en su gloria que en la suya propia.

Apenas hube dicho esto, se levantó en la asamblea un sordo ruido semejante al de las olas del mar cuando se entrechocan en una tempestad. Unos decían: ¿será alguna deidad bajo figura humana? otros sostenían que me habían visto en otros países, que me reconocían; y no faltó quien exclamase que se me debía obligar a aceptar el cetro. En fin volví a

tomar la palabra, y cada cual procuró guardar silencio, dudando si no iba a aceptar lo que rehusé de pronto. He aquí mi alocución:

Permitid, o Cretenses, que os diga lo que de vosotros pienso. Sois el más sabio de todos los pueblos, mas la prudencia exige, a mi parecer, una precaución en la cual no atináis. Debéis elegir, no al que mejor discurra acerca de las leyes, sino al que tenga la virtud de observarlas con mas constancia. Ya veis que yo soy joven, por consiguiente sin experiencia, expuesto a la violencia de las pasiones, y mas en estado de aprender obedeciendo a mandar algún día, que de mandar desde ahora. No deis la preferencia al que haya vencido a los demás en los juegos del ingenio y del cuerpo, sino al que a sí mismo haya sabido vencerse. Buscad a un hombre que tenga grabadas vuestras leyes en lo íntimo del corazón, y cuya vida toda entera sea la practica de esas leyes. Y sean sus acciones, mas bien que sus palabras, las que determinen vuestra elección.

Complacidos los ancianos con este discurso, y viendo que cada vez crecían mas los aplausos de la asamblea dijeron: pues los dioses nos quitan la esperanza de que seáis nuestro rey, a lo menos ayudadnos a encontrar uno que haga reinar nuestras leyes.

¿Conocéis a uno que pueda mandar con esta moderación? Conozco a uno, les dije al pronto, a quien debo cuanto estimáis en mí; su sabiduría, no la mía, es la que acaba de hablar: él es quien me ha inspirado cuantas respuestas me habéis oído.

Al instante todos fijaron los ojos en Mentor, al cual designaba yo teniéndole asido por la mano. Referí lo mucho que había cuidado de mi infancia; los peligros de que me habían librado sus consejos; y los males que me habían sobrevenido si alguna vez había dejado de seguirlos.

Al principio nadie había reparado en él, a causa de su traje sencillo y descuidado, de su modesto continente, de su silencio casi continuo, y de su semblante serio y reservado. Pero luego que más detenidamente le miraron, descubrieron en su rostro no sé que de firme y elevado: notaron la vivacidad de sus ojos, y el aire brioso que daba a la mas mínima de sus acciones. Hiciéronle varias preguntas, y admiró con sus respuestas: acordaron hacerle rey. Rehusó sin conmoverse; dijo que prefería el sosiego de la vida privada al esplendor de la corona: que los mejores reyes son infelices en cuanto nunca hacen el bien que quisieran, y por lo común hacen el mal que no querían, por sorprender su ánimo los

aduladores que les rodean. Añadió que si la esclavitud es miserable, no lo es menos la soberanía, verdadera esclavitud disfrazada. Un rey, decía, depende de todos aquellos de quienes necesita para hacerse obedecer. ¡Feliz mil veces el que no esta obligado a mandar! Sola nuestra patria, ella sola es acreedora, si nos confía la autoridad suprema, a que en su beneficio sacrifiquemos nuestra libertad.

Entonces los Cretenses, no pudiendo salir de su asombro, le preguntaron a quien debían escoger? Al que os conozca bien, les respondió, pues habrá de gobernaros, y que tema gobernaros. El que desea la autoridad real, no la conoce; ¿y como desempeñará sus obligaciones no conociéndolas? Este tal la busca para sí, y vosotros necesitáis quien por sólo vuestro amor la acepte.

En gran manera maravillados quedaron los Cretenses al ver a dos extranjeros rehusar la diadema de tantos codiciada. Quisieron saber con quien habían venido. Nausicrates, que los condujo desde el puerto al circo donde se celebraban los juegos, les mostró a Hazael, con quien Mentor y yo habíamos venido de la isla de Chipre. Pero su admiración fue mucho mayor cuando supieron que Mentor había sido esclavo de Hazael; que este, prendado de la sa-

biduría y de la virtud de su esclavo, le había hecho su consejero, y su mejor amigo; que este esclavo recién liberto era el mismo que acababa de negarse a ser rey; y que Hazael había venido desde Damasco de Siria para instruirse en las leyes de Minos, en tanta manera tenía ocupado su corazón el amor a la sabiduría.

Los ancianos dijeron a Hazael: No nos atrevemos a suplicaros que nos gobernéis, porque os creemos con las mismas ideas que Mentor. Menospreciáis demasiado a los hombres para encargaros de dirigirlos; y además miráis con mucho desprendimiento las riquezas y el esplendor del trono, para que queráis adquirirlas a costa de las fatigas anejas al gobierno de los pueblos. No creáis, Cretenses, respondió Hazael, que desprecio a los hombres: nada menos. Sé muy bien cuan glorioso es emplearse en hacerles buenos y felices; mas esta ocupación trae consigo infinitos disgustos y peligros El esplendor que le rodea es falso, y no puede deslumbrar sino a almas vanas. La vida es corta: las grandezas irritan las pasiones mas de lo que las satisfacen. Por aprender a pasarme sin esos aparentes bienes he venido de tan lejos, no por adquirirlos. Adiós. Yo no pienso sino en volver a mi patria para

pagar en ella una vida pacífica y retirada, en la cual la sabiduría alimente mi corazón, y las esperanzas que da la virtud de gozar otra mejor vida me consuelen de los disgustos de la vejez. Si algo tuviera que desear, no sería el trono, fuera sí el no separarme jamás de estos dos hombres que veis.

En fin los Cretenses, dirigiéndose a Mentor, exclamaron: ¡O el más sabio y grande de los mortales! decidnos, pues, a quien podremos elegir. No penséis partir sin habernos dicho en quien debe recaer esta elección. Mentor les respondió: Estando entre la multitud de los espectadores, noté a un hombre que no mostraba ningún anhelo; era un anciano en quien se descubría bastante vigor. Pregunté quien era, y me respondieron que se llamaba Aristodemo. Después oí que le decían que sus dos hijos eran del número de los combatientes; él no dio señas de alegrarse: dijo que al uno no le deseaba los riesgos del trono y que amaba mucho su patria para consentir a que reinase el otro. De esto inferí que este padre amaba con un amor racional a uno de sus hijos que era virtuoso, y que no disimulaba los extravíos del otro. Aumentándose mi curiosidad, pregunté que género de vida era la de aquel anciano, y uno de vuestros ciudadanos me respondió: ha militado mu-

chos años, y tiene el cuerpo cubierto de cicatrices; pero, por su virtud sincera y enemiga de la adulación había venido a ser incómodo a Idomeneo, quien por esto no se sirvió de él en el sitio de Troya. Temió a un hombre cuyos sabios consejos no podría resolverse a seguir, y además tuvo envidia de la gloria que no hubiera tardado en adquirirse. Ello fue que, olvidando todos sus servicios, le dejó aquí pobre, y despreciado de los hombres groseros e infames que sólo dan estimación a las riquezas. Mas él, contento con su pobreza, vive alegremente, en un paraje retirado de la isla, donde cultiva con sus propias manos su corta hacienda. Ayúdale su hijo; se aman con la mayor ternura y son felices. Por su frugalidad y su trabajo se han adquirido la abundancia de lo necesario a una vida sencilla. El sabio anciano reparte entre los pobres enfermos de su vecindad todo lo que excede a sus necesidades y a las de su hijo. Persuade a los jóvenes a que trabajen, les exhorta y les instruye; es el juez de las diferencias que ocurren en el vecindario; es el padre de todas las familias. La desgracia de la suya es tener otro hijo que no ha querido seguir sus consejos. El padre, después de tolerarle mucho tiempo por ver si podría corregir sus vicios ha tenido al fin que

echarle de su casa, y vive abandonado a una loca ambición y, a todos los placeres. Esto es, oh Cretenses, lo que me han referido: a vosotros toca saber si es verdad. Mas si este hombre es como le pintan, ¿a qué celebrar juegos, ni juntar tantos desconocidos? Entre vosotros tenéis a uno que os conoce y os ha conocido; instruido en la guerra; que ha dado pruebas de valor no sólo contra las flechas y los dardos, sino contra la espantosa pobreza; que ha despreciado las riquezas que se adquieren con la lisonja; que ama el trabajo, y sabe cuan útil es a un pueblo la agricultura; que detesta el fausto, que no se deja llevar de un ciego amor por sus hijos que ama la virtud del uno y condena el vicio en el otro: en una palabra, un hombre que es ya el padre del pueblo. En él tenéis vuestro rey, si de veras deseáis que reinen sobre vosotros las leyes del sabio Minos.

Es cierto, exclamó todo el pueblo, que Aristodemo es cual vos decís; él es quien merece reinar. Hiciéronle llamar los ancianos, búscanle entre la turba, donde se hallaba confundido con los de la última plebe. Preséntase tranquilo, hácesele saber que es el elegido rey, y él responde de esta suerte: No lo admitiré sino con tres condiciones: la primera, que dentro de dos años dejaré el cetro, si en ellos

no logro haceros mejores de lo que sois, o si os oponéis a las leyes. La segunda, que he de ser dueño de continuar llevando una vida sencilla y frugal. La tercera, que mis hijos no tendrán distinción alguna, y que después de mi muerte serán tratados sin preferencia, según su mérito, como a los demás ciudadanos.

Proferidas estas palabras, resonaron por el aire mil gritos de alegría. El principal de los ancianos guardas de las leyes ciñó con la diadema las sienes de Aristodemo; se hicieron solemnes sacrificios a Júpiter y a los otros dioses supremos. Aristodemo nos hizo varios presentes, no con la magnificencia ordinaria a los reyes, sino con una noble sencillez. Diole a Hazael las leyes de Minos escritas de propio puño de aquel sabio rey; diole a mas un compendio de toda la historia de Creta desde el tiempo de Saturno y la edad de oro; hizo poner en su nave de todas las especies de buenos frutos que hay en Creta, y no se conocen en Siria, y le ofreció cuantos auxilios pudiese necesitar.

Viendo que nos dábamos prisa para partir, dispuso que se nos equipara un navío bien tripulado de remeros y tropas, y nos proveyó de ropas y bastimentos. Levantóse al instante un viento favorable

para Itaca; este viento, que era contrario a Hazael, le obligó a detenerse. Vionos partir, y nos abrazó como amigos a quienes jamás volvería a ver. Los dioses son justos, decía; ven una amistad que sólo se funda en la virtud algún día nos reunirán; y aquellos campos fortunados, en donde dicen que los buenos gozan de una paz eterna después de la muerte, verán juntarse nuestras almas para no separarse jamás. ¡Ojalá pudiesen también ser mis cenizas recogidas con las vuestras! Al pronunciar estas palabras derramaba torrentes de lágrimas, y sollozos embargaban su voz. No lloramos menos que él; y nos condujo al navío.

Aristodemo, nos dijo: vosotros acabáis de hacerme rey: acordaos de los riesgos en que me habéis puesto, rogad a los dioses que me inspiren la verdadera sabiduría, y que exceda tanto en moderación a los demás hombres, cuanto los excedo en autoridad. Yo por mi parte les rogaré que os conduzcan con felicidad a vuestra patria, que confundan la insolencia de vuestros enemigos, y que os concedan ver en paz en ella a Ulises reinando con su amada Penélope. Telémaco, os doy un buque bien tripulado de remeros y de tropas, de las que os podéis servir contra esos hombres injustos que persiguen a vues-

tra madre. Por vos, Mentor, como vuestra sabiduría de nada necesita, nada me deja que desearos. Andad, vivid felices juntos: acordaos de Aristodemo, y si en algún tiempo los de Itaca necesitasen de los Cretenses, contad conmigo hasta mi postrer aliento. Abrazónos; y al querer nosotros manifestarle nuestro agradecimiento, no pudimos contener las lágrimas.

Entre tanto el viento que henchía nuestras velas, prometíanos una feliz navegación. Ya el monte Ida no era a nuestra vista mas que una colina; las riberas desaparecían; las costas del Peloponeso se iban al parecer adelantando en el mar para venir a nuestro encuentro. De repente una negra tempestad ocultó el cielo e irritó todas las olas del mar. El día se convirtió en noche; y se nos apareció la muerte. ¡O Neptuno! tú, con tu soberbio tridente, alborotaste las aguas todas de tu imperio! Por vengarse Venus del desprecio que de ella hicimos hasta en su templo de Citeres, recurrió a aquel dios hablóle con dolor, sus hermosos ojos bañados en lágrimas mas es al menos como Mentor, impuesto en las cosas divinas, me lo ha asegurado ¿Consentiréis, o Neptuno, le decía que estos impíos se burlen impunemente de mi poder? Los mismos dioses lo reconocen, y estos

temerarios mortales se han atrevido a vituperar todo cuanto en mi isla se hace. Jáctanse de una consumada sabiduría, y tratan el amor de locura. ¿Os habéis olvidado de que he nacido en vuestro imperio? ¿Por qué tardáis en sepultar en vuestros profundos abismos a esos dos hombres que me son insufribles.

Apenas hubo hablado, sublevó Neptuno las olas hasta el cielo, y Venus se alegro, creyendo inevitable nuestro naufragio. Turbado el piloto, exclamó que ya no podía resistir al ímpetu de los vientos que nos impelían con violencia hacia las rocas. Una ráfaga rompió el mástil, y poco después, oímos las puntas de los peñascos que estrellaban el casco de nuestra nave. Entra el agua por todas partes, se va hundiendo el navío, y los remeros dirigen al ciclo lamentables gritos. Abrázome con Mentor, y le digo: He aquí la muerte: recibámosla con valor. Los dioses nos han sacado de tantos peligros para que hoy perezcamos. Muramos pues, Mentor, muramos: a mí me sirve de consuelo morir con vos: inútil fuera disputar nuestra vida a la tempestad.

El verdadero valor, me respondió Mentor, siempre encuentra algún recurso. No basta estar dispuesto a recibir con tranquilidad la muerte; sin temerla, pues es necesario hacer todos los esfuerzos

para rechazarla. Tomemos uno de esos bancos de los remeros, y mientras que esa multitud de hombres tímidos y sobresaltados suspira por la vida sin buscar los medios de conservarla, no perdamos un momento en salvar la nuestra. Inmediatamente, tomó una hacha, y acabó de cortar el mástil roto, cuyo peso casi volcaba el navío: échale fuera, y se arroja sobre él a las furiosas olas. Llámame por mi nombre, y me anima a que le siga. Así como un grande árbol, contra el cual se han conjurado los vientos, permanece inmóvil asegurado en sus profundas raíces, de suerte que la mayor tempestad no hace mas que agitar sus hojas: así Mentor, no sólo firme y valeroso, sino sereno y tranquilo, parecía que mandaba a los vientos y a las olas. Yo le seguí, y ¿quien, animado por él, no le hubiera seguido?

Nos conducíamos nosotros mismos sobre aquel mástil flotante. Fuenos de un gran socorro, porque podíamos sentarnos en él, que si hubiéramos tenido que nadar de continuo, bien pronto nos hubieran faltado las fuerzas. Mas la borrasca hacía voltear a menudo nuestro gran madero, y nos hallábamos sumergidos en el mar, entonces bebíamos el agua salada que arrojábamos luego por boca, oídos y narices; y nos era forzoso disputar contra las olas para

alcanzar a subir otra vez sobre el mástil. A veces también una ola tan alta como una montaña venía pasando por cima de nosotros y nos agarrábamos firmemente, temerosos de que, en el violento impulso, se nos escapase el mástil, que era nuestra única esperanza.

En tan terrible situación, Mentor, tan sereno como está ahora sobre este asiento de céspedes, me decía: ¿Crees por ventura que tu vida está abandonada a los vientos y a las olas? ¿y que las olas ni los vientos pueden nada contra ti sin orden de los dioses? De ningún modo: ellos deciden de todo. Temamos pues a los dioses, y no al mar Aunque estuvieses en lo profundo de los abismos, la mano de Júpiter podría sacarte de ellos: así como, aunque estuvieras en el Olimpo, viendo a tus pies los astros, podría sepultarte en lo más profundo de los abismos, o precipitarte en las llamas del negro Tártaro. Escuchaba yo y admiraba este discurso, que no dejaba de consolarme algún tanto; pero me faltaba serenidad para responder. Ni Mentor me veía, ni yo podía verle. Pasamos toda la noche temblando de frío y medio muertos, sin saber adonde nos arrojaba la borrasca. Por fin empezó a calmar el viento, y el mar bramando asemejábase a una persona que, des-

pués de haber estado mucho tiempo irritada, no conserva mas que algún resto de turbación e inquietud, cansada ya de ponerse en furor: gruñía sordamente, y sus olas no eran ya casi sino como los surcos que se ven en un campo labrado.

Entretanto viene la aurora a abrir al sol las puertas del cielo, y nos anuncia un hermoso día. Estaba todo el oriente encendido; y las estrellas, que por tanto tiempo habían estado ocultas, volvieron a parecer y se retiraron con la llegada de Febo. Divisamos la tierra a lo lejos, y el viento nos iba acercando a ella: entonces sentí renacer la esperanza en mi corazón. Mas no percibimos a ninguno de nuestros compañeros: según las apariencias, desmayarían, y la tempestad los sumergiría a todos con la nave. Cuando estuvimos ya cerca de tierra, nos impelía el mar contra unas puntas de rocas que nos hubieran hecho pedazos: pero procurábamos presentarlas la punta de nuestro mástil, del cual hacía Mentor lo que un diestro piloto hace del mejor timón. Así evitamos aquellas terribles rocas, y hallamos por fin una orilla suave y llana, donde, nadando sin trabajo, llegamos sobre la arena. Allí fue donde nos visteis, o gran diosa que habitáis esta isla, y allí donde os dignasteis acogernos.

LIBRO SÉPTIMO

SUMARIO

ADMIRA Calipso a Telémaco en sus aventuras, y no perdona medio para retenerle en su isla, empeñándole en su amor. Mentor sostiene Telémaco con sus amonestaciones contra los artificios de la diosa y contra Cupido que Venus había conducido en su auxilio. Sin embargo Telémaco y la Ninfa Eucaris conciben una mutua pasión, que al principio excita los celos de Calipso, y después su enojo contra ambos. Jura por la Estigia que Telémaco saldrá de la isla. Va Cupido a consolarla, y obliga a sus Ninfas a que, mientras Mentor se llevaba a Telémaco para embarcarse, quemasen el navío que a este fin había hecho. Alégrase interiormente Telémaco de verle arder, y conociéndolo Mentor, le precipita en el mar y se arroja él mismo en él, para ganar a nado otro navío que vela cerca de la costa.

CUANDO Telémaco hubo concluido esta narración, todas las Ninfas, que hasta entonces habían permanecido inmóviles, y fijas en él los ojos, se miraban unas a otras. Se decían con admiración ¿Quienes serán estos hombres tan favorecidos de los dioses? ¿Cuándo jamás se ha oído hablar de tan maravillosas aventuras? El hijo de Ulises ya aventaja a su mismo padre en elocuencia, en sabiduría y en valor ¡Qué semblante! ¡qué hermosura! ¡qué afabilidad y que modestia! y también ¡qué gallardía y que grandeza! Si no supiésemos que es hijo de un mortal, era fácil que le tomásemos por Baco o Mercurio, o acaso por el mismo Apolo. Pero ¿quien será este Mentor, que a primera vista parece un hombre sencillo, oscuro y de mediana condición? cuando se le mira detenidamente se descubre en él no se qué de superior al hombre.

No podía Calipso disimular la turbación que estos discursos le causaban. Sus ojos vagarosos iban sin cesar de Mentor a Telémaco y de este a Mentor. Tan pronto quería que este volviese a empezar esta larga historia de sus aventuras; tan pronto ella misma le interrumpía. En fin, levantándose precipitadamente, condujo a Telémaco solo, a un bosque de

arrayanes, e hizo todos sus esfuerzos para saber de él, si Mentor era alguna divinidad oculta bajo figura humana. Pero Telémaco no podía decírselo, porque Minerva, que le acompañaba; bajo la figura de Mentor no se había revelado a él a causa de sus pocos años. No fiaba bastante en su discreción para confiarle sus designios. Quería además probarle por medio de los mayores riesgos: y si Telémaco supiera que estaba con él Minerva, no reparara en despreciar los mas espantosos lances. Así que tenía a Minerva por Mentor, y de consiguiente fueron inútiles los artificios de Calipso, para descubrir lo que anhelaba saber.

Mientras tanto todas las Ninfas reunidas alrededor de Mentor se complacían en hacerle preguntas. Ésta quería saber las circunstancias de su viaje a Etiopia: aquella lo que había visto en Damasco: esotra le preguntaba si había conocido a Ulises antes del sitio de Troya. A todas satisfizo con afabilidad; y sus palabras, aunque sencillas, eran llenas de gracia.

No dio Calipso lugar a que esta conversación dure mucho; volvió y mientras las Ninfas cogían flores y cantaban para divertir a Telémaco, llamó a Mentor aparte para estimularle a que hablase. El dulce vapor

del sueño no mana mas suavemente en los párpados cargados y en los fatigados miembros de un hombre rendido de cansancio, de lo que se insinuaban las palabras lisonjeras de Calipso para halagar el corazón de Mentor; mas ella sentía cierto no sé qué que rechazaba todos sus esfuerzos, y que se burlaba de sus hechizos. Semejante a una roca escarpada que esconde su cima en las nubes, y que se burla del furor de los vientos Mentor, constante en sus sabios designios, se dejaba instar por Calipso. Aun a veces le dejaba esperar que lograría embromarle con sus preguntas, y que sacaría la verdad de lo íntimo de su pecho. Pero en aquel momento en que creía satisfacer su curiosidad, quedaban desvanecidas sus esperanzas: todo lo que se pensaba tener se le escapaba súbitamente; y una breve respuesta de Mentor volvía a sumergirla en sus incertidumbres.

Así pasaba los días, ora lisonjeando a Telémaco, ora discurriendo medios de separarle de Mentor, de quien no esperaba ya sacar palabra. Valíase de las Ninfas más bellas, para que encendiesen la llama del amor, en el corazón del joven; y para que mas bien lo consiguiese, vino en su socorro otra deidad mas poderosa.

Resentida todavía Venus contra Mentor y Telémaco, por el desprecio que hicieron del culto que se la daba en Chipre, no podía ver sin dolor que estos dos hombres temerarios se hubiesen librado del furor de los vientos y del mar en la tempestad que a sus ruegos excitó Neptuno contra ellos. Hizo amargas quejas a Jove: pero, sonriéndose el padre de los dioses, sin querer revelaría que era Minerva la que, bajo la figura de Mentor, había salvado al hijo de Ulises, dejó a su arbitrio los medios de vengarse de ambos.

Desciende Venus del Olimpo; olvida los suaves perfumes que arden en sus altares de Palos, Citeres e Idalia: vuela en su carro tirado de palomas, llama a su hijo, y cobrando con el dolor nuevas gracias su semblante, le habla así:

¿Ves, hijo mío, esos dos hombres que, desprecian tu poder y el mío? ¿Quién de hoy mas querrá adorarnos? Ve, hiere con tus flechas esos dos corazones insensibles: desciende conmigo a esta isla; hablaré a Calipso, dijo y hendiendo los aires en una dorada nube, preséntase a Calipso, que se hallaba sola junto a una fuente, bastante lejos de su gruta.

¡Desgraciada diosa! le dijo: el ingrato Ulises te ha despreciado; y su hijo, que aun es más cruel, te pre-

para iguales desprecios: mas el Amor mismo viene a vengarte. Ahí te le dejo: él vivirá entre tus Ninfas, como en otro tiempo el niño Baco, que fue criado entre las de Naxos. Telémaco le mirará como a otro niño cualquiera, y no se recelara de él: mas yo te ofrezco que bien pronto experimentará su poder. Dijo: y subiéndose en la dorada nube de la cual había salido, dejó tras ella un olor de ambrosía que embalsamó todos los bosques de la Isla.

Quedóse el Amor entre los brazos de Calipso. Aunque diosa, sintió la llama que ya penetraba en su pecho. Para aliviarse, le dio luego a la Ninfa que tenía a su lado, llamada Eucaris: ¡Mas ah! ¡cuántas veces se arrepintió después de haberlo hecho! Al principio nada parecía más inocente, más manso, más amable, más ingenuo, más agraciado que aquel niño. Al verle tan juguetón y complaciente y siempre risueño, era imposible creer que pudiese dar otra cosa más que placeres; pero apenas se entregara uno a sus caricias, se sentía en ellas un no sé qué de emponzoñado. El maligno y engañoso rapaz no halagaba sino para engañar, y no se reía sino de los crueles males que había causado, o que intentaba causar.

No se atrevía a allegarse a Mentor, cuya severidad le arredraba: bien conocía que era invulnerable aquel desconocido, y que estaba fuera del alcance de sus flechas. Mas las ninfas sintieron muy luego los efectos del fuego que este rapaz enciende: no obstante procuraban ocultar la profunda llaga que se iba enconando en sus corazones.

Entre tanto Telémaco, viendo al niño que jugueteaba con las Ninfas quedó admirado de su amabilidad y hermosura. Le abraza, le toma, ya en sus rodillas, ya entre sus brazos; siéntese agitado de una inquietud interior, sin poder atinar la causa. Cuanto más procura divertirse inocentemente, tanto más se aumenta su inquietud, y decae su valor. ¿Veis estas Ninfas? decía a Mentor: ¡cuan diferentes son de aquellas mujeres de la isla de Chipre cuya poca modestia hacía tan chocante su belleza! Estas beldades inmortales manifiestan una inocencia, una honestidad y una sencillez que encanta. Hablando así, ruborizábase, sin saber porque. No podía callar; mas apenas empezaba a hablar, cuando no acertaba a proseguir; sus palabras eran interrumpidas, oscuras, y a veces no tenían sentido.

Mentor le dijo. ¡O Telémaco! los peligros de la isla de Chipre eran nada comparados con los de que

no te recelas ahora. El vicio grosero horroriza, la impudicicia brutal indigna; pero es mucho más peligrosa la hermosura modesta, porque se cree que en amarla sólo se ama la virtud, se presta el corazón insensiblemente a los engañosos atractivos de una pasión que no se echa de ver sino cuando ya no es tiempo de sofocarla. ¡Huye, pues, mi querido Telémaco! huye de esas Ninfas, que sólo por engañarte mejor se te presentan tan discretas: huye los peligros de tu juventud; pero particularmente huye de ese niño que no conoces. Es el Amor, que su madre Venus, ha traído a esta isla para vengarse del desprecio que hiciste del culto que se le tributa en Citeres. Ha herido el corazón de Calipso; ella esta apasionada de ti: ha inflamado todas las Ninfas que la rodean; y tú mismo, desgraciado joven, tú mismo ardes, casi sin saberlo.

Interrumpía Telémaco muchas veces a Mentor, diciendo ¿Pero porqué no hemos de permanecer en esta isla? Ulises ya no vive: ¡desde mucho tiempo debe de estar sepultado en los abismos del mar. Penélope, viendo que ni él ni yo hemos vuelto, no habrá podido resistirse a tantos pretendientes: su padre Ícaro la habrá precisado a aceptar nuevo esposo. ¿He de volver a Itaca para verla en otros la-

zos, y faltando a la fe que prometió a mi padre? Los Itacenses han olvidado a Ulises; y si nosotros vamos, será sólo a hallar una muerte cierta, porque los amantes de Penélope tienen ocupadas las avenidas del puerto, para asegurar mejor nuestra ruina en caso de que volvamos.

He ahí, respondía Mentor, los efectos de una ciega pasión. Búscase con sutileza todas las razones que la favorecen, y uno se aparta por miedo de encontrar las que la condenan. Para nada es uno más sagaz que para engañarse a sí mismo, y sofocar sus remordimientos. ¿Has olvidado todo cuanto han hecho los dioses por restituirte a tu patria? ¿Cómo saliste de Sicilia? ¿Las desgracias que padeciste en Egipto no trocaron repentinamente en prosperidades? ¿Qué mano desconocida te sacó de los peligros que en Tiro amenazaban tu cabeza? ¿Después de tantas maravillas, ignoras aún lo que te tienen reservado los destinos? ¿Pero que digo? tú eres indigno de ello. Por mí, a partir voy, bien sabré salir de esta isla. Hijo ruin de un padre tan prudente y generoso, quédate aquí a pasar una vida muelle y sin honor entre mujeres, haz, a pesar de los dioses, lo que tu padre tuvo por indigno de sí.

Estas palabras de desprecio hirieron a Telémaco hasta en el corazón. Se sentía conmovido a las razones de Mentor; su dolor era mezclado de mezclado de vergüenza: temía la indignación y la ausencia de este hombre tan cuerdo, a quien tanto debía; pero una pasión naciente, y que el mismo no conocía, hacía que ya no era el mismo hombre. ¿Pues qué, decía a Mentor, bañados los ojos en lágrimas, en nada tenéis la inmortalidad que la diosa me ofrece? Tengo en nada, le respondía, todo lo que es contrario a la virtud y a los decretos de los dioses. La virtud te está llamando a tu patria para que vuelvas a ver a Ulises y a Penélope. La virtud te prohíbe que te abandones a una loca pasión.. Los dioses que te han librado de tantos peligros, para prepararte una gloria igual a la de tu padre, te ordena a que salgas de esta isla. Sólo el Amor, ese vergonzoso tirano, puede tenerte en ella. ¿Y de que te aprovechara una vida inmortal sin libertad, sin virtud y sin gloria? Semejante vida sería tanto mas desgraciada, cuanto no tendría término. Telémaco sólo respondía con suspiros Algunas veces deseara que le sacase por fuerza de la isla, otras anhelaba el que Mentor se marchase pronto, para no tener mas a la vista ese amigo tan severo que le afeaba su flaqueza. Alterna-

ban en su corazón estos contrarios deseos y en ninguno permanecía constante: su corazón era como el mar que sirve de juguete a vientos contrarios. Unas veces se quedaba inmóvil tendido en la playa del mar; y otras se encerraba en lo interior de los bosques, y allí lloraba amargamente, y daba gritos semejantes a los rugidos de un león. Habíase enflaquecido; sus ojos hundidos estaban llenos de un fuego devorador, al verle así, tan pálido, abatido y desfigurado, se hubiera creído que no era Telémaco. Su hermosura, su donaire, su noble gallardía se separaban de él. Estaba pereciendo, cual una flor que, habiéndose abierto por la mañana, derrama por el campo su suave fragancia, y poco a poco se va marchitando hacia la tarde; desaparecen sus vivos colores, desfallece, se seca, y se inclina su linda cabeza, no pudiendo ya sostenerse: así el hijo de Ulises se hallaba a los umbrales de la muerte.

Conociendo Mentor que Telémaco no podía resistir a la fuerza de su pasión, concibió para librarle de tan gran peligro un designio lleno de maña. Había reparado que Calipso le amaba extremadamente, y que él no amaba menos a la Ninfa Eucaris: así es como el cruel Amor, para atormentar a los hombres, hace que uno desdeñe el cariño de quien más le

ama. Resolvió excitar los celos de Calipso, y sabiendo que Eucaris tenía dispuesta una cacería con Telémaco dijo a la diosa: He notado en Telémaco una pasión por la caza que nunca le había conocido. Esta diversión empieza a hacerle mirar con disgusto todas las demás: sólo en los bosques y en los montes más retirados vive contento: ¿sois vos, o diosa, que le inspiráis esta ardiente pasión?

Experimentó Calipso un despecho cruel al escuchar estas palabras, y no pudo contenerse. Ese Telémaco, respondió, que ha despreciado todos los placeres de la isla de Chipre, no puede resistirse ahora a la mediana belleza de una de mis Ninfas. ¿Cómo se atreve a vanagloriarse de tantas acciones heroicas un hombre cuyo corazón se debilita vilmente por la voluptuosidad, y que sólo parece haber nacido para llevar una vida oscura entre mujeres? Notando Mentor con satisfacción cuanto inquietaban los celos el corazón de Calipso, no dijo ni una palabra más, temiendo hacerla entrar en desconfianza; y se contentó con dar a entender su tristeza en el abatimiento del semblante. La diosa le manifestó sus pesares sobre cuanto a su vista pasaba, prorrumpiendo a cada instante en nuevas quejas. Acabó con ponerla furiosa esa cacería de la que Mentor la había

informado. Supo que el principal cuidado de Telémaco había sido ocultarse de las otras Ninfas para hablar a solas a Eucaris. Supo también que se proyectaba segunda cacería, en la que no dudaba que haría Telémaco lo mismo que en la primera. Para desconcertar sus miras, declaró que quería asistir a ella. Después, de improviso, no pudiendo templar por mas tiempo su resentimiento, le habló de esta manera.

¿Es así pues, o joven temerario, como has venido a mi isla para escapar al justo naufragio que te prevenía Neptuno y a la venganza de los dioses? ¿Has entrado en esta isla, inaccesible a todo mortal, sólo para despreciar mi poder y el amor que te he manifestado? ¡Divinidades del Olimpo y de la Estigia, oíd los votos de una desgraciada diosa! Apresuraos a confundir a ese pérfido, a ese ingrato, a ese impío. Y pues eres más cruel e injusto que tu padre, sean también mayores y más crueles tus trabajos. No, no, jamás vuelvas a ver tu patria, esa pobre y miserable Itaca, que no has tenido vergüenza de preferir a la inmortalidad; o mas bien, perezcas estándola viendo desde lejos en medio del mar; y hecho tu cuerpo juguete de las olas, sea arrojado sin esperanza de sepultura sobre las arenas de esta pla-

ya. Véanle mis ojos devorado por los buitres. La que amas le vera también: le vera; sentirá su corazón despedazado al verle, y su desesperación hará mi felicidad.

Al hablar así, Calipso tenía rojos y encendidos los ojos: sus miradas no se fijaban en ningún punto, y tenían algo de lúgubre y feroz. Sus mejillas temblantes se cubrían de manchas negras y lívidas; mudaba de color a cada instante. A menudo la cubría el rostro una mortal palidez: sus lágrimas no corrían como antes con abundancia; habíanlas agotado al parecer la rabia y la desesperación; y apenas una que otra corría sobre sus mejillas. Su voz era bronca, trémula y entrecortada. Mentor lo observaba todo, y no hablaba mas a Telémaco. Le trataba ya como a un enfermo que, por no dar esperanzas, se le abandona. Frecuentemente echaba en él miradas de compasión.

Bien conocía Telémaco su culpa y cuan indigno era de la amistad de Mentor; así que no se atrevía a levantar los ojos temiendo encontrar los de su amigo cuyo silencio reprendía su debilidad. Quería algunas veces arrojarse en sus brazos, y manifestarle cuanto sentía su error; pero le contenía, ya una vergüenza fuera de lugar, ya el temor de adelantarse

mas de lo que quería para salir del peligro; porque el peligro le parecía agradable, y no podía resolverse a vencer su loca pasión.

Congregados en un profundo silencio los dioses y diosas del Olimpo, tenían fijos los ojos en la isla de Calipso, esperando ver por quien quedaba la victoria entre Minerva y el Amor. Este dios jugando con las Ninfas lo había encendido todo en la isla. Minerva, bajo la figura de Mentor, se servía de los celos inseparables del amor, contra el Amor mismo. Júpiter había resuelto ser espectador neutral de este combate.

Entretanto, temiendo Eucaris se le escapase Telémaco, se valía de mil artificios para retenerle en sus redes. Estaba ya para salir de cacería, y su traje era semejante al de Diana. Venus y Cupido habían cuidado de derramar sobre ella nuevos embelesos, de modo que aquel día su hermosura eclipsaba la de la misma Calipso. Esta, viéndola de lejos, se miró al mismo tiempo en la más cristalina de sus fuentes; se avergonzó de verse. Entonces se ocultó en lo interior de su gruta, y habló así sola:

¡Con que en balde he querido estorbar esos dos amantes, declarando que quería concurrir a la cacería! ¿Iré? ¿iré para hacerla triunfar, y hacer que sirva

mi hermosura para realzar la suya? ¿para que viéndome Telémaco, se encienda más en amor hacia su Eucaris? ¡Desgracia! ¿qué he hecho? No, no iré, ni ellos tampoco irán, bien sabré impedirlo. A buscar voy a Mentor; le rogaré saque de aquí a Telémaco: le conducirá a Itaca. ¿Mas qué digo? ¿qué será de mí sin él? ¿Dónde estoy? ¿qué he de hacer? ¡O cruel Venus! ¡Venus, me engañaste! ¡qué presente tan funesto me hiciste! ¡Pernicioso rapaz, inficionado Amor, yo te entregué mi corazón con la esperanza de vivir feliz con Telémaco, y sólo introduciste en este corazón inquietud y desesperación! Mis Ninfas se han rebelado contra mí. ¡Mi divinidad sólo sirve para hacer eterno mi infortunio! ¡Oh! ¡Si fuese libre de darme la muerte, para poner fin a mi tormento! ¡Telémaco, es preciso que mueras, ya que no puedo morir! Me vengaré de tus ingratitudes: tu ninfa lo verá; te atravesaré a su vista. ¡Pero yo me pierdo o infortunada Calipso! ¿qué pretendes? ¡hacer que perezca un inocente que tú misma has sumergido en este abismo de desgracias! ¡Yo misma encendí la llama fatal en el casto pecho! Telémaco ¡Qué inocencia! ¡qué virtud! ¡que horror al vicio! ¡qué valor contra los vergonzosos placeres! ¿A qué, pues, emponzoñar su corazón? Es verdad que me hubiera

dejado; ¿pero ahora no es preciso que me deje, o que yo, objeto de su desprecio, te vea vivir sólo para mi rival? No, no, lo que padezco bien lo merecí. Parte, Telémaco, vete al otro lado de los mares; deja a Calipso sin consuelo; no pudiendo soportar la vida, ni hallar la muerte: déjala inconsolable, cubierta de oprobio, desesperada, en compañía de tu orgullosa Eucaris. Así hablaba sola en su gruta; mas de improviso sale impetuosamente. ¿Dónde estáis, Mentor? exclama. ¿Así sostenéis a Telémaco contra el vicio que te agobia? Os dormís mientras vela contra vos el amor. Ya no puedo tolerar por mas tiempo esa soez indiferencia que manifestáis. ¿Tendréis valor para mirar tranquilo como el hijo de Ulises deshonra a su padre, y olvida el alto destino que le esta reservado? ¿Es a vos, o a mí, a quien sus padres han confiado su conducta? ¡Soy yo quien busca los medios de curar su corazón! y vos, ¿nada haréis? En lo más espeso de ese bosque se crían robustos chopos buenos para la construcción de navíos: allí fue donde hizo Ulises el que le sirvió para salir de esta isla. Allí mismo hallaréis una profunda caverna, y en ella todo lo necesario para cortar y unir las piezas de una nave.

No bien lo hubo dicho, cuando se arrepintió. Mentor no perdió momento; fue a la cueva, encontró los instrumentos, cortó los árboles, y en solo un día puso una nave en estado de navegar. Es que el poder y la industria de Minerva no necesitan mucho tiempo para llevar a cabo las más grandes empresas.

Calipso mientras tanto se hallaba en el más terrible compromiso: por una parte quisiera ver si Mentor adelantaba su obra, y por otra no podía resolverse a dejar la cacería en la que Eucaris se hallaba en plena libertad con Telémaco. Los celos no la permitían perder de vista a los dos amantes. Pero procuraba que la caza se dirigiese por aquel lado en que sabía que estaba Mentor construyendo la nave. Oía los golpes del hacha y del martillo: aplicaba el oído, y cada golpe la estremecía. Mas en el mismo instante recelaba si Telémaco se había aprovechado de esta distracción para hacer alguna seña o echar alguna mirada a la joven Ninfa.

Entre tanto Eucaris decía a Telémaco en tono de zumba: ¿No temes que os riña Mentor, porque has venido sin él a la caza? ¡Oh! ¡cuánta lastima causa veros vivir bajo la dirección de tan severo maestro! Nada basta a templar su austeridad: afecta ser enemigo de los placeres; no permite que disfrutéis de

ninguno: del más inocente os reprende como de un crimen. Estaba bien que os dirigiese mientras no estuvieseis en estado de conduciros por vos solo; pero después de haber dado tantas pruebas de prudencia, no debéis permitir que os trate como a un niño.

Estas artificiosas palabras atravesaban el corazón de Telémaco, y le llenaban de despecho contra Mentor, de cuyo yugo deseaba libertarse. Temía volverle a ver, y su turbación no le dejaba contestar a Eucaris ni una sola palabra. Por fin, al anochecer, habiéndose pasado la caza en medio de una sujeción continua por una y otra parte, regresaron por un lado del bosque cercano al paraje donde Mentor había estado trabajando todo el día. Desde lejos alcanzó a ver Calipso acabado el navío: al instante se le cubrieron los ojos de una densa niebla, semejante a la de la muerte. Sus rodillas trémulas no la podían sostener: un sudor frío corrió por todos sus miembros; viose precisada a apoyarse en las Ninfas que la asistían; y alargando Eucaris la mano para sostenerla, la repelió echando en ella una mirada tremenda.

Cuando vio Telémaco el navío, y no a Mentor, que se retiraba luego que le hubo acabado, preguntó a la diosa de quien era, y que destino tenía. Apenas

acertaba Calipso a responderle: mas, recobrada un poco, le dijo: Le he mandado construir para que Mentor se retire, con lo cual quedarás libre de ese amigo severo que se opone a tu felicidad, y que te mirara con envidia si te volvieses inmortal.

¡Mentor me abandona! ¡estoy perdido! exclamó Telémaco. Eucaris, si me deja Mentor, ya no me queda mas que vos. Escapáronsele estas palabras en el arrebato de su pasión: conoció la imprudencia que había cometido en decirlas; pero le había faltado la libertad necesaria para atinar en el sentido de estas palabras Eucaris, ruborizada y los ojos bajos, se quedaba atrás, conturbada, sin atreverse a presentarse. Pero, mientras que el rubor se mostraba en su rostro, el gozo estaba en su corazón. Telémaco no sabía lo que le pasaba, ni como pudo andar tan indiscreto. Lo que había hecho le parecía un sueño, pero un sueño que le dejaba confuso y turbado.

Calipso, más furiosa que una leona a quien han robado cachorros, corría al través del bosque sin dirección fija, y sin saber adonde iba.

Hallase por fin a la entrada de su gruta, dónde Mentor la estaba esperando. Salid, dijo, de mi isla, o extranjeros que habéis venido a turbar mi reposo. Fuera de aquí ese insensato joven. Y vos, impru-

dente anciano, experimentaréis lo que puede el enojo de una deidad, si no le quitáis de aquí al momento. No quiero verle más; no quiero que le hable ni le mire ninguna de mis Ninfas. Así lo juro por las ondas de la Estigia, juramento que hace temblar a los mismos dioses. Mas sabe, o Telémaco, que no se han acabado tus trabajos: ingrato! No saldrás de mi isla sino para padecer nuevas desgracias. Ya me veré vengada; tú echaras menos a Calipso, pero en vano. Irritado todavía Neptuno contra tu padre por las ofensas que le hizo en Sicilia, e instigado por Venus, a quien despreciaste en Chipre, te prepara nuevas tempestades. Verás a tu padre, que aun vive: sí; pero le verás sin conocerle. Te unirás a él en Itaca, pero será después de haber experimentado la suerte más cruel. Vete, yo ruego a las potestades celestiales que me venguen. ¡Ojalá te hallares en medio de los mares, pendiente de las puntas de una roca, herido del rayo, invocando en vano el nombre de Calipso, a quien tu suplicio colmara de gozo!

No bien había pronunciado estas palabras, ya estaba dispuesta a tomar resoluciones contrarias. El amor renovó en su corazón el deseo de retener a Telémaco. Viva, decía en su interior, y permanezca en mi isla: acaso llegara a conocer cuanto he hecho

por él. Eucaris no podría, como yo, darle la inmortalidad. ¡Mas ah! que mi ceguedad me ha precipitado el juramento que he hecho por las ondas de la Estigia me quita toda esperanza! Nadie oía estas palabras; pero veíanse pintadas en su rostro las furias, y todo el pestífero veneno del negro Cocito, parecía que se exhalaba de su corazón.

Estaba Telémaco sobrecogido del horror. Lo que no se le oculto a Calipso; porque ¿qué no descubre el amor celoso? y este mismo asombro de Telémaco redoblo el furor de la diosa. Parecida a una bacante, que llena los aires con sus alaridos, y hace estremecer los altos montes de la Tracia, corría al través de los bosques con un dardo en la mano, llamando a todas sus Ninfas, y amenazando atravesar a las que no la siguiesen. Acuden todas temiendo la amenaza; y hasta la misma Eucaris la sigue, bañados los ojos en llanto, y mirando de lejos a Telémaco, a quien ya no se atreve a hablar. Estremécese la diosa al verla cerca de sí; y en lugar de aplacarse con la sumisión de la Ninfa, concibe nuevo furor de ver que la aflicción aumentaba su hermosura.

Telémaco había quedado solo con Mentor. Abraza sus rodillas, pues no se atrevía a abrazarle de otro modo, ni aun a mirarle; hecho un mar de

lágrimas, quiere hablar, mas fáltale la voz y las palabras, no sabe lo que debe hacer, ni lo que hace, ni aun lo que quiere. Por fin exclama: ¡Padre mío! ¡mi verdadero padre! ¡mi Mentor! libradme de tantos males. No puedo dejaros, ni seguiros. Libradme de tantos males, libradme de mí mismo, dadme la muerte.

Abrázale Mentor, le consuela, le anima, le enseña a sufrirse a sí mismo sin lisonjear sus pasiones, y le dice: Hijo del sabio Ulises, que tan amado has sido, y aún eres, de los dioses, sabe que por no efecto de su amor padeces tan crueles tormentos. El que no ha conocido su propia debilidad y la violencia de sus pasiones, no es todavía sabio, porque ni puede conocerse, ni tener de sí desconfianza. Los dioses te han conducido como por la mano hasta la orilla del abismo, para que veas su espantosa profundidad sin dejarte caer en él. Conoce ahora lo que nunca hubieras conocido si no lo hubieses experimentado. En vano se te hablará de las traiciones del amor que halaga para perder, y que, bajo la apariencia de la dulzura, oculta las más crueles amarguras. Vino ese niño lleno de alegría, inspirando risas, convidando con juegos y adornado de todas las gracias. Le viste, te robó el corazón, y sentiste placer en que te lo ro-

base. Después buscaba tu corazón pretextos para desconocer la herida de tu corazón, procurando engañarme, y engañarte a ti mismo nada temías. Ve los efectos de tu temeridad tu pides ahora la muerte, y es la única esperanza que te queda. La diosa se parece a una furia infernal; Eucaris se abrasa en un fuego más cruel que los dolores de la muerte: en una palabra, todas las Ninfas ardiendo en celos están para despedazarse mutuamente. Esto es lo que hace el traidor Cupido, que al principio se presenta tan afable y lisonjero. Recobra todo tu valor. Reconoce cuanto debes a los dioses, y cuanto te aman, pues te abren tan seguro camino para que huyas del Amor, y vuelvas a tu patria: la misma Calipso se ve precisada a echarte de la isla. El navío esta pronto: ¿por qué tardamos en dejar esta isla en la cual no puede habitar la virtud?

Diciendo esto, le tomó de la mano, y se le llevaba hacia la playa: Telémaco le seguía como a pesar suyo, mirando siempre atrás. Contemplaba a Eucaris que se alejaba de él; ya que no podía verla el rostro, miraba sus hermosos cabellos trenzados, sus vestidos flotantes, y su noble modo de andar: quisiera en aquel momento poder estampar los labios donde ella ponía los pies: no la veía ya, y aun aplicaba el

oído, creyendo oír su voz. Aunque ausente, la estaba viendo: representábasela su imaginación: hasta parécele que le hablaba, no sabiendo donde se hallaba, y no pudiendo escuchar a Mentor.

En fin volviendo en sí como de un profundo sueño, dijo a Mentor: Estoy resuelto a seguiros, pero aun no me he despedido de Eucaris; y preferiría la muerte a abandonarla así como un ingrato. Permitidme que la vea por última vez, y que la de un eterno adiós, o que pueda a lo menos decirla: Ninfa, los dioses crueles, los dioses envidiosos de mi dicha, me precisan a que te deje; mas antes me arrancaran la vida que tu nombre de mi memoria. Padre mío, o dadme este último consuelo que es tan justo, o la muerte. No creáis que quiero permanecer aquí, ni abandonarme al amor: nada menos. Mi corazón le desconoce es amistad, reconocimiento el que a Eucaris profeso. Bástame decirla adiós, y al momento partimos.

¡Cuánto te compadezco! le respondió Mentor. Es tan furiosa tu pasión, que no la conoces. Ya lo ves, te crees tranquilo, y deseas la muerte: te atreves a lisonjearte de que no conoces al amor, y no tienes valor para dejar a esa ninfa que amas, sólo a ella ves, a ella oyes, y para todo lo demás estas sordo y ciego.

El calenturiento que delira, dice que no esta enfermo. ¡Ah, ciego Telémaco, estabas dispuesto a renunciar a Penélope que te espera, a no ver ni conocer a Ulises, a olvidar a Itaca tu patria, donde has de reinar; dispuesto estabas a renunciar a la gloria y al alto destino que los dioses te han prometido por medio de tantas maravillas obradas en tu favor; todo lo renunciabas por vivir sin honor con Eucaris, y dices sin embargo que no es amor el que a ella te aficiona! Si esto no, ¿qué es, pues, lo que te inquieta? ¿por qué apeteces la muerte? ¿por qué tan enajenado hablaste en presencia de la diosa? No te acuso de mala fe, compadezco tu ceguedad. Huye, Telémaco, huye: en la fuga esta la victoria. Contra semejante enemigo el verdadero valor consiste en temer y huir; y no así como quiera, sino en huir sin pararse a deliberar, ni aun a mirar atrás. No creo que hayas olvidado los desvelos que me has costado desde tu infancia, y los peligros de que mis consejos te han sacado. Así que, no hay medio, o créeme también ahora, o permíteme que te abandone. ¡Si supieras cuan doloroso me es verte correr a tu precipicio! ¡y cuanto he sufrido en todo el tiempo que no me he atrevido a hablarte! no le costó tanto darte a luz a la madre que te dio el ser. He callado, he di-

simulado mi pena, hasta los suspiros he sofocado a ver si te resolvías por ti mismo a buscarme. ¡Ay hijo mío, querido hijo! consuela mi corazón, vuélvemelo que mas amo, restitúyeme a Telémaco; sí, restitúyete a ti mismo. Si puede mas contigo la sabiduría que el amor, viviré, y viviré feliz; pero si te arrastra el amor a despecho de sabiduría, Mentor no puede vivir más tiempo. Mientras así hablaba, seguía andando hacia el mar, y aunque Telémaco no tenía el valor necesario para seguirle espontáneamente, tenía ya el que bastaba para dejarse llevar sin resistencia. Minerva, siempre oculta bajo la figura de Mentor, invisiblemente cubría con su égida a Telémaco, y le comunicó un rayo de luz divina, y con él cierto valor que no había sentido desde que entró en la isla. Por último llegaron a la ribera; y queriendo ver si el navío que Mentor había hecho estaba en el mismo lugar en que le dejó, subieron a una montaña escarpada, o mas bien a una eminente roca, batida siempre de mar, desde donde vieron el más triste espectáculo. Resentido vivamente el Amor, no sólo de que un viejo desconocido fuese insensible a sus flechas, sino aun mucho más de que sustrajese a Telémaco de su dominio, lloraba de despecho, y se fue a ver con Calipso, que andaba vagando por lo mas intrincado

de las umbrosas selvas. No pudo la diosa verle sin gemir: a su vista se renovaron las heridas que la había hecho. Es posible que, siendo vos diosa, le dijo el Amor, os dejéis vencer de un débil mortal, que es además vuestro cautivo? ¿por qué le dejáis salir? -Oh pérfido Amor, le respondió Calipso, ya estoy escarmentada de tus perniciosos consejos. Tú me sacaste del seno de la paz en que descansaba para precipitarme en un abismo de males. Ya está resuelto. Jurado tengo por las aguas de la Estigia dejar partir a Telémaco. El mismo Júpiter, el padre de los dioses con todo su poder no se atreviera a violar tan solemne juramento. Salga, pues, Telémaco de mi isla: y tú, infame rapaz, sal también, mayores males me has causado tú que él.

Enjugándose el Amor las lágrimas, le dijo con una maligna sonrisa: en verdad, Calipso, que es grande ese obstáculo: sin embargo déjalo a mi cuidado, cumplid vuestro juramento, no os opongáis a que Telémaco parta; pero ni vuestras ninfas ni yo hemos jurado por las aguas de la Estigia dejarle salir. Yo les inspirare el designio de incendiar el navío con tanta brevedad construido por Mentor; y si entonces os sorprendió tanto su diligencia, yo os ofrezco que no quedara él menos sorprendido de su

prontitud con que yo la inutilice, sin que después le reste ningún arbitrio para arrebataros a Telémaco.

Estas lisonjeras palabras hicieron renacer en Calipso la esperanza y la alegría. Como un blando céfiro a la margen de un arroyo recrea con su frescura el fatigado rebaño que con los ardores del estío está ya desmayado y abatido, así este discurso del Amor vivificó las esperanzas de la diosa. Serenósela el rostro, los ojos recobraron su alegría, y los negros cuidados que la devoraban se alejaron de ella por aquel momento. Sonrióse e hizo mil caricias al loquillo Amor, pero estas mismas caricias la preparaban nuevos disgustos.

Satisfecho Amor de haber persuadido a la diosa, partió a persuadir también a las ninfas, que andaban errantes y dispersas por aquellos montes como anda un rebaño de ovejas que la rabia de los hambrientos lobos ha hecho huir lejos de su pastor. Congrégalas Cupido y les dice: aún esta Telémaco en vuestro poder. No perdáis momento en poner fuego a esa nave que el temerario Mentor ha hecho para llevársele. Inflamadas las ninfas encienden con presteza antorchas, corren furiosas a la p]aya, dando terribles alaridos, y entregan al aire el cabello como unas Bacantes. Ya suben al cielo las llamas que consumen

la nave hecha de maderas secas y embreadas, arrojando torbellinos de humo y fuego hasta las nubes.

Desde la roca en que estaban, Telémaco y Mentor veían el incendio, y oían la algazara de las ninfas. No le faltó mucho a Telémaco para alegrarse también, porque su mal aún no estaba curado y a Mentor, no se le ocultaba que su pasión era como un fuego mal apagado que de cuando en cuando se deja ver entre sus cenizas. ¡Vedme dijo Telémaco, otra vez preso, en estas mismas redes! Ya no nos queda esperanza alguna de salir de esta isla.

Conoció Mentor su espíritu, y lo expuesto que estaba a reincidir si perdía un momento en evitarlo. Y alcanzando a ver a lo lejos en medio del mar un navío parado que no se atrevía a acercarse a la isla, porque sabían todos los pilotos que era inaccesible a los hombres, empuja a Telémaco, que se hallaba sentado en el borde de la roca, le precipita al mar, y se arroja tras él. Queda Telémaco tan aturdido de esta violenta caída, que bebió el agua salada, y vino a ser el juguete de las ondas. Pero vuelto en sí, y viendo que Mentor le alargaba la mano para ayudarle a nadar, ya no pensaba más que en alejarse de la isla fatal.

Cuando las ninfas creían tenerles mas seguros, y vieron que ya les era imposible impedir su fuga, gritaban furiosas. Calipso inconsolable se volvió a su gruta, ocupando todos los ámbitos de ella con espantosos alaridos y el Amor, viendo su triunfo, trocado en vergonzoso vencimiento, se remontó en los aires batiendo las alas, y se huyó al frondoso bosque donde le esperaba su cruel madre; el hijo aun más cruel, no tuvo consuelo, sino riéndose con ella de todos los males que habían causado.

A proporción que Telémaco se iba alejando de la isla, sentía con placer que iba recobrando el esfuerzo, y su amor a la virtud. Ahora conozco, le decía a Mentor, la justicia de vuestros consejos, que mi inexperiencia no me dejaba conocer entonces: ahora convence el vicio sino huyendo. Ahora conozco también cuanto me aman los dioses, pues me dan en vos tantos auxilio cuando tan justamente merecía que me privasen de ellos y me abandonasen a mí mismo. Ya no temo al mar ni a los vientos, ni a las tempestades; nada temo ya sino a mis pasiones: el amor por sí solo es más temible que todos los naufragios.

LIBRO OCTAVO

SUMARIO

EL navío que desde la roca alcanzó a ver Mentor era Tirio, y su capitán un hermano de Narbal, llamado Adoam, el cual los recibió favorablemente, y reconociendo a Telémaco le refirió la trágica muerte de Pigmalion y Astarbe y la elevación de Baleazar, que a persuasión de ella estaba en desgracia de su padre. Mientras da Adoam una comida a Telémaco y Mentor se llegan alrededor del navío los tritones, las nereidas, y las demás divinidades del mar, atraídas del dulce canto de Aquitoas. Toma Mentor una lira, y le hace muchas ventajas. Después refiere Adoam las maravillas de la Bética; describe el suave temperamento del aire, y las demás circunstancias recomendables de aquel país, la vida tranquila de sus habitantes, y la suma sencillez de sus costumbres.

EL navío que estaba parado, y hacia el cual se dirigían, era fenicio, con rumbo a Epiro. Los Fenicios que en él iban habían visto a Telémaco en su viaje a Egipto; pero no era fácil que entonces le conociesen, viéndole en medio del mar. Luego que Mentor se acercó a distancia de poder ser oído, alzó la cabeza sobre las aguas, y exclamó: Fenicios, protectores de todas las naciones, no neguéis la vida a dos hombres que esperan obtenerla de vuestra humanidad. Si teméis a los dioses, recibidnos en vuestra nave, que nosotros os seguiremos a donde quiera que vayáis. El comandante del navío respondió compadecido: tenemos la mayor satisfacción en recibiros; sabemos respetar la desgracia aun en los desconocidos: y con efecto así lo hizo.

Mas apenas entraron, cuando faltos de fuerzas, y aun de respiración, se quedaron casi exánimes de resultas de lo mucho que habían nadado, y de los reiterados esfuerzos con que resistieron a las olas. Fuéronse recobrando poco a poco, les dieron vestidos para que se quitasen los que traían calados y rezumando el agua por todas partes; y cuando estuvieron en estado de hablar, vieron al rededor de sí a toda la tripulación impaciente por saber sus aventuras. Preguntóles el comandante ¿cómo ha-

bían podido entrar en aquella isla, en la cual era fama reinaba una diosa cruel que jamás permitía que nadie se acercase? Por otra parte son tan escarpadas las rocas que la ciñen, que se burlan de la braveza con que el mar las azota, y no es posible acercarse a ellas sin naufragar.

Por un naufragio fuimos a ellas arrojados, les respondió Mentor: somos Griegos, naturales de Itaca, isla inmediata a Epiro, adonde dirigís vuestro rumbo, pero aun cuando no queráis tocar en ella, que se encuentra al paso, bastaríanos que nos condujeseis a Epiro, donde hallaremos amigos que nos proporcionen hacer tan corta travesía, y os seremos deudores de la dicha de volver a ver lo que mas estimamos en el mundo.

Así se explicó Mentor; y entretanto guardaba Telémaco silencio, sin atreverse a hablar una palabra, porque las flaquezas en que había incurrido en la isla de Calipso le hacían más prudente. Desconfiaba de sí, y conocía la necesidad de seguir en todo los sabios consejos de Mentor y cuando no podía pedírselos de palabra procuraba, consultando sus ojos, adivinarle los pensamientos.

Mirando más despacio a Telémaco el capitán fenicio, quería como hacer memoria de haberle visto

antes; pero tan confusamente, que no le era posible asegurarse. Permitidme, le dijo, que os pregunte si os acordáis de haberme visto alguna otra vez, así como yo creo acordarme de haberos visto antes de ahora: vuestras facciones no me son desconocidas, y así fue que al instante me llamaron la atención; sin embargo no sé donde os he visto: recorred, si gustáis, vuestra memoria, que acaso ayudará a la mía.

Respondióle Telémaco con una admiración que participaba de alegría: a mí me ha sucedido al veros puntualmente lo mismo: os he visto, me acuerdo; pero no puedo asegurar si en Egipto o en Tiro. Con esto el fenicio, semejante al que al despertar por la mañana se le escapa un grato sueño, y va acordándose poco a poco, y como trayéndole de lejos, exclamó alborozado: vos sois Telémaco, con quien Narbal estrechó amistad a nuestra vuelta de Egipto. Yo soy su hermano, de quien regularmente os hablaría muchas veces; aún me acuerdo que os dejé con él, cuando después de la expedición de Egipto tuve que ir a la famosa Bética, al otro lado de los mares, cerca de las columnas de Hércules y esta fue la causa de que os viese tan poco que no es extraño que me haya costado tanto trabajo recordaros al pronto.

También caigo ahora, respondió Telémaco, en que sois Adoam. Ya os acordaréis de que entonces a penas os vi; pero os conocí bastante por las noticias que me dio Narbal. ¡Qué satisfacción para mí la de saber por vos de tan digno amigo! ¿Sigue en Tiro? ¿ No sufre ningún maltrato del suspicaz y bárbaro Pigmalion? Interrumpióle Adoam, diciéndole: Sabed, Telémaco, que su fortuna próspera os entrega en manos de un hombre que os cuidará con todo esmero. Antes de ir a Epiro os dejaré en Itaca y creed que en el hermano de Narbal tendréis, otro amigo que no hará menos por vos que Narbal mismo.

A este tiempo notó que apuntaba el viento que esperaban: hizo levar anclas, desplegar velas y surcar el mar a fuerza de remo; y apartándose con Mentor y Telémaco, dijo a este, Ahora, satisfaré vuestra curiosidad, Pigmalion ya no existe: los justos dioses libraron de él al mundo. Como desconfiaba de todos, nadie se fiaba de él. Los buenos se contentaban con gemir y librarse de sus crueldades sin intentar hacerle ningún daño; pero los malos no creían tener segura la vida sino quitándole la suya unos y otros vivían siempre expuestos a ser objeto de sus sospechas; y más que todos, sus guardias, porque como tenían la vida del tirano en sus manos,

les temía más que al resto de los hombres, y a la más mínima sospecha los sacrificaba a su seguridad. Mas ¿cómo era posible que la hallase quien así la buscaba? Su desconfianza tenía en continuo peligro a los depositarios de su existencia; y estos no tenían otro medio de salir de tan horrible situación, que previniendo con la muerte del tirano sus crueles sospechas.

Ya oiríais hablar de la impía Astarbe; ella misma fue quien dio el primer paso para la ruina del rey. Amaba con extremo a un joven Tirio muy rico, llamado Joazar, y proyectaba elevarle al trono. Para mejor conseguirlo, persuadió al Rey que el mayor de sus dos hijos, llamado Fadael, impaciente por sucederle, conspiraba contra él; y no le faltaron testigos perjuros que probasen la conspiración. Creyólo el desgraciado rey, e hizo matar a su hijo inocente. Al segundo, llamado Baleazar, le envió a Samos so pretexto de aprender las costumbres y las ciencias de Grecia; pero en la realidad porque Astarbe le sugirió que convenía alejarle para que no entrase en relaciones con los descontentos. Partió con efecto para aquella isla; pero los que le conducían, corrompidos por esta indigna mujer dispusieron por la noche un aparente naufragio del cual todos se sal-

varon a nado en unas barcas extranjeras que a este fin los esperaban, y al joven príncipe le precipitaron al mar.

Entretanto nadie sino Pigmalion ignoraba los amores de Astarbe; teníala por incapaz de amar a otro, y sólo de este modo se puede concebir como un príncipe que de nadie se fiaba, viviese tan satisfecho de aquella infame mujer: sólo el amor pudo cegarle hasta este extremo. Al mismo tiempo buscaba su codicia pretextos para dar muerte a Joazar, de quien Astarbe estaba tan apasionada, y apoderarse de sus riquezas.

Pero mientras Pigmalion estaba poseído de la desconfianza, del amor y de la avaricia, se ocupaba Astarbe en los medios de quitarle prontamente la vida, porque recelaba si tendría alguna noticia de sus infames amores. Por otra parte sabía que no necesitaba su favorito más delitos que sus riquezas para que la avaricia del rey ejerciese en él sus crueldades; y de todo concluyó que era necesario aprovechar los momentos para evitarlo, anticipándose. Veía a los principales oficiales de palacio dispuestos a manchar sus manos con la sangre del rey; oía todos los días tratarse de nuevas conjuraciones; pero no se atrevía a fiarse de nadie para no ser descubierta: y

por último la pareció mas seguro servirse de un veneno.

Regularmente Pigmalion comía sólo con Astarbe, y preparaba él mismo los manjares, porque no se fiaba mas que de sus manos: encerrábase en lo interior de palacio para ocultar mejor su desconfianza, y porque nadie le pudiese acechar cuando preparaba la comida; privábase de todos los placeres de la mesa, y de todo cuanto no sabía componer; de modo que no sólo las viandas aderezadas por los cocineros, pero ni aun el vino, el pan, la sal, el aceite, la leche, ni los demás alimentos ordinarios eran de su uso. En una palabra, sólo comía las frutas que cogía en su jardín, o las legumbres sembradas y cocidas por él mismo, ni bebía más agua que la de una fuente que tenía cerrada y cuya llave traía siempre consigo. Aunque parecía tan satisfecho de Astarbe, no por eso dejaba de tomar tantas precauciones, pues la hacía que bebiese y comiese a antes de todo lo que él había de comer y beber para que en caso muriesen ambos envenenados, y para quitarla toda esperanza de sobrevivirle; pero ella supo inutilizar su diligencia con un antídoto que le suministró una vieja aún más infame que ella, y que era la confi-

denta de sus amores; y con este preparativo ya no vaciló en envenenar al rey.

Ved de que manera lo consiguió. Al ponerse ambos a comer, se oyó un ruido hacia una puerta. El rey, temeroso siempre de que le fuesen a matar, se sobresaltó, y fue a cerciorarse de si estaba bien cerrada. Retiróse la vieja que le había hecho, y era la misma de quien acabo de hablaros. Permanece el rey indeciso, sin saber a que atribuir lo que había oído, ni atreverse a abrir la puerta para averiguarlo. Procura Astarbe tranquilizarle, le acaricia y le insta a que coma; pero ya le había envenenado la copa mientras fue a examinar la puerta; y aunque, siguiendo su costumbre, la hizo beber primero; ella lo hizo sin recelo, fiada en el antídoto. Bebió también Pigmalion, y a poco tiempo le dio un desmayo.

Astarbe, que conocía que la menor sospecha le sobrara para matarla, empezó a desgarrar sus vestidos arrancarse el cabello, y dar lastimosos gritos; abraza el moribundo rey, le estrecha entre sus brazos, y derrama sobre él un torrente de lágrimas, sin que la costase ninguna violencia usar de semejantes artificios. Por último, cuando conoció que ya estaba sin fuerzas y casi agonizando, pasó de las caricias y de las más tiernas demostraciones de amistad a la

crueldad más horrorosa: arrójase a él y le ahoga; arráncale del dedo el anillo real, quítalo la diadema, manda entrar a Joazar y le entrega uno y otro con la esperanza de verle proclamado rey. Pero los que la habían sido más adictos y en quienes ella tenía puesta toda su confianza, eran unas almas bajas y mercenarias, incapaces por lo mismo de una sincera amistad; faltábales además el valor, y temían a los enemigos que Astarbe se había granjeado; y mas que todo temían la altanería la simulación y la crueldad de tan impía mujer; y cada uno en su propia seguridad deseaba que perdiese.

Entretanto era el palacio teatro del más espantoso tumulto; por todas partes se oye a gritos que el rey ha muerto: unos se asombran, otros corren a las armas, y el temor de las consecuencias anda en todos mezclado con la alegría de la noticia. Hácela correr la fama de boca en boca por toda la gran ciudad de Tiro, y en toda ella no se encontró ninguno que se doliese de la desgracia del rey, en su muerte estaba la seguridad y el consuelo de todo el reino.

Sorprendióle a Narbal un accidente tan terrible, sintió como hombre de bien la desventura de Pigmalion, que se vendió a sí mismo, entregándose a aquella infamia, y que había preferido ser un mons-

truoso tirano, que el padre de su pueblo, a lo que como rey estaba obligado, no pudiendo mirar con indiferencia la felicidad de su patria, reúne a los hombres de bien para oponerse a Astarbe, en cuyas manos hubiera el cetro sido aún más duro que en las del mismo Pigmalion.

Sabía Narbal que Baleazar vivía; pues aunque a Astarbe la aseguraron su muerte, y así lo creyeron los que con este fin le precipitaron, lo cierto fue que el príncipe, con el favor de la noche, pudo llegar a nado adonde unos comerciantes cretenses, movidos de compasión, le recibieron en su barco; y no se atrevió a volver a Tiro, sospechando que se había concertado su muerte en aquel supuesto naufragio, y porque temía tanto los bárbaros celos de Pigmalion como los artificios de Astarbe. Estuvo mucho tiempo errante y disfrazado en las riberas del mar de Siria, donde le dejaron los comerciantes cretenses, hasta que por, fin se vio reducido a adquirir el sustento guardando un rebaño; mas luego que encontró medio, comunicó a Narbal el estado en que se hallaba, no dudando descubrir el secreto y poner la vida en manos de un hombre de tan acrisolada virtud. Con efecto, Narbal, aunque agraviado de su pa-

dre debía; y le exhortó para que sufriese con resignación su adversa fortuna.

Había prevenido Baleazar que cuando tuviese, por oportuno su regreso a Tiro, le enviase un anillo de oro, y con él se daría por avisado. No tuvo Narbal por conducente su vuelta mientras Pigmalion viviese, arriesgara inútilmente la vida del príncipe y la suya propia: tan difícil era precaucionarse contra las rigurosas pesquisas del rey. Pero en el momento en que se verificó su desastrada muerte, digna por cierto de sus crímenes, le envió el anillo. Se puso Baleazar en marcha, y llegó a las puertas de Tiro a tiempo que toda la ciudad estaba en movimiento deseando saber quien sucedería a Pigmalion. Dejóse ver su hijo, y fue reconocido sin dificultad por los magnates y por el pueblo. Amábanle todos, no por su padre, a quien mortalmente aborrecían, sino porque con su afabilidad y moderación se lo había granjeado, y porque sus mismas desgracias daban nuevo realce a sus prendas, y les disponían en su favor.

Congregó Narbal los magistrados, los ancianos que componían el Consejo, y los sacerdotes de la gran diosa de Fenicia. Todos le saludaron como a su rey; y por tal le proclamaron los heraldos. El

pueblo correspondió con mil aclamaciones de júbilo. Oíalo Astarbe desde el interior de palacio, donde permanecía encerrada con su vil e infame Joazar; abandonáronla todos aquellos pérfidos de quienes se había servido en vida de Pigmalion, porque los malvados se temen recíprocamente, desconfían unos de otros, y no quisieran ver el poder en manos de ninguno de ellos, porque conocen cuan indignamente usarían de él; y hasta que extremo llevarían sus violencias. Prefieren verle en los buenos, de quienes a lo menos esperan moderación e indulgencia. Por esta razón la abandonaron todos, menos aquellos cómplices de sus más horrorosos crímenes, que no esperaban otro premio que un suplicio.

No costó mucho forzar las puertas de palacio, porque aquella vil y afeminada gente mas pensaba en la fuga que en la resistencia. También quiso huir Astarbe disfrazada de esclava, pero conocióla un soldado, la detuvo, y no fue poco librarla del populacho, que furioso quería despedazarla. Ya habían empezado a arrastrarla, cuando Narbal la sacó de entre sus manos. Pide prudencia al nuevo rey, esperando deslumbrarle con sus hechizos, y disponerle en su favor, prometiéndole descubrir secretos importantísimos. Concédesela Baleazar, y ella se le

presenta tan bien adornada de modestia su hermosura, que bastaba su presencia para desarmar los más irritados corazones. Da principio a su defensa por las alabanzas del príncipe, pero insinuando con tanta delicadeza los elogios, que no pudiese darse por ofendida su modestia; hízole presente cuanto la había amado su padre; puso por medianeras sus cenizas para que se apiadase; invocó a los dioses como si los hubiera sinceramente adorado; hecha un mar de lágrimas, se arrojó a sus pies; pero después no perdonó medio por hacerle sospechosos y aborrecibles todos los que le eran más afectos y le habían mejor servido. Acaso a Narbal de haber tenido parte en una conjuración tramada contra el rey difunto, y de haber querido sobornar los pueblos para usurparle el trono; y aun añadió que había tratado de envenenarle. Por fin no hubo Tirio virtuoso que no comprendiese la calumnia; sin duda porque creía hallar en este príncipe la misma disposición a desconfiar de todos que había encontrado en su padre. Pero no pudiendo Baleazar soportar más la malignidad de tan infame mujer, la interrumpe, y llama a sus guardias. La pusieron presa, y se comidió el examen de su conducta a la prudencia de los más sabios ancianos.

No tardaron estos en descubrir que ella misma había atosigado y sofocado al infeliz, Pigmalion, y que todo el discurso de su vida había sido una serie no interrumpida de los más monstruosos crímenes. Íbasela a condenar al fuego lento con que en Fenicia se castigan los delitos atroces; mas luego que conoció que no la quedaba ninguna esperanza, hecha una furia salida del infierno, tomó el veneno que a prevención traía siempre consigo por si se la quería precisara padecer largos tormentos. Notaron los que la guardaban las ansias violentas que padecía, y quisieron socorrerla; pero ella no quiso responder, ni admitir su socorro, dándoles a entender por señas que no buscaba ningún alivio. Habláronla de los justos dioses, que tan ofendidos tenía; pero lejos de manifestar la sumisión y el arrepentimiento que sus culpas exigían, miró al cielo con desprecio y arrogancia, como insultando a los dioses.

La rabia y la impiedad estaban pintadas en su agonizante cara; ningún resto la quedó de aquella hermosura que fue el precipicio de tantos hombres; todas sus gracias desaparecieron, sus ojos moribundos giraban en horroroso desconcierto al rededor de sus orbitas, un movimiento convulsivo agitaba sus labios; tenía tan abierta la boca que causaba es-

panto, el rostro todo contraído y dislocado hacía los más horribles gestos; una lívida palidez y un frío mortal se apoderaron de sus miembros. Alguna vez parecía que se reanimaba: pero no era mas que para horrorizar con alaridos, hasta que por fin espiró entre las convulsiones de la desesperación, dejando sobrecogidos y atemorizados a cuantos la estuvieron viendo. Sus impíos manes descenderían sin duda a aquellas tristes estancias donde las crueles Danaides pagan en inútiles afanes e interminables fatigas su perfidia; donde Ixion da eternas vueltas a su rueda; donde Tántalo vivirá con los labios en el agua, rabiando de eterna sed; donde rueda Sísifo inútilmente una roca que sin cesar vuelve a despeñarse; y donde Ticio sentirá eternamente devoradas sus siempre renacientes entrañas por un buitre roedor.

Desembarazado Baleazar de tan abominable monstruo, dedicó todo su cuidado a dar gracias a los dioses, y a desagraviarles con innumerables sacrificios. Desde luego empezó a dar muestras de una conducta diametralmente opuesta a la de su padre, aplicándose a restablecer el comercio que por instantes iba decayendo. Se aconseja de Narbal en los asuntos de mayor importancia; mas no por eso se

deja gobernar de él, pues todo lo ve, y lo examina de por sí mismo. Oye los consejos que le dan, y se declara por el que mejor le parece. Ámanle los pueblos, y en su amor posee más tesoros que los que amontonó la cruel avaricia de su padre: no habrá ni una sola familia, que, si le viera necesitado, no le diera cuanto tuviese; de modo que es más dueño de lo que les deja, que si se lo quitara. No necesita de tomar precauciones para la seguridad de su persona, porque vela sobre ella el amor de los vasallos, que le custodia mejor que la guardia más fiel. A todos contrista la idea de perderle, y no habrá vasallo suyo que no arriesgue la vida por conservar la de un rey tan digno de serlo. Es feliz, y sus pueblos con él, teme exigirles mucho, y ellos siempre creen no ofrecerle lo bastante; les deja en la abundancia, y no por eso son indóciles, ni insolentes, porque son laboriosos, amigos del comercio, y constantes en conservar la pureza de sus antiguas leyes. De este modo ha vuelto la Fenicia a subir al mas alto punto de grandeza y de gloria; y toda esta prosperidad se la debe a su joven rey.

Narbal es su teniente. ¡Ah! ¡Cuánta fuera su alegría Si ahora os viera para colmaros de presentes! ¡Con que gusto, Telémaco, con cuánta satisfacción

dispusiera restituiros con magnificencia a vuestra patria! ¡Que felicidad la mía en hacer lo que él haría si pudiese! ¡Que dicha la de ir a Itaca a poner en el trono de Ulises a su hijo Telémaco, desde donde pueda, como Baleazar en Tiro, dictar sabias leyes a sus pueblos! Satisfecho Telémaco de la puntualidad con que Adoam acababa de referir tan singulares sucesos, y mucho más por las apreciables demostraciones de cariño con que en medio de sus infortunios alentaba su esperanza, le abrazó tiernamente. Después le preguntó Adoam por que acaso había entrado en la isla de Calipso, Telémaco le correspondió contándole su historia desde que salió de Tiro; su paso por la isla de Chipre, como volvió a hallar a Mentor; su viaje a Creta; los juegos públicos que en aquella isla se celebraron para la elección del nuevo rey después de la fuga de Idiomeneo; la venganza de Venus; su naufragio; la buena acogida que les hizo Calipso; los celos que sintió esta diosa de una de sus ninfas; y la acción de Mentor, que le arrojó al mar luego que vio el navío.

Acabados estos coloquios, dispuso Adoam en prueba de su extraordinario contento dar a sus amigos un espléndido banquete, y proporcionarles en él todos los placeres que la situación permitía: hízola

servir por jóvenes Fenicios vestidos de blanco y coronadas de flores quemáronse aromas de los más exquisitos del Oriente. Ocupaban los bancos de los remeros diestros tocadores de flauta, a quienes de cuando en cuando interrumpía Aquitoas con los dulces acentos de su voz y de su lira, dignas por cierto de ser oídas en la mesa de los dioses, y capaces de arrebatar al mismo Apolo. Los tritones, las nereidas, las divinidades todas que reconocen el imperio de Neptuno, hasta los monstruos marinos, atraídos por la melodía, dejaban sus húmedas y profundas grutas y se atropellaban por llegar al rededor del navío. Un coro de mancebos Fenicios, de rara gentileza, vestidos de finísimo lienzo más blanco que la nieve, danzaron largo rato al uso de su país, al de Egipto, y por último al de la Grecia. De cuando en cuando se oía repetido el eco de las trompas, llevado por las olas hasta las más distantes riberas. El silencio de la noche, la calma del mar, el trémulo resplandor de la luna, que reverberaba en la superficie de las aguas, el apagado azul del cielo matizado de brillantes estrellas, todo contribuía a hacer el festín mas agradable.

Telémaco, dotado de un natural vivo y sensible, gustaba de esta diversión; pero no se atrevía a soltar

la rienda a la alegría, porque desde que con tanta vergüenza suya experimentó en la isla de Calipso cuan dispuesta se halla la juventud a inflamarse, los más inocentes placeres alarmaban su cuidado: Todo le era sospechoso.

Alegrábase Mentor de verle en esta incertidumbre, y hacía como que no lo notaba, hasta que, movido por fin de la moderación de Telémaco, le dijo sonriéndose: bien conozco tu temor, y lo digno de alabanza que por él eres; pero no se ha de llevar al extremo. Nadie en el mundo se interesa más que yo en que disfrutes de los placeres, pero de unos placeres que no te exciten pasiones violentas, ni enerven tu valor. Estos son los que te convienen, porque son los únicos capaces de divertir sin enajenar: placeres sencillos y moderados que no te priven de la razón, ni te transformen en fiera. Ahora es justamente cuando, para alivio de tus penas, y en obsequio de Adoam, debes disfrutar de estos con que su generosidad te convida: sí, Telémaco, alégrate, regocíjate, que la sabiduría, nada tiene de austera ni de afectada, antes por el contrario ella es la que ofrece los verdaderos placeres; ella la que los sazona y los hace puros y duraderos; ella la que sabe mezclar los juegos y las risas con las ocupaciones graves y se-

rias; preparar el placer en el trabajo, y aliviar el trabajo con el placer. La sabiduría no se avergüenza de presentarse festiva cuando es necesario.

En prueba de ello tomó Mentor una lira, y la tocó con tal arte, que envidioso Aquitoas arrojó la suya de despecho; encendiéronsele los ojos, múdasele el color, y todos hubieran advertido su resentimiento y confusión si la lira de Mentor no les tuviera tan suspensos y enajenados, que ni a respirar se atrevían por no interrumpir el silencio, y por no perder el más mínimo acento de aquella voz celestial: a cada instante temían que lo iba a dejar. No tenía su voz ninguna dulzura afeminada: era sí flexible, robusta, y capaz de mover y hacer sensibles las más mínimas cosas.

Al principio cantó los loores de Júpiter, padre y rey de los dioses y los hombres, que con un movimiento de cabeza hace estremecer el universo; representó a Minerva que sale de su cabeza, esto es a la sabiduría, engendrada dentro de él mismo, y de él emanada para instruir a los hombres dóciles. Cantó Mentor estas verdades en un tono tan patético y religioso, que todos se creyeron transportados a lo más alto del Olimpo en presencia de Júpiter, cuyas miradas son más penetrantes que sus truenos. Des-

pués cantó la desgracia del joven Narciso, que neciamente enamorado de su misma hermosura, pasaba su vida en admirarla en una cristalina fuente, hasta que, consumido de tristeza, fue convertido en la flor que tiene su nombre. Por último cantó también la funesta muerte que un jabalí dio al bello Adonis, a quien Venus no pudo restituir la vida por más que le amaba, y por más amargas quejas que por ello dirigió al cielo.

Nadie pudo contener las lágrimas, y todos sentían cierto placer en el llanto. Cuando acabó de cantar, admirados los Fenicios, se miraban unos a otros, y se decían unos a otros que era Orfeo, porque así es, decían, como con la lira amansaba las fieras, y arrastraba tras sí los montes y las rocas; así como encantó al Cerbero, y como suspendió los tormentos de Ixion y de las Danaides; y así finalmente como movió al inexorable Plutón a que le dejase sacar de los infiernos a la hermosa Eurídice. Otros decían que era Lino, hijo de Apolo; y otros le tuvieron por Apolo mismo. No estaba Telémaco menos admirado que los demás, porque ignoraba que Mentor supiese con tanta perfección cantar y tocar la lira.

Aquitoas, que había tenido todo el tiempo necesario para ocultar sus celos, empezó a aplaudir a Mentor, pero estaba tan cortado, que no pudo acabar el elogio: no dio lugar Mentor a que se conociese su turbación, porque tomando la palabra, como si le hubiera interrumpido, procuró consolarle, dándole las justas alabanzas que merecía. Pero no por eso se consoló Aquitoas, resentido mas de que Mentor se le aventajase en modestia, que en los encantos de la voz.

Entretanto dijo Telémaco a Adoam: acuérdome que me habíais insinuado que hicisteis no sé que viaje a la Bética después que salimos de Egipto; y como de ella se cuentan tantas maravillas, que apenas son creíbles, me alegrara saber de vos si es verdad todo lo que se dice. De muy buena gana, respondió Adoam, os haré una extensa descripción de aquella venturosa tierra digna de vuestra curiosidad, y que excede a todos los encarecimientos de la fama; y luego empezó así:

Atraviesa el río Betis un país fértil, bajo un cielo siempre apacible, sereno siempre; y el país mismo ha tomado el nombre del río, que desemboca en el Océano, muy cerca de las columnas de Hércules, y de aquella parte en donde, rompiendo sus diques el

furioso mar, separó en otro tiempo la tierra de Tarsis de la grande África. En la Bética, pues, parecen haberse conservado las delicias del siglo de oro. Los inviernos son allí templados, y los rigurosos aquilones desconocidos. Los ardores del estío se mitigan con los frescos céfiros, que en lo más caluroso del día vienen a suavizar el aire: de modo que todo el año se compone de solas dos estaciones, que al parecer se están dando la mano, esto es, la primavera y el otoño. Las vegas y los valles producen cada año duplicada cosecha. Los caminos son verdaderas calles de jazmines, laureles, granados, y otros árboles siempre verdes, siempre floridos. Las montañas están cubiertas de rebaños cuyas finísimas lanas son tan buscadas de todas las naciones conocidas. Abunda este país en minas de oro y plata; pero los habitantes sencillos, y felices en su sencillez, no se dignan de incluir la plata ni el oro en el número de sus riquezas, sólo aprecian lo que verdaderamente sirve a las necesidades del hombre.

Cuando empezamos a comerciar con ellos, vimos, no sin admiración, que hacían el mismo uso del oro y de la plata que del hierro: empleábanle hasta en las rejas de los arados. Como no hacían ningún comercio exterior no necesitaban de mone-

da alguna: casi todos son pastores o labradores, y hay pocos artesanos, porque no permiten más artes que las realmente necesarias. Además, aunque la mayor parte de los hombres se dedican a la agricultura, o a la cría de ganados, no dejan por eso de ejercer las artes necesarias a su vida sencilla y frugal.

Las mujeres hilan aquella bellísima lana, y hacen de ella paños finos de extraordinaria blancura; amasan el pan, y componen la comida; pero esto les es fácil, porque allí más se vive de frutas y de leches que de carnes. Sírvense de las pieles de los carneros para calzarse a sí, a sus maridos y a sus hijos, empléanse además en hacer tiendas de pieles enceradas y de corteza de árboles; en hacer y lavar la ropa de la familia, y tener las casas en un orden y con una admirable limpieza. Sus vestidos son fáciles de hacer, porque en un país tan templado basta para la decencia una tela fina y ligera, que acomodan a su talle en largos pliegues, dándole cada una el corte y forma que más le agrada.

Las artes que allí se conocen, si se exceptúa la agricultura y la pastoría, quedan reducidas a labrar la madera y el hierro; y aun de éste apenas se sirven mas que para hacer los instrumentos indispensables a las labores del campo. Todas las artes que tienen

por objeto la arquitectura les son inútiles, porque nunca construyen casa alguna: según ellos es demasiado apegarse a la tierra hacer una habitación que dure más que su dueño; y por eso se contentan con la que baste a defenderlos de las intemperies. Las otras artes que tan estimadas son de los Griegos, de los Egipcios, y de las demás naciones cultas, las detestan como invenciones de la vanidad y de la molicie.

Cuando se les habla de los pueblos que poseen el arte de construir soberbios edificios, mubles de oro y plata, telas guarnecidas de bordados y de preciosas pedrerías; exquisitos perfumes, delicados manjares, e instrumentos que encantan con su armonía, contestan así ¡Harto infelices son en haber empleado tanto trabajo e industria en corromperse! Lo superfluo afemina, embriaga y atormenta a los que lo tienen; provoca a los que de ello carecen a que lo adquieran aunque sea con violencia e injusticia. ¿ Y podrá darse el nombre de bienes a una superfluidad que sólo produce males? ¿Los habitantes de esos países son por ventura más sanos y robustos que nosotros? viven más largo tiempo? ¿están mas unidos entre sí? ¿tienen una vida mas libre, mas tranquila, ni mas alegre? Antes por el contrario deben

estar celosos unos de otros, corroídos de vil y negra envidia, siempre agitados de la ambición, del miedo y de la avaricia, incapaces de gozar de los placeres puros e inocentes, viles esclavos de tantas falsas necesidades de las cuales hacen depender su felicidad.

Así hablan continuó Adoam, esos hombres a quienes ha hecho tan cuerdos el solo estudio de la sencilla naturaleza: miran con horror nuestra civilización; y es preciso convenir en que es muy grande la suya en su amable sencillez. Todos viven juntos sin repartir las tierras; y cada familia esta gobernada por su jefe, que es de ella verdadero rey. El padre de familias tiene derecho de castigar las malas acciones de sus hijos o nietos; mas antes de imponer el castigo, toma el dictamen del resto de la familia. Es verdad que allí son muy raros tales castigos, porque la inocencia de costumbres, la buena fe, la obediencia y el horror al vicio habitan en aquella afortunada tierra. No parece sino que Astrea, que dicen se retiró al cielo, sin duda porque en ninguna parte se la halla, vive oculta entre aquellos hombres. Ellos no necesitan jueces, porque su propia conciencia los juzga. Todos los bienes son comunes; y las frutas, las legumbres y la leche son riquezas tan abundantes que unos pueblos tan sobrios y moderados no nece-

sitan dividirlas. Cuando una familia ha consumido los frutos y los pastos del paraje en que se ha establecido, se muda con sus tiendas a otro: así es como no teniendo interés que sostener unos contra otros, se aman con un amor puro, fraternal, inalterable; y esta paz, esta unión, esta libertad se deben a la privación de las vanas riquezas y de los engañosos placeres todos son libres, iguales todos.

No se nota entre ellos más distinción que la procedente de la experiencia de los sabios ancianos, o de la extraordinaria sabiduría de algunos jóvenes que se igualan a los ancianos más consumados en la virtud. En una tierra tan favorecida de los dioses jamás se oye la cruel y pestilente voz del fraude, la violencia, el perjurio, los procesos, ni las guerras; jamás se vio teñida de sangre humana, y muy pocas veces de la de los animales. Cuando se les habla de las sangrientas batallas, de las rápidas conquistas, de las ruinas de los estados que se ven en otras naciones, apenas saben como explicar su admiración. ¡Qué, dicen absortos, no son por naturaleza bastante perecederos los hombres, sin que los unos anticipen la muerte a los otros, les parece demasiado larga una vida tan corta, o viven sólo para despedazarse mutuamente, y mutuamente hacerse infelices!

Tampoco comprenden por que se admira tanto a los conquistadores que subyugan los grandes imperios. ¡Que locura! ¡Hacer consistir su felicidad en gobernar a otros hombres, cuyo gobierno, si ha de ser según las leyes de la razón y de la justicia, cuesta tantos cuidados y fatigas! Mas ¿quien gusta de gobernarlos a su pesar, cuando es el mayor esfuerzo de la sabiduría y de la virtud de un hombre sujetarse a gobernar un pueblo dócil que los dioses pongan a su cuidado, o un pueblo que le ruega le sirva de padre y de pastor? Gobernar a los pueblos contra su voluntad, es hacerse miserable por gozar la aparente gloria de tenerlos esclavos. Un conquistador es un hombre que los dioses, irritados contra el género humano, lanzan su cólera a la tierra para destruir reinos, difundir por todas partes el espanto, la Miseria y la desesperación, y hacer tantos esclavos como hombres libres hay. El que busca la gloria, ¿no encuentra la más sólida en gobernar dignamente el pueblo que los dioses han puesto a su cuidado? ¿o cree no ser digno de elogio sino haciéndose violento, injusto, altivo usurpador y tirano de sus vecinos? Nunca es lícita la guerra sino en defensa de la libertad. ¡Dichoso aquel que, no siendo esclavo de nadie, no tiene la necia ambición de esclavizar a na-

die! Esos grandes conquistadores que tan gloriosos nos representan, son semejantes a los ríos que, saliendo de madre parecen tan majestuosos, pero que inundan, arrollan y destruyen las fértiles campiñas que debían sólo regar.

Encantado Telémaco de las costumbres de la Bética que tan bien acababa de describir Adoam, le hizo varias preguntas curiosas. Fue la primera, si bebían vino sus habitantes.

Ni lo beben, ni lo han bebido nunca, le respondió Adoam no porque les falten uvas, que en ninguna parte se crían más dulces, sino porque se las comen como las demás frutas, temiendo al vino como a un corruptor de los hombres. Éste, dicen, es un veneno que pone al hombre furioso, y si bien no le mata, le embrutece. Sin su uso pueden conservarse la salud y las fuerzas, y usando de él, se está muy a pique de arruinar la salud y las buenas costumbres.

Quisiera saber, siguió Telémaco preguntando que leyes siguen en sus matrimonios. A nadie, le respondió Adoam, se le permite más de una mujer, que se obliga conservar mientras le dure la vida. Allí tanto depende el honor de los hombres de su fidelidad respecto de las mujeres, como en otras naciones depende el honor de las mujeres de ser fieles a sus

maridos. Jamás hubo pueblo tan honesto ni tan celoso de la pureza. Las mujeres son hermosas y agraciadas, pero sencillas, modestas y laboriosas. Los consorcios son pacíficos, fecundos, e inmaculados; una alma sola parece que anima ambos cuerpos: reparten entre sí los cuidados domésticos; encargase el marido de los de los de fuera y la mujer cuida de los de la casa, alivia a su marido, y parece que sólo ha nacido para agradarle; merece su confianza, y le embelesa menos con su hermosura que con su virtud; haciendo que dure tanto el contento de su unión como la vida, que siempre es allí larga a beneficio de la sobriedad, la moderación y las costumbres puras, que les precaven de enfermedades. Vense ancianos de ciento y de ciento y veinte años que todavía respiran alegría y vigor.

Réstame aún saber, añadió Telémaco, de que modo evitan la guerra con sus vecinos.

La naturaleza, respondió Adoam, les ha separado de los otros pueblos, por una parte con el mar, y por la otra con altas montañas. Además, las otras naciones les respetan a causa de su virtud. Muchas veces, cuando ellas no se convienen en sus diferencias, les eligen por árbitros, y les confían las tierras y las ciudades, cuya posesión disputan: y, como jamás

han hecho violencia nadie, nadie desconfía de ellos. Ríense cuando se les habla de aquellos reyes que no pueden arreglar entre sí los límites de sus estados. ¿Temen por ventura, dicen, que falte tierra a los hombres? Siempre tendrán de sobra más de la que puedan cultivar. Mientras hubiese en el mundo tierras libres e incultas, no defenderíamos nosotros las nuestras contra cualquiera que viniese a ocuparlas. No tiene la Bética orgullo, altanería, mala fe, ni codicia en extender su dominio; y por consiguiente, como ni sus vecinos tienen que temer de ella, ni ellos tienen para que hacerse temer, la dejan vivir en paz y tranquilidad. Es este un pueblo que abandonaría su país y se entregaría a la muerte antes que rendirse a la esclavitud: tan difícil es subyugarle, como que él piense en subyugar; y este sistema es el que constituye una paz inalterable entre él y sus vecinos.

Concluyó Adoam refiriendo el modo con que hacían los Fenicios su comercio en la Bética. Admiráronse, dijo, estos pueblos al vernos venir de tan lejos atravesando mares dejáronnos fundar una ciudad en la isla de Gades, nos recibieron con la mayor bondad, y aún nos dieron generosamente parte de cuanto tenían. Ofreciéronnos además todas las lanas

que les sobrasen, después que habrían acopiado las necesarias para su uso; y con efecto nos hicieron de ellas un rico presente, porque es mucho el placer que tienen en dar a los extranjeros lo que les sobra.

Sus minas, nos las cedieron sin dificultad, porque a ellos les eran inútiles. Parecíales poco cuerdo que los hombres, por entre tantos trabajo, fuesen desde tan lejos a buscar en las entrañas de la tierra lo que ni puede hacerles felices, ni satisfacer ninguna de sus verdaderas necesidades. No cavéis, nos decían, tan profundamente la tierra, contentaos con labrarla, y ella os dará verdaderos bienes que os alimenten; de ella sacaréis frutos que valen mas que el oro y la plata, pues que el hombre no busca estos metales mas que para comprar con ellos los alimentos que sustentan la vida.

Muchas veces quisimos enseñarles el arte de la navegación, y llevar algunos jóvenes a Fenicia; pero jamás permitieron que sus hijos aprendiesen a vivir como nosotros. Así fuera, nos decían, como se acostumbrarían a tener por precisas esas cosas que ya se os han hecho necesarias: quisieran adquirirlas; y si no hubiera otro medio de obtenerlas, a despecho de la virtud, se valdrían de la violencia. Vendrían a ser como el que, teniendo buenas las

piernas, por no andar ha perdido el uso de ellas, y tiene en fin que acostumbrarse a la necesidad de que otro le lleve como a un enfermo. Miran la navegación como un arte admirable por su ingenio; sin embargo le miran como pernicioso. Si estas gentes, dicen, tienen en su tierra con abundancia lo que es necesario para la vida, ¿qué van a buscar en las extrañas? ¿Acaso lo que basta a satisfacer las verdaderas necesidades no les es a ellos suficiente? En verdad que merecen naufragar los que así exponen la vida a rigor de las borrascas por saciar la codicia de los traficantes, y lisonjear las pasiones de los demás hombres.

Fuera de sí Telémaco del regocijo que le causaba la noticia de que aun hubiese en el mundo una nación que, gobernada por las leyes de la sencilla naturaleza, fuese a un mismo tiempo tan sabia y tan dichosa, exclamó: ¡Oh! ¡cuánto se asemejan sus costumbres de las de los pueblos que tenemos por los más sabios! Estamos tan viciados, que apenas podemos persuadirnos que subsista una sencillez tan natural. Nosotros miramos las costumbres de ese pueblo como una hermosa fábula, y él debe mirar las nuestras como un sueño monstruoso.

LIBRO NONO

SUMARIO

SIEMPRE indignada Venus contra Telémaco, pide a Júpiter que, le pierda; mas, no permitiéndolo los hados, concierta con Neptuno que a lo menos le aleje de Itaca adonde Adoam le conducía. Válese para ello de una engañosa divinidad que haga entrar a toda vela al piloto Atamas en el puerto de Salento, creyendo arribar a la isla de Itaca. Entran con efecto, y el rey Idomeneo, recibe en su nueva ciudad a Telémaco al tiempo que estaba preparando un sacrificio a Júpiter por el feliz éxito de la guerra que tenía con los Mandurienses. Consultando el sacerdote las entrañas de las víctimas, da al rey las mayores esperanzas, y le dice que será deudor de su felicidad a sus dos nuevos huéspedes.

MIENTRAS Telémaco y Adoam se entretenían en estos discursos, olvidados del sueño, y sin echar de ver que iba ya pasada la mitad de la noche, una deidad enemiga y engañosa les alejaba de Itaca, cuya isla buscaba en vano el piloto Atamas; porque si bien Neptuno protegía a los Fenicios, no podía tolerar por mas tiempo ver a Telémaco libre del naufragio que le arrojó a las rocas de la isla de Calipso. Pero, aún estaba mas resentida Venus de ver que aquel joven triunfase a su desprecio del amor y de todos sus encantos; y en un arrebato de su enojo deja a Citerea, deja a Pafos, Idalia y los honores que se le rinde en Chipre: la eran ya insoportables unos sitios que le recordaban el desprecio, que en ellos había hecho Telémaco de su imperio. Sube al resplandeciente Olimpo, donde se habían juntado los dioses cerca del trono de Júpiter. Desde allí ven debajo de sus pies girar a los astros el globo de la tierra no les parece mayor que un montoncito de lodo, y los inmensos mares no les parecen sino unas gotas de agua que le humedecen, a sus ojos no son los más grandes imperios sino un poco de arena que cubre la superficie de aquel todo; los pueblos numerosos y los mayores ejércitos no son sino como hormigas que se disputan una arista de paja. Ríense

de los negocios más serios en que se agitan los hombres, y les parecen juegos de niños; y lo que los hombres llaman grandeza, poder y profunda política, tiénenlo aquellas supremas divinidades por miseria y flaqueza.

En mansión tan encumbrada sobre la tierra colocó Júpiter su inmutable trono, sus ojos penetran hasta el abismo, y ven los más ocultos secretos de los corazones; sus miradas apacibles y serenas difunden por el orbe entero la calma y la alegría: por el contrario, cuando ceñudo mueve su cabellera, se estremecen los cielos y la tierra; los mismos dioses, deslumbrados con sus rayos de gloria que le circundan tiemblan al acercársele.

En el momento, pues, en que llegó Venus, asistían al rededor de su trono todas las deidades celestes. Presentáse la diosa con todos los hechizos que nacen en su seno; su airoso ropaje brillaba aún más que todos los colores de que se viste Iris entre la opacidad de las nubes cuando viene a prometer a los amedrentados mortales el fin de la tempestad, y a anunciarles la serenidad: llevábale ceñido con aquel famoso cinto en que se veían retratadas las Gracias, y el cabello atado con gracioso descuido con un cordón de oro. A todos los dioses sorpren-

dió su hermosura, como si nunca la hubiesen visto, y no les deslumbró menos que Febo a los hombres, cuando después de una larga noche les da en los ojos con sus rayos. Mirábanse unos a otros con admiración, y las miradas de todos volvían a fijarse siempre en la diosa. Repararon que llevaba arrasados los ojos en lágrimas, y pintado en el rostro un amargo dolor. Íbase acercando la diosa al trono de Júpiter con blando y ligero paso, semejante al ave que con rápido vuelo hiende el inmenso espacio de los aires. Miróla Jove con agrado, sonrióse, y levantándose, le dio un abrazo. ¿Querida hija, la dijo, que es lo que te aflige? Al ver tus lágrimas se contrista mi corazón: no dudes descubrirme el tuyo, pues sabes mi cariño y deferencia.

¿Es posible, padre de los dioses y de los hombres, le respondió Venus con voz dulce, aunque interrumpida con suspiros, que a vos, que todo os está presente, se os oculte la causa de mi dolor? No contenta Minerva con haber destruido hasta los cimientos la opulenta ciudad de Troya que yo protegía, y de haberse vengado de Paris, porque prefirió mi hermosura a la suya, conduce por sí misma a todas partes y por todas tierras y mares al hijo de Ulises, del cruel destructor de Troya: ella es la que

acompaña a Telémaco, y esta la causa de que hoy no asista aquí, en el lugar que la corresponde entre las demás divinidades; y ella la que para mi ultraje condujo a ese temerario joven a la isla de Chipre. El se ha burlado de mi poder, no dignándose ni aun de quemar incienso en mis aras; él ha manifestado el mayor horror a las fiestas que en mi honor se celebran, y él por fin se ha negado a todos mis placeres. En vano Neptuno, para castigarle, a mi instancia, sublevó contra él los vientos y las olas, Telémaco, arrojado por un naufragio a la isla de Calipso, en ella triunfó del Amor mismo que envié para que se apoderase de su corazón. Ni su juventud, ni las gracias de la diosa y de sus ninfas, ni las encendida flechas del Amor pudieron contrarrestar los artificios de Minerva: arrancóle de la isla, y así logró dejar confundida y afrentada; ¡un niño triunfa de mí!

Júpiter, para consolar a Venus la dijo Verdad es, niña mía, que Minerva defiende a ese joven de las flechas de tu hijo, y que le prepara una gloria que jamás ha merecido joven alguno. Yo siento que despreciase tus altares; pero no puedo someterle a tu poder. Lo único que me es posible hacer, y haré por tu amor, será traerle todavía vagando por mares y tierras, hacerle vivir lejos de su patria y expuesto a

toda suerte de trabajos y peligros; pero que perezca, ni que su virtud sucumba a los placeres con que halagas a los hombres, no lo permiten los hados. Consuélate, pues, hija mía: conténtate con tener bajo tu imperio a tantos otros héroes y a tantos inmortales.

Diciéndola esto, la miró, sonriéndose con la mayor gracia y majestad, y despidió de sus ojos un rayo de luz más luminoso que el más encendido relámpago. Dio a Venus un tierno ósculo, y difundió un olor de ambrosía que embalsamó el Olimpo. No pudo la diosa ser insensible a semejante demostración de cariño más excelso de los dioses: a pesar de sus lágrimas y de su dolor, se vio esparcirse en su rostro la alegría, y se echó el velo para ocultar el rubor que la encendía las mejillas y la confusión en que se hallaba.

Toda la asamblea de los dioses aplaudió la determinación de Júpiter; y Venus, sin perder momento, fue a concertar con Neptuno los medios de vengarse de Telémaco.

Contóle lo que Júpiter la había dicho, y Neptuno la respondió: Ya sabía yo la orden inmutable de los hados; mas supuesto que no podemos abismar a Telémaco en las olas del mar, empleemos todos los medios de hacerle infeliz, y de retardar su regreso a

Itaca. No consentiré que perezca el navío fenicio en que va embarcado, eso no: amo a los Fenicios; la Fenicia es mi pueblo, y ella es la nación que más frecuenta mi imperio; a ella se debe que por medio del mar se asocien todas las naciones del mundo; ella me honra con continuos sacrificios en mis altares; los Fenicios son justificados, sabios y laboriosos en el comercio, y por medio de él llevan a todas partes la comodidad y la abundancia. Por ningún motivo daré lugar a que naufrague ninguna de sus naves; pero sí haré que el piloto pierda el rumbo, y se aleje de Itaca donde desea ir.

Contenta Venus con esta oferta, desplegó una risa maligna, y se volvió en su carro volante a los floridos prados del Idalia, en donde las Gracias, los Juegos y las Risas dieron pruebas de la alegría que su vista les causaba, danzando al rededor de la diosa sobre las flores, que llena de fragancia aquella deliciosa mansión.

Inmediatamente envió Neptuno una divinidad engañosa, semejante a los sueños con la diferencia que estos engañan sólo al dormido siendo así que esta divinidad hechiza al que esta velando. Llegó, pues, la deidad malhechora con una multitud de aladas ficciones que volaban en torno suyo, y de-

rramó un sutil y encantado licor en los ojos del piloto Atamas, el cual examinaba atentamente la claridad de la luna, el curso de las estrellas, y la playa de Itaca, cuyas escarpadas rocas veía ya bastante cerca.

Desde aquel momento era todo fingido, nada verdadero le representaban los ojos; fingido era el cielo, y fingida la tierra que miraba; las estrellas se le representaban como sí hubiesen mudado y retrocedido en curso; el movimiento del Olimpo parecía seguir nuevas leyes, hasta la tierra estaba mudada. Una supuesta Itaca que le engañaba tenía presente el piloto mientras se alejaba de la verdadera. Cuanto más se adelantaba hacia la mentida playa, tanto más ella se retiraba; huía, de delante de él, y no sabía a que atribuir la fuga. Alguna vez llegó a creer que ya oía aquel ruido que comúnmente hacen en los puertos; y se disponía, según la orden que se le había dado, a ir secretamente a desembarcar en una pequeña isla, inmediata a la grande, con el fin de ocultar a los amantes de Penélope, conjurados contra Telémaco, el regreso de este príncipe. Otras temía los escollos que rodean aquella costa, y le parecía oír el espantoso bramido de las olas que contra ellos se estrellan: luego notaba repentinamente que la tierra aún estaba muy distante, y a esta

distancia no eran las montañas mayores a sus ojos que las nubecillas que al ponerse el sol suelen oscurecer el horizonte. Atónito se hallaba Atamas, y la impresión de la engañosa Deidad que embelesaba sus ojos le causaba cierto sobresalto que le había sido desconocido, hasta entonces. Tentado estuvo para creer que dormía, y que se hallaba en las ilusiones de un sueño.

Entretanto mandó Neptuno al viento de oriente que soplase hacia las costas de Hesperia; y el viento obedeció con tanta violencia, que tardó bien poco en poner el navío en la ribera que Neptuno había señalado. Ya, la aurora anunciaba el día, y las estrellas, que temen los rayos del sol y los envidian, iban a ocultar en el océano su escasa brillantez, cuando gritó el piloto: Ya en fin no me queda duda de que estamos casi tocando a la isla de Itaca! Alegraos, Telémaco, que dentro de una hora podréis ver a Penélope, y acaso hallaréis a Ulises restituido en su trono.

A esta vos despierta Telémaco, que descansaba en brazos del sueño; se levanta, sube al timón, abraza al piloto, y fija los ojos apenas abiertos en la vecina costa, y como en ella no reconoce la de su patria, exclama dando un suspiro: ¡Ay de mí! ¡dón-

de estamos! ¡ésta no es mi patria querida! os habéis engañado, Atamas: mal conocéis esta costa tan apartada de vuestro país. No me engaño, le respondió Atamas, ni es posible engañarme al considerar las costas de esta isla. ¡Cuántas, veces he entrado en vuestro puerto! conozco hasta sus rocas mas pequeñas, tanto que no me son mas familiares las de Tiro; y en prueba de ello, ¿ no veis esa montaña que sale, y aquel peñasco que parece una torre? ¿no oís las olas que rompen en estas rocas que parecen amenazar al mar con su caída? ¿ no veis allí el templo de Minerva, cuya altura se pierde en las nubes? Ved a ese otro lado la fortaleza y el palacio de Ulises vuestro padre.

Os engañáis, Atamas, le respondió Telémaco yo veo por el contrario una costa elevada, pero no quebrada: veo muy bien una ciudad, pero que no es la de Itaca. ¡O dioses, de este modo os burláis de los hombres!

Mientras así se lamentaba, se hizo en los ojos de Atamas una mutación repentina: rasgóse el velo y deshízose el engaño, y entonces vio la playa tal cual verdaderamente era, y reconoció su error. Lo confieso, Telémaco, dijo: algún Dios enemigo ofuscaba mi vista; creía estar viendo a Itaca, y tenía delante

su imagen pero en este instante desaparece como un sueño, y ya estoy viendo otra ciudad, que sin duda es la de Salento, la cual acaba de fundar en la Hesperia Idomeneo fugitivo de Creta. Veo los muros que aún le faltan que concluir, y veo el puerto que aún no esta enteramente edificado.

Mientras que Atamas notaba las diferentes obras nuevamente hechas en aquella ciudad, y Telémaco lloraba su desgracia, el viento que Neptuno hacía soplar les metió a toda vela en una rada donde se hallaron al abrigo y muy inmediatos al puerto.

Mentor, que no ignoraba ni la venganza de Neptuno, ni el cruel artificio de Venus, no había hecho mas que reírse del error de Atamas; y cuando se hallaron en la rada, le dijo a Telémaco: Júpiter te prueba, pero no quiere tu ruina; antes por el contrario quiere probándote abrirte camino para la gloria. Acuérdate de los trabajos de Hércules; ten presentes los de tu padre, y no te olvides de que la falta de sufrimiento prueba falta de magnanimidad. Con la paciencia y el valor debes causar la cruel fortuna que se complace en perseguirte. Mas quiero verte objeto de la venganza de Neptuno que satisfecho con las lisonjeras caricias de la diosa que en su isla te retenía. ¿Que nos detiene? entremos en el puerto, y ha-

llaremos un pueblo amigo, un pueblo griego. Idomeneo, tan perseguido de la fortuna, necesariamente se compadecerá de los desgraciados inmediatamente entraron en el puerto, donde no hubo dificultad en recibirlos; porque los Fenicios están en paz y buenas relaciones con todos los pueblos del universo.

Miraba Telémaco con admiración esta naciente ciudad, semejante a una tierna planta que, refrigerada con el rocío de la noche, siente desde la mañana los rayos del sol que vienen a embellecerla; crece, abre sus tiernos capullos, extiende sus verdes hojas, y presenta sus olorosas flores esmaltadas con infinita variedad de colores; y cada vez que se la mira, se la encuentra un nuevo adorno. Así florecía en la playa la nueva ciudad de Idomeneo; por instantes crecía su magnificencia, y mostraba a lo lejos a los extranjeros que estaban sobre el mar nuevos ornatos de arquitectura que se elevaban hasta el cielo. En toda la costa resonaban los gritos y los martillazos de los trabajadores: las piedras estaban suspendidas en el aire, con maromas, por medio de máquinas. Los principales de la ciudad animaban al pueblo a trabajar desde que salía la aurora; y el mismo rey Idomeneo, dando por todas partes sus órdenes, hacía adelantar la obra con increíble presteza.

Luego que arribó el navío fenicio, dieron los Cretenses a Telémaco y a Mentor todas las muestras de una sincera amistad, y fueron al instante a anunciar al rey la llegada del hijo de Ulises. ¡El hijo de Ulises! exclamó Idomeneo, de Ulises, aquel caro amigo, aquel sabio héroe por quien conseguimos por fin arruinar a Troya! Conducídmele aquí para que le dé pruebas de lo que amé a su padre. Inmediatamente le presentaron a Telémaco, quien, diciéndole su nombre, le pidió la hospitalidad.

Idomeneo le respondió con semblante afable y risueño: Aun cuando no me hubieran dicho quien sois, creo que os hubiera conocido. Estoy viendo al mismo Ulises; veo sus ojos llenos de fuego. Y cuyo mirar es tan sereno; su aire, a primera vista frío y reservado, Pero que escondía tanta vivacidad y gracia: reconozco hasta aquella fina sonrisa, la dulzura de sus palabras sencillas y significativas que persuadían sin dejar tiempo para desconfiar. Con efecto, vos sois el hijo de Ulises, y también lo seréis mío. ¡O hijo mío! ¡o mi hijo querido! ¿qué casualidad os conduce a estas riberas? ¿ venís acaso buscando a vuestro padre? Mas ¡ah! nada sé de él. Ambos hemos sido perseguidos de la fortuna, él en no poder

restituirse a su patria y yo en haber hallado en la mía irritados contra mí a los dioses.

Mientras que Idomeneo decía esto, miraba fijamente a Mentor como queriendo conocerle, pero sin poderse acordar de su nombre.

Telémaco le respondió bañados en lágrimas los ojos: ¡O rey! perdonad si no puedo disimular el dolor que me aflige, cuando sólo debiera manifestar con la alegría el reconocimiento que debo a vuestras bondades. Con el sentimiento que manifestáis por la pérdida de Ulises, me enseñáis vos mismo a sentir la desgracia de no hallarle. Ya hace mucho tiempo que le ando buscando por todos los mares; pero irritados los dioses no permiten que le halle, ni que sepa si ha naufragado; se oponen a que yo vuelva a Itaca, donde Penélope se consume en deseos de verse libre de sus amantes. Creí hallaros en la isla di Creta; en ella supe vuestro cruel destino, y jamás pensé llegar a ver el nuevo reino que habéis fundado en la Hesperia; pero la fortuna, que se burla de los hombres, y que me trae vagando por el mundo lejos de mi patria, me ha arrojado a vuestras costas. Entre todos los males que me ha cansado, me es éste el más soportable, porque si me aleja de mi patria,

también me da a conocer el mas generoso de los reyes.

Idomeneo le respondió con un estrecho abrazo, y conduciéndole a su palacio, le preguntó: ¿quien es ese venerable anciano que os acompaña Me parece haberle visto antes de ahora muchas veces. Es Mentor, le respondió Telémaco, Mentor, amigo de Ulises, a quien dejó confiada mi educación, y a quien soy deudor de más de lo que es posible decir.

Inmediatamente se le acercó Idomeneo, le alargó la mano, y le dijo: Nosotros nos hemos visto antes de ahora. ¿Os acordáis del viaje que hicisteis a Creta, y de los buenos consejos que me disteis? Mas entonces me arrastraba el ardor de la juventud y la propensión a los deleites. Ha sido necesario que mis infortunios me instruyesen, para aprender lo que no quería creer. ¡Pluguiera a los dioses que os hubiese creído! Mas estoy reparando, no sin admiración, cuan poco se ha alterado vuestro semblante, a pesar de tantos años como desde entonces han discurrido; conserváis la misma frescura, el mismo vigor, la misma agilidad: sólo advierto que habéis encanecido un poco.

Gran rey, le respondió Mentor, si yo fuese adulador, os diría también que conservasteis aquellas gra-

cias de la juventud que resplandecían en vuestro rostro antes del sitio de Troya; pero más quiero desagradaros, que faltar a la verdad: además de que, por lo que acabo de oíros, conozco que huís de la lisonja, y que nada se aventura en hablaros con sinceridad. Vos habéis decaído tanto, que con dificultad os hubiera conocido. Bien claramente se deja inferir ser la causa los trabajos que habéis padecido; pero no habéis ganado poco en tolerarlos, pues os han enseñado a ser prudente. El hombre debe consolarse fácilmente de que las arrugas afeen su rostro, mientras el ánimo se ejercite y fortalezca en la virtud. Además, sabed que los reyes se gastan más que los otros hombres, porque la adversidad, la aflicción del espíritu y las fatigas del cuerpo les envejecen antes de tiempo; y en la prosperidad les aniquilan más las delicias de una vida afeminada, que los trabajos de la guerra. Nada hay tan malsano como el deleite en que el hombre no puede contenerse. De aquí procede que los reyes, sea en paz o en guerra, tienen siempre disgustos y placeres que les aceleren la vejez antes que debiese naturalmente venir. Una vida sobria, moderada, sencilla, exenta de inquietudes y pasiones, arreglada y laboriosa, conserva en los miembros del sabio la frescura de la juventud,

que, sin estas precauciones, está siempre dispuesta a huir en las alas del tiempo.

Oíale Idomeneo con la mayor complacencia, y no hubiera querido que cesase, si no le hubieran advertido los suyos que era la hora de hacer el sacrificio que a Júpiter tenía ofrecido. Siguiéronle Telémaco y Mentor entre una multitud de pueblo que atrajo la curiosidad a ver aquellos dos extranjeros: mirábanles detenidamente y con reflexión, y se decían unos a otros: ved aquí dos hombres bien diferentes. El joven tiene cierta viveza y amabilidad en el semblante, y en todo su aspecto y su persona brillan las gracias de la hermosura y de la juventud, sin que se descubra nada de flojo ni afeminado; y, no obstante sus pocos años, parece robusto, esforzado y endurecido en el trabajo. El otro, aunque de mucha más edad, nada ha perdido de su vigor, a primera vista su aspecto es menos agraciado y airoso pero mirado despacio, da en su sencillez indicios de sabiduría y de virtud, y de una grandeza que admira. Cuando los dioses descendieron sobre la tierra a comunicar con los mortales, no tiene duda que tomarían semejantes figuras de extranjeros y viajadores.

Llegaron por fin al templo de Júpiter, que Idomeneo, su descendiente, había adornado con extraordinaria magnificencia. Estaba rodeado de dos órdenes de columnas de mármol jaspeado; eran de plata los chapiteles, Y estaba incrustado de mármol, con bajos relieves que representaban a Júpiter transformado en toro llevándose robada a Europa, y su paso a la isla de Creta por en medio de las ondas. Veíase después el nacimiento y la juventud de Minos, y, en edad más avanzada, aquel sabio dando leyes a su isla para perpetuar en ella la felicidad y la abundancia. Notó allí también Telémaco los principales sucesos del asedio de Troya, en que adquirió Idomeneo la reputación de gran capitán. En los combates representados, buscó a su padre, y le reconoció con efecto cogiendo los caballos de Reso, a quien Diómedes, acababa de matar: en otra parte disputando con Áyax las armas de Aquiles en presencia de todos los jefes del ejército griego; en fin, saliendo del fatal caballo para derramar tanta sangre troyana.

Le conoció luego Telémaco en aquellas proezas de que muchas veces había oído hablar, y que Mentor mismo le había referido. A su vista se le saltaron las lágrimas, mudó de color, y su rostro se

mostró lleno de turbación. Advirtiólo Idomeneo, por mas que hizo Telémaco por ocultarlo; y le dijo: No os avergoncéis de parecer sensible a la gloria y a los infortunios de vuestro padre.

Entretanto se iba juntando el pueblo en los vastos pórticos que formaban los dos órdenes de columnas que rodeaban el templo, en el cual había dos coros de jóvenes de ambos sexos que entonaban himnos en loor del dios que tiene en sus manos el rayo. Estos niños, escogidos entre los de figura más agradable, estaban vestidos de blanco, el cabello suelto por la espalda, y coronados de rosas. Hacía Idomeneo, a Júpiter un sacrificio de cien toros para que le fuera propicio en la guerra que contra sus vecinos había emprendido. Veíase humear por todas partes la sangre de las víctimas, y correr en grandes vasijas de oro y plata destinadas a este fin.

El anciano Teofanes, amigo de los dioses, y sacerdote del templo, tenía durante el sacrificio cubierta la cabeza con una extremidad de su vestidura de púrpura después examinó las entrañas aún palpitantes de las víctimas, y sentándose luego en el sagrado trípode, exclamó: O Dioses: ¿quiénes son éstos dos extranjeros que el cielo nos envía? ¡que funesta nos fuera sin ellos la guerra! Salento sería

arruinada antes que edificada. Yo veo un héroe joven a quien la sabiduría conduce por la mano... pero no le es permitido a un mortal decir más...

Esto diciendo, miraba con fiereza, le centelleaban los ojos, y parecía ver objetos que los que tenía presentes, encendiérasele el rostro; estaba conmovido y como fuera de sí; se le erizaba el cabello, y tenía alzados e inmobles los brazos, alterada la voz, y más fuerte que la humana: faltábale el aliento; y no pudiendo contener en el pecho el espíritu divino que le agitaba, volvió a exclamar:

¡Oh feliz Idomeneo! ¡Qué es lo que estoy viendo! ¡cuántas desgracias evitadas! ¡qué dulce paz en lo interior! ¡y cuántos combates y victorias por fuera! ¡Oh Telémaco! Tus trabajos exceden a los de tu padre: el fiero enemigo gime abatido bajo los golpes de tu espada; las puertas de hierro y las inaccesibles murallas caen a tus pies. ¡Oh, gran diosa, a quien su padre... O joven! Tú en fin volverás a ver... Al decir esto, espiran las palabras en sus labios, y queda, como a pesar suyo, sumido en un silencio lleno de admiración.

Todo el pueblo estaba sobrecogido de temor. Idomeneo asombrado no se atreve a pedirle que acabe hasta el mismo Telémaco, sorprendido, ape-

nas comprende lo que acaba de oír, apenas cree que haya oído estas altas predicciones. Mentor es el único que el espíritu divino no sorprendió. Ya sabéis, le dijo a Idomeneo, los decretos de los dioses. Con cualquiera nación que tengáis que combatir, en vuestras manos tendréis la victoria, y al hijo de vuestro amigo seréis deudor de la prosperidad de vuestras armas. No le envidiéis esta dicha: contentaos con lo que los dioses por él os otorgan.

No habiéndose aún recobrado Idomeneo de su asombro, busca en vano palabras con que responder: tanto se le había entorpecido la lengua; pero Telémaco, más pronto, dijo a Mentor: Nada me interesa toda esa gloria que se me promete: ¿mas a quién harán relación aquellas últimas palabras: Tú volverás a ver... Será a mi padre, o sólo a Itaca? ¡Ay de mí! ¡por qué no acabó de explicarse! En mayor incertidumbre he quedado de la en que estaba. ¡Oh Ulises! ¡padre mío! ¿seréis vos a quien he de volver a ver? ¿será esto verdad? Pero yo me engaño. ¡Cruel oráculo, tú te complaces en burlarte de un desdichado! Con una palabra más me hubieras hecho el más afortunado de los hombres.

Respeta, le dijo Mentor, lo que los dioses revelan, y no intentes descubrir lo que quieren ocultar. Una

temeraria curiosidad merece que se la confunda. Los dioses, por un efecto de su infinita sabiduría y bondad, ocultan a los débiles mortales su destino en una oscuridad impenetrable. Esta bien que el hombre procure saber lo que de él depende para desempeñarlo bien, pero no es menos útil ignorar lo que no depende de nuestro cuidado, y lo que de nosotros quieren hacer los dioses.

Penetrado de estas palabras, se contuvo Telémaco aunque no sin mucha dificultad.

Mas Idomeneo, recobrado de su asombro, empezó por su parte a dar a Júpiter alabanzas, porque le enseñaba al joven Telémaco y al sabio Mentor para que triunfase de sus enemigos. Después de un espléndido convite que siguió al sacrificio, habló así a los dos extranjeros:

Confieso que no conocía aún bastante el arte de reinar, cuando después del sitio de Troya volví a Creta. Ya sabéis, amigos míos, las desgracias que me privaron de reinar en aquella gran isla, pues habéis estado en ella después de mi partida. ¡Pero feliz yo si los reveses de la más adversa fortuna han contribuido a enseñarme y hacerme más moderado! Como un fugitivo perseguido de la venganza de los dioses y de los hombres, he atravesado los mares:

toda mi grandeza pasada sólo me servía de hacerme más vergonzosa y menos soportable mi caída. Llegué por fin a poner en salvo mis dioses penates en esta costa desierta, en que no hallé mas que terrenos incultos, cubiertos de zarzas y espinas; bosques tan antiguo como la tierra que los sustenta, y rocas casi inaccesibles, abrigo de fieras bravas. Víme reducido a alegrarme de poseer, con el corto número de soldados y compañeros que quisieron seguirme en la desgracia, esta tierra salvaje, y hacer de ella mi patria, puesto que ya no me era posible volver a aquella afortunada isla en que me hizo el cielo nacer para reinar. ¡Ah, decía en mí mismo, que mudanza! ¡qué ejemplo tan terrible debo yo ser para los reyes! ¡cuánto convendría que todos los que en el mundo reinan me viesen, para que en mí escarmentasen! Ellos creen que su elevación sobre el resto de los hombres nada les deja que temer, siendo su misma elevación la que debe hacérselo temer todo. Yo era temido de mis enemigos, y amado de mis vasallos; mandaba a una nación poderosa y aguerrida, la fama había llevado mi nombre a los países más remotos; reinaba en una isla fértil y deliciosa; cien ciudades me pagaban anualmente un tributo de sus riquezas, y me reconocían por descendiente de Júpiter nacido

en su país; me amaban como al nieto del sabio Minos, a cuyas leyes debían su poder y su prosperidad. ¿Qué me faltaba para ser feliz mas que saber gozar con moderación de tanta fortuna? Pero mi orgullo y la lisonja a que di oídos derribaron mi trono. Así caerán también los reyes que se gobiernen por sus pasiones y por los consejos de los aduladores.

Durante el día procuraron, con rostro alegre y lleno de esperanza alentar a los que me habían seguido. Fundemos, les decía, una nueva ciudad que nos consuele de todas nuestras pérdidas. Rodeados estamos de pueblos que con su ejemplo nos animan a emprenderlo, Bien cerca de nosotros tenemos Tarento, fundada por Falanto con sus Lacedemonios. Filoctetes da el nombre de Petilia a la gran ciudad que ha fundado en la misma costa. Metaponto es también una colonia parecida. ¿Y haremos por ventura menos que todos esos extranjeros errantes como nosotros? La fortuna no nos es por cierto mas adversa.

Así procuraba suavizar los trabajos de mis compañeros, al paso que mi corazón padecía mortales aflicciones. Era para mí un consuelo que se alejase la luz del día, y se apresurasen las tinieblas a envolverme en sus sombras para llorar con libertad mi

desventura: mis ojos, hechos fuentes de lágrimas, desconocían el sueño. Al otro día volvía con nuevo ardor a mis tareas. Esta es, Mentor, la causa de que me veáis tan envejecido.

Acabado que hubo Idomeneo de referir sus trabajos, pidió a Telémaco y a Mentor que le ayudasen en la guerra en que se hallaba comprometido. Concluida que sea, les dijo, os restituiré a Itaca. Entretanto recorrerán mis naves las costas más lejanas para adquirir noticias del paradero de Ulises; y os ofrezco sacarle de cualquier parte del mundo conocido a que le haya arrojado la borrasca o la cólera de los dioses. ¡Ojalá que aun viva! A vosotros, os enviaré en las mejores naves que se hayan construido en Creta, con maderas del verdadero monte Ida en que nació Júpiter. Este sagrado leño no puede perecer: los vientos y las rocas le temen y respetan: el mismo Neptuno en su mayor cólera no se atreviera a conmover las olas contra él. Estad ciertos que volveréis felizmente y sin dificultad a Itaca, y que no habrá ninguna enemiga deidad que pueda haceros andar errantes por más tiempo; la travesía es corta y fácil. Despedid el navío fenicio que aquí os ha conducido: por ahora no penséis mas que en adquirir la gloria de establecer el nuevo reino de Idomeneo,

para reparar por este medio sus pasadas desgracias. Este es, hijo de Ulises, el medio para que seáis tenido por digno de vuestro padre; y aun cuando los rigurosos hados le hubiesen hecho descender al tenebroso reino de Plutón, toda la Grecia se regocijara creyendo verle en vos.

Aquí llegaba Idomeneo, cuando le interrumpió Telémaco: Despidamos, dijo, el navío fenicio. ¿Por qué tardamos en tomar las armas y atacar a vuestros enemigos? a lo son nuestros. ¿Si vencimos en Sicilia peleando por Acestes, Troyano y enemigo de los Griegos, ¿No seremos aun más animosos y más favorecidos de los dioses ahora que combatiremos por uno de los héroes griegos que destruyeron la injusta ciudad de Príamo? El oráculo que acabamos de oír no nos permite dudarlo.

LIBRO DÉCIMO

SUMARIO

IDOMENEO informa a Mentor del motivo de la guerra contra los Mandurienses. Cuéntale como aquellos pueblos le cedieran en un principio la costa de la Hesperia donde ha fundado su ciudad; cómo se retiraran en los montes vecinos, donde algunos de ellos habiendo sido maltratados por una tropa de sus súbditos, aquella nación le diputara dos ancianos, con quienes había arreglado artículos de paz; como, en seguida de una infracción del tratado hecha por algunos de los suyos que lo ignoraban, aquellos pueblos se disponían a hacerle la guerra. Durante esta relación de Idomeneo, los Mandurienses, que se apresuraran a tomar las armas, se presentan a las puertas de Salento. Néstor, Filoctetes y Falanto, a quienes Idomeneo creía neutrales, se hallan contra él en el ejército de los Mandurienses.

Mentor sale de Salento, y va solo a proponer a los enemigos condiciones de paz.

MENTOR, mirando con ademán afable y sereno a Telémaco, que inflamaba ya un noble ardor para las lides, le habló en estos términos: Alégrome, hijo de Ulises, de ver en ti tan bella inclinación a la gloria; mas acuérdate de que tu padre no la adquirió tan grande entre los Griegos, en el sitio de Troya, sino mostrándose el más sabio y moderado de todos ellos. Aunque invencible Aquiles e invulnerable, y aunque cierto de llevar el terror y la muerte adonde quiera que combatiese, no pudo sin embargo tomar a Troya; antes por el contrario cayó al pie de sus muros, triunfando ella del vencedor de Héctor. Pero Ulises, en quien la prudencia guía del valor, llevó el fuego y el hierro hasta en medio de los Troyanos, y a él se le debió la caída de aquellas altas y soberbias torres que por espacio de diez años amenazaron a toda la Grecia conjurada. Cuanto Minerva es superior a Marte, tanto un valor dirigido por la prudencia y la precaución sobrepuja un esfuerzo impetuoso y feroz. Empecemos, pues, o Idomeneo, por saber las circunstancias de esta guerra que hemos de sostener. No me niego a ningún peligro; pero creo que

debéis instruirnos previamente de la justicia con que la hacéis, contra quien la hacéis, y de las fuerzas con que contáis para esperar un feliz éxito.

Cuando llegamos a esta costa, le respondió Idomeneo, hallamos en ella un pueblo salvaje que vagaba por las selvas, viviendo de la caza y de la fruta que espontáneamente producen los árboles. Estos pueblos, llamados Mandurienses, asombrados al ver nuestras naves y nuestras armas, se retiraron a los montes; pero, movidos nuestros soldados de la curiosidad de ver el país, se encontraron, persiguiendo unos ciervos, con estos salvajes fugitivos, cuyo jefe les dijo: Nosotros hemos abandonado las apacibles costas del mar, para cedéroslas; y sólo nos quedan estas montañas, casi inaccesibles; parece justo que nos dejéis vivir en ellas en paz y libertad. Ahora os hallamos errantes, dispersos, y tan inferiores en fuerzas a nosotros, que esta en nuestra mano no sólo quitaros la vida, sino impedir que llegue a vuestros compañeros la noticia de vuestra desgracia; pero no queremos manchar nuestras manos con sangre de nuestros semejantes. Id en paz, acordaos que debéis la vida a nuestros sentimientos de humanidad; y nunca os olvidéis que de un pueblo, que

vosotros llamáis grosero y salvaje, es de quien recibís esta lección de moderación y generosidad.

Vueltos al campo los nuestros, contaron lo que les había acaecido: irritáronse los soldados, y tuvieron a menos que unos Cretenses fuesen deudores de la vida a una caterva de fugitivos, que mas les parecían osos que hombres. Vuelven a la caza en mayor número, prevenidos de todo género de armas, y a muy poco encontraron a los salvajes y los acometieron. El combate fue cruel. Volaban los dardos de una y otra parte como en una tempestad cae granizo en un campo. Viéronse por fin precisados aquellos a refugiarse en sus fragosas montañas, donde no se atrevieron a internarse los nuestros.

A poco tiempo me enviaron a pedir la paz por dos de sus más sabios ancianos. Trajéronme en presente pieles de las fieras que cazan, y frutas del país; y después de ofrecérmelas, hablaron de este modo:

Ya ves, o Rey, que en una mano tenemos la espada, y un ramo de oliva en la otra. (Tenían en efecto uno y otro en sus manos.) He aquí la paz y la guerra; escoge. Nosotros preferiríamos la paz, por conservarla no hemos tenido a menos cederte esta hermosa tierra fertilizada por el sol, que la hace llevar tan delicados frutos, porque nos son más apre-

ciables los que la paz produce, por ella nos hemos retirado a esas escarpadas montañas, siempre cubiertas de hielos y nieve, y donde nunca se ven las flores de la primavera, ni los sazonados frutos del otoño. A nosotros nos horroriza esa brutalidad, que, disfrazada con los bellos nombres de ambición y de gloria, corre a devastar las provincias, y a derramarla sangre de los hombres, que son todos hermanos. Si te inflama esa gloria, no te la envidiamos; te compadecemos, y rogamos a los dioses que nos preserven de semejante furor. Si las ciencias que aprenden los Griegos con tanta aplicación, y la cultura de que hacen tanto alarde, no les inspiran mas que esa detestable injusticia, nosotros nos creemos muy felices en carecer de esas ventajas. Nos gloriaremos de ser ignorantes y bárbaros, pero justos, humanos, fieles, desinteresados, acostumbrados a contentarnos con poco, y a despreciar la liviana delicadeza que hace se necesite de mucho. Lo que estimamos es la salud, la frugalidad, la libertad, la robustez del cuerpo y el vigor del espíritu, el amor a la virtud, el temor de los dioses, el afecto a nuestros parientes la inclinación a los amigos, la fidelidad con todos, la moderación en la prosperidad, la constancia en la adversidad, la firmeza para decir

siempre osadamente la verdad, y el horror a la lisonja. Tales son los pueblos que te ofrecemos por vecinos y aliados. Si los dioses irritados contra ti te ciegan hasta el extremo de que desprecies su amistad, aprenderás, aunque tarde, que los que por moderación buscan la paz, son los más temibles en la guerra.

Mientras que así me hablaron, no pude dejar un momento de considerarlos. Tenían larga y descuidada la barba, corto y encanecido el cabello, pobladas las cejas, ojos vivos, un mirar y un aspecto denodado, el modo de hablar grave y lleno de autoridad, y modales sencillos e ingenuos. Iban vestidos de pieles anudadas a la espalda, que les dejaban descubiertos los brazos, más nervudos y fornidos que los de nuestros atletas. Les respondí que deseaba la paz; y arreglamos en común, de buena fe, varias condiciones, tomamos a todos los dioses por testigos, y los despedí haciéndoles presentes.

Pero los dioses que me arrojaran del trono de mis mayores, aun no estaban cansados de perseguirme. Nuestros cazadores, que todavía no podían tener noticia de la paz ajustada, encontraron en el mismo día una gran tropa de estos bárbaros que iban acompañando a los enviados a su regreso de

nuestro campo: les atacaron con furor, mataron una parte de ellos, persiguieron la otra hasta los bosques; y ved aquí nuevamente encendida la guerra, creyendo estos bárbaros que ni pueden fiarse ya de nuestras promesas ni de nuestros. Juramentos.

Para hacerse más poderosos contra nosotros, llamaron en su auxilio a los Locrienses, Apulienses, Lucanienses, Brucios y a los pueblos de Crotona, Nerita Mesapia y Brindes. Los Lucanienses traen carros armados de cortantes hoces. Entre los Apulienses, cada uno viste la piel de la fiera que ha muerto; llevan una nudosa maza, guarnecida de puntas de hierro; son de estatura agigantada, y sus cuerpos se hacen tan robustos con los penosos trabajos en que se ejercitan, que sólo su vista espanta. Los Locrienses, originarios de la Grecia, aun se resienten de su origen, y son más humanos que los otros; pero a la exacta disciplina de las tropas griegas, juntan el vigor de los bárbaros y el ejercicio de una vida dura, lo cual les hace invencibles. Ármanse con escudos ligeros hechos con tejidos de mimbres, cubiertos de pieles; sus espadas son largas. Los Brucios son tan ligeros en la carrera como los ciervos y los gamos; la hierba no parece hollada bajo sus pies, y apenas dejan en la arena señal de sus pasos, vése-

les cargar de golpe sobre sus enemigos, y luego desaparecer con igual velocidad. Los pueblos de Crotona son muy diestros en disparar flechas, pocos hombres entre los Griegos tendrían la fuerza necesaria para tender un arco como los que se usan comúnmente entre los Crotonienses; y si se dedicaran a nuestros pegos no habría premio que no ganasen. Tiñen sus flechas con el jugo de ciertas yerbas ponzoñosas que vienen, según dicen, de las márgenes del Averno, y cuyo veneno es mortífero. En cuanto a los de Nerita, de Mesapia, de Brindes, no poseen mas que la fuerza del cuerpo y un valor sin arte. Los gritos que arrojan hasta el cielo al ver a sus enemigos son horrorosos. Sírvense tal cual bien de la honda, y el granizo de piedras que lanzan anubla el aire; pero pelean sin orden.

Ya sabéis, Mentor, lo que deseabais; sabéis el origen que ha tenido la guerra, y sabéis cuales son los enemigos contra quienes hemos de sostenerla.

Dadas estas aclaraciones, le pareció a Telémaco, impaciente ya por pelear, que sólo faltaba tomar las armas; pero Mentor le contuvo otra vez, y habló así a Idomeneo:

¿En qué consiste que los Locrienses, originarios de Grecia, se unan a los bárbaros contra los Grie-

gos? ¿En qué consiste que florezcan en esta costa tantas colonias griegas, sin que tengan que sostener iguales guerras que voz? ¡Ay Idomeneo! os quejáis de que los dioses aun no se han cansado de perseguiros, y yo digo que aún no han acabado de enseñaros. Tantos trabajos como habéis padecido no han aun bastado a instruiros de cuanto se ha de hacer para evitar la guerra. Lo que vos mismo decís de la buena fe de esos bárbaros prueba lo fácil que os hubiera sido vivir con ellos en paz; pero la altivez y la soberbia acarrean las guerras más peligrosas. Hubierais podido muy bien darles y recibir rehenes, -enviar con sus embajadores algunos de vuestros capitanes que los condujesen con seguridad; y aun después de renovada la guerra, pudisteis y debisteis aplacarlos, dándoles satisfacción de aquel inopinado e involuntario incidente: debisteis ofrecerles cuantas seguridades hubiesen querido, e imponer las más rigurosas penas contra cualquiera de vuestros vasallos que violare las leyes de la alianza. Mas decidme, ¿qué sucesos han mediado desde que se empezaron las hostilidades?

Creí, respondió Idomeneo, que nos era indecoroso dar satisfacción a esos bárbaros, los cuales juntaron inmediatamente cuantos se hallaban en

edad de pelear, e imploraron el socorro de los pueblos vecinos, haciéndonos a ellos sospechosos y aborrecibles. En tal estado me pareció lo más seguro ocupar prontamente en las montañas ciertos pasos mal guardados: conseguímoslo sin dificultad, y nos encontramos en posición de asolar a nuestros enemigos. En las mismas montañas hice levantar unas torres desde donde no sólo pueden nuestros soldados abrumar con los dardos a cuantos se aventuren a descender por ellas a nuestro país, sino asegurar la entrada de los nuestros en el suyo, y saquear cuando quieran sus principales habitaciones. Así es como, aunque con fuerzas desiguales, podemos resistir a esa multitud que nos rodea. Por último, nuestra reconciliación viene a ser ya muy difícil, porque nosotros no podemos abandonarles aquellas torres sin exponernos a sus incursiones, y ellos las miran como ciudadelas de las cuales queremos servirnos para esclavizarlos.

Mentor respondió así a Idomeneo: Vos sois un rey sabio, y como tal, queréis que se os diga la verdad sin paliativo alguno. No sois como esos hombres débiles que temen verla, porque les falta valor para corregirse, y sólo le tienen para emplear su autoridad en sostener sus desaciertos. Así que no du-

daré deciros que ese pueblo bárbaro os dio una admirable lección cuando vino a pediros la paz. ¿Os la pidió acaso por flaqueza, o por falta, de valor y de medios con que haceros, la guerra? Ya veis por el contrario cuan aguerrido se halla, y como le sostienen tantos y tan formidables vecinos. ¡Ojalá hubierais imitado su moderación! Pero una dañosa vergüenza y una presunción detestable os atrajeron esta desgracia: temisteis engreírle con vuestra moderación, y no recelasteis hacerle con vuestra injusta altivez tan poderoso y formidable en vuestro daño. ¿De qué sirven esas torres de que tanto blasonáis sino de ponerles en la alternativa de morir o mataros para preservarse de una inminente servidumbre? Esas torres levantadas para vuestra seguridad son las que os tienen en el peligro en que os veis.

La más segura defensa de un estado es la justicia, la moderación, la buena fe, y la seguridad que debe inspirar a los vecinos de que es incapaz de usurparles sus dominios. Las más fuertes murallas se arruinan por mil accidentes imprevistos; la fortuna es caprichosa e inconstante en la guerra; pero, ganando con la moderación e integridad el amor y la confianza de las naciones inmediatas, asegúrase un príncipe de que jamás será de otro vencido, ni casi

nunca atacado; pues aun cuando hubiese alguno tan injusto que lo intentase, los otros, interesados a su conservación, saldrían inmediatamente a su defensa. Un apoyo como el de tantos pueblos que encontrasen sus verdaderos intereses en sostener los vuestros, os hubiera hecho mucho más poderoso que esas torres que hacen irremediables vuestros males. Si desde el principio hubierais cuidado de no haceros sospechoso, creciera vuestra ciudad a la sombra de una dichosa paz, y seríais el árbitro de todas las naciones de la Hesperia.

Ciñámonos ahora a examinar los medios de reparar en lo venidero los perjuicios de lo pasado.

Empezasteis por decirme que hay en estas costas algunas colonias griegas; y creo que deberán estar dispuestas a socorreros, así porque no habrán olvidado el gran nombre de Minos, hijo de Júpiter, ni vuestras hazañas en el sitio de Troya, donde os señalasteis tantas veces entre los príncipes griegos por la causa común de toda la Grecia. ¿Por qué, pues, no procuráis atraerlas a vuestro partido?

Porque todas, respondió Idomeneo, han resuelto mantenerse neutrales; no porque les falte inclinación a socorrerme, sino porque, el esplendor excesivo que desde su nacimiento tuvo esta ciudad, les asom-

bra, y les hace recelar no menos que a los otros que concibamos designios contra su libertad. Temen que después de subyugar a los bárbaros de las montañas, llevemos adelante nuestra ambición. En una palabra, todo está contra nosotros; pues los que no nos hacen una guerra abierta, desean cuando menos vernos abatidos; y el miedo de todos impide que nadie nos ayude.

¡Raro extremo! replicó Mentor: por querer parecer muy poderoso destruís vuestro poder, y mientras sois en lo exterior un objeto de temor y de odio para vuestros vecinos, os estáis interiormente aniquilando y consumiendo con los esfuerzos que necesitáis hacer para sostener esta guerra. ¡O una y mil veces desgraciado Idomeneo, a quien la misma desgracia no ha podido instruir mas que a medias! ¿Necesitaréis acaso una segunda caída para aprender a prever los riesgos que amenazan a los más poderosos monarcas? Dejadme obrar, y sólo decidme circunstanciadamente cuales son esas ciudades griegas que rehúsan vuestra alianza.

La principal, le respondió Idomeneo, es Tarento, fundada tres años hace por Falanto con un gran número de jóvenes que juntó en Laconia, nacidos de las mujeres que olvidaron a sus maridos ausentes

durante el sitio de Troya. A vuelta de los maridos, esas mujeres no pensaron sino en aplacarlos, y en desentenderse de sus faltas. Esta multitud de jóvenes, nacidos fuera de matrimonio, no conociendo ya ni padre ni madre, vivían con el mayor desenfreno. Contúvoles la severidad de las leyes. Reuniéronse al mando de Falanto, caudillo osado, intrépido, ambicioso, y diestro en ganar voluntades. Vino a esta costa, donde con ellos ha hecho de Tarento una segunda Lacedemonia. Por otra parte, Filoctetes, que ganó en el sitio de Troya tanta reputación con las flechas de Hércules, ha levantado no lejos de aquí los muros de Petilia, menos poderosa, pero, mejor - gobernada que Tarento. Finalmente tenemos a poca distancia la ciudad, de Metaponto, fundada por el sabio Néstor con sus Pilios.

¡Cómo, replicó Mentor, tenéis a Néstor en la Hesperia, Y no habéis sabido interesarle en vuestra defensa, el gran Néstor, que tantas veces os vio pelear en el sitio de Troya, y que con vos tenía tan estrecha amistad! La he perdido, respondió Idomeneo, por el artificio de esos pueblos, que no tienen de bárbaro mas que el nombre: tan sagaces son que han logrado persuadirle que yo proyectaba tiranizar la Hesperia.

Nosotros le desengañaremos, dijo Mentor. Telémaco le vio en Pilos antes que viniese a fundar esta colonia, y antes que emprendiésemos nuestros largos viajes para buscar a Ulises; y no creo que haya olvidado a este héroe, ni las demostraciones de cariño que hizo a su hijo. Pero lo que importa es desvanecer sus sospechas: y pues las que habéis hecho concebir a todos han encendido la guerra, disipándolas podremos apagarla. Vuelvo a deciros que los dejéis a mi cuidado.

Al oír esto, Idomeneo, abrazando a Mentor, se enternecía, y no podía hablar. Por fin pronunció estas pocas palabras: ¡Oh sabio anciano, enviado por los dioses para enmendar mis desaciertos! confieso que me hubiera irritado contra cualquier otro que me hablara con tanta libertad, y también confieso que sólo vos pudierais reducirme a pedir la paz. Resuelto estaba a morir o vencer; pero la razón exige que prefiera vuestros sabios consejos a mi pasión. ¡Feliz de vos, Telémaco, que no podréis con semejante guía desviaros como yo de la senda de la justicia! Mentor, vos sois el árbitro, en vos está toda la sabiduría de los dioses; la misma Minerva no daría más saludables consejos. Id, prometed, estipulad,

dad todo lo mío; Idomeneo aprobará cuanto juzguéis oportuno hacer.

Mientras así razonaban, oyóse de improviso el confuso crujir de los carros, el relinchar de los caballos, la espantosa gritería de los soldados, y el ronco son de las trompas que llenabas el aire de belicoso estruendo. Ahí están los enemigos, gritan, que por medio de un rodeo han evitado los pasos guardados! Ya vienen sitiar a Salento! Consternados los ancianos y las mujeres, exclamaban: ¡Infelices de nosotros, que dejamos nuestra cara patria, la fértil Creta, y seguimos a un desgraciado rey atravesando los mares para fundar una ciudad que, cual otra Troya, se convertirá en cenizas. Desde las murallas nuevamente construidas se veían en la vasta campaña los cascos, las corazas y broqueles de los enemigos que brillaban al sol, ofuscando la vista. Veíanse también las picas levantadas que cubrían la tierra, así como en el estío la cubre una abundante cosecha con que en los campos de Enna en Sicilia recompensa Ceres las fatigas del labrador. Por último se descubrían los carros armados de cortantes hoces, y se distinguían fácilmente cada uno de los pueblos que concurrían a esta guerra.

Para reconocerlos mejor sube Mentor a una alta torre, y le siguen Idomeneo y Telémaco. Apenas llega, cuando descubre a un lado a Filoctetes, y a otro a Néstor, con su hijo Pisístrato. Fácil era conocer a Néstor por su venerable ancianidad. ¡Qué es lo que veo! exclamó Mentor: vos, Idomeneo, habíais creído que Filoctetes y Néstor se contentaban con no ayudaros; mas vedlos allí que han tomado contra vos las armas, y si no me engaño, esas otras tropas que marchan tan despacio y en tan buen orden, son tropas lacedemonias, mandadas por Falanto. Todos están contra vos, no hay ningún pueblo en toda la costa de quien sin querer no os hayáis hecho un enemigo.

Diciendo esto, desciende presurosamente, y se dirige a la puerta de la ciudad, hacia donde avanzaba el enemigo: mándasela abrir; y queda tan absorto Idomeneo de la majestad con que obra, que ni aun se atreve a preguntarle el fin que se propone. Hace Mentor seña de que nadie piense en seguirle. Acércase a los enemigos, sorprendidos al ver un hombre solo que se les presenta. Enséñales desde lejos un ramo de olivo en señal de paz; y cuando llegó a distancia que pudiesen oírle, les pidió que juntasen

todos los cabos del ejército. Juntáronse todos luego, y les habló en estos términos:

Generosos varones, reunidos de tantas naciones como florecen en la rica Hesperia, ya sé que sólo vinisteis aquí por el interés común de la libertad. Alabe tan digno celo; mas permitidme que os haga presente un medio fácil de conservarla con gloria de vuestros pueblos sin derramar sangre humana. Néstor, sabio Néstor, a quien veo en esa asamblea, no ignoráis cuan funesta es la guerra a los mismos que la emprenden con justicia y bajo la protección de los dioses; la guerra es el mayor mal con que afligen a los hombres. Jamás podréis olvidar lo que por espacio de diez años sufrieron los Griegos ante la infeliz Troya. ¡Que divisiones entre los capitanes! que caprichos de la fortuna! que destrozo de Griegos por mano de Héctor! que desgracias no causó la guerra en las ciudades mas opulentas durante la larga ausencia de sus reyes! A su vuelta naufragaron unos en el promontorio de Cafarea, y otros encontraron una lastimosa muerte en el seno de sus mismas esposas. ¡O dioses, en vuestro enojo fue cuando armasteis a las Griegos para aquella famosa expedición! Pueblos de la Hesperia, ruego a los dioses no os concedan jamás tan funesta victoria. Yace

Troya en cenizas, verdad es; pero mejor les fuera a los que a tanta costa la incendiaron que se conservase en todo su esplendor, y que el afeminado París gozase con Elena de sus infames amores. Filoctetes, por tanto tiempo infeliz y abandonado en la isla de Lemnos, ¿no teméis que en semejante guerra os sucedan desgracias semejantes? No ignoro que los pueblos de la Laconia padecieron también los disturbios originados por la dilatada ausencia de sus príncipes, capitanes y soldados. ¡O Griegos, que vinisteis a Hesperia, todos vinisteis únicamente de resultas de las desgracias que causó la guerra de Troya!

Después de haber discurrido así, se adelantó hacia los Pilienses; y Néstor, que ya le había conocido, vino a su encuentro para saludarle, y le dijo: Vuelvo a veros con gusto, sabio Mentor. Muchos años hace que os vi por primera vez en la Focida, cuando sólo teníais quince años, y desde entonces preví serías lanzado como habéis llegado a serlo. Pero, ¿que casualidad os ha conducido aquí? ¿Cuáles son los medios que tenéis de terminar esta guerra? Idomeneo nos ha precisado a acometerle. No desearíamos mas que la paz; cada cual de nosotros tenía en apetecerla un interés urgente: pero con él no podíamos ya te-

ner ninguna seguridad. Ha violado cuantas promesas ha hecho a sus más inmediatos vecinos, y debemos recelar que ahora sólo desee la paz para desunir y desarmar la liga que es nuestra única defensa. Ha manifestado a los demás pueblos el designio ambicioso de reducirlos a la servidumbre, y no nos ha dejado otro medio de conservar la libertad que procurando destruir su nuevo reino. Su mala fe nos ha puesto en el compromiso de aniquilarle, o de sufrir el yugo de la esclavitud con que nos amenaza. Si encontráis algún recurso para que sea posible fiarse de él, y asegurar una buena paz, todos los pueblos que aquí veis depondrán gustosos las armas, y todos confesaremos con júbilo que nos aventajáis en sabiduría.

Mentor le respondió: Ya sabéis que Ulises no a mi cuidado a su hijo Telémaco. Impaciente este joven por averiguar la suerte de su padre, pasó a veros a Pilos, donde le recibisteis con toda la consideración que podía esperar de un fiel amigo de su padre, dándole a vuestro propio hijo para que le acompañase. Desde entonces hizo largos viajes por mar: ha estado en Sicilia, en Egipto, en la isla de Chipre y en la de Creta; y ahora que creía volver a su patria, le han arrojado los vientos, o, por decirlo mejor, los

dioses, a esta costa. Llegamos aquí muy a propósito para evitaros los horrores de una guerra cruel. Ya no es Idomeneo, sino el hijo del prudente Ulises, sino yo mismo que os respondo de cuanto se os prometa.

Estaban Idomeneo y Telémaco con el ejército Cretense viendo desde los muros de Salento como Mentor en medio de las tropas confederadas hablaba con el venerable Néstor, y desde allí procuraban percibir a lo menos de que modo eran recibidas las ofertas de su mediador, ya que no podían, como deseaban, oír los discursos de dos tan sabios ancianos. Néstor fuera siempre tenido por el más experimentado y elocuente de los reyes de Grecia. Él era quien en el sitio de Troya templaba la fogosa saña de Aquiles, el orgullo de Agamenon, la fiereza de Ayax, y el impetuoso valor de Diomedes. Corría de sus labios cual arroyo de miel la dulce persuasión: sola su voz era oída de todos aquellos héroes; sólo él merecía que cuando hablaba, guardasen silencio; y él por fin era el único que sabía ahuyentar del campo la feroz discordia. Y sin embargo de que ya empezaba a sentir las injurias de la fría senectud, todavía eran sus palabras llenas de dulzura y energía: contaba las cosas pasadas para instruir con su experiencia

a los jóvenes; y aunque con alguna lentitud, lo hacía con suma gracia.

Pero este mismo anciano, tan admirado de la Grecia entera, pareció haber perdido toda su elocuencia y toda su majestad desde que Mentor se dejó ver a su lado. Su ancianidad era lánguida y abatida comparada con la de éste, en quien los años respetaran la fuerza y el vigor del temperamento. Las palabras del uno, aunque graves y sencillas, tenían un vigor y autoridad que empezaba a echarse menos en las del otro. Sus discursos eran breves, precisos y nerviosos. Nunca repetía lo que había dicho, y nunca hablaba sino de lo necesario para el negocio de que se trataba. Si alguna vez se hallaba precisado a volver al mismo asunto para inculcarle, o para llegar a persuadir, hacíalo siempre con cierta novedad, valiéndose de comparaciones sensibles. Tenía un no se qué de complaciente y festivo cuando quería acomodarse a los alcances de los demás e insinuarles alguna verdad. Estos dos hombres tan venerables fueron un interesante espectáculo para todos aquellos pueblos reunidos.

Mientras todos los aliados enemigos de Salento se echaban unos sobre otros por verlos más de cerca, procurar oír sus sabios discursos, Idomeneo y

todos los suyos se esforzaban en descubrir, con sus miradas solícitas y ansiosas, el significado de su ademán y gesto.

LIBRO ONCE

SUMARIO

VIENDO Telémaco a Mentor en el campo de los aliados, quiere saber lo que entre ellos pasa. Se hace abrir las puertas de Salento, vase a juntar con él, y su presencia contribuye a que se acepten las condiciones de paz que aquel les había propuesto en nombre de Idomeneo. Entran los reyes como amigos en Salento. Acepta Idomeneo cuanto ha sido convenido. Se dan recíprocos rehenes, y hacen sacrificios en común entre la ciudad y el campo, en confirmación de la alianza.

Impaciente Telémaco, se separa de la multitud que le rodea; corre hacia la puerta por donde Mentor había salido, y manda con autoridad que se la abran. Luego, Idomeneo, que creía tenerle a su lado, se queda admirado viéndole que corre por en medio

del campo, y que ya esta cerca de Néstor. Este, conociéndole, se adelanta a recibirle, acelerando lo posible sus pesados y lentos pasos. Arrójase Telémaco hacia él, y le estrecha en sus brazos sin hablar. Por fin exclama: ¡Padre mío! no dudo llamaros así, porque la desgracia de no hallar al que verdaderamente lo es, y las bondades con que me habéis favorecido, me autorizan a servirme de tu cariñoso nombre: ¡padre mío, padre mío querido, vuelvo a veros! ¡así volviera a ver a Ulises! Si alguna cosa podía consolarme de haberle perdido, sería el encontrar en vos a otro él mismo.

No pudo Néstor, al oír tales palabras contener sus lágrimas, y sintió un gozo interior, viendo las que corrían con maravillosa gracia por las mejillas de Telémaco. La hermosura, la estabilidad y la noble confianza con que este desconocido joven atravesaba a la precaución por medio de tantas tropas enemigas, llenó de sorpresa a todos los confederados. Será, decían, el hijo de este anciano que ha venido a hablar a Néstor sin duda, será la misma sabiduría en las dos más opuestas edades de la vida. En el uno sólo florece ahora, y en el otro rinde con abundancia los más sazonados frutos.

Mentor, que viera con gusto el cariño con que Néstor acababa de recibir a Telémaco, se aprovechó de tan feliz disposición para decirle: Ved ahí al hijo de Ulises tan querido de toda la Grecia, y tan amado de vos mismo, ¡o sabio Néstor! Ahí le tenéis, os le entrego en rehenes, y como la prenda más segura que se os puede dar de la fidelidad de las promesas de Idomeneo. Bien conocéis que no querría yo que a la pérdida del padre se siguiese la del hijo, ni que la desgraciada Penélope reconviniese justamente a Mentor por haber sacrificado su hijo a la ambición del nuevo rey de Salento. Con esta prenda, que por sí mismo se os ha venido a ofrecer, y que os envían los dioses amantes de la paz, empiezo, o pueblos reunidos de tantas naciones, a haceros proposiciones para establecer, una paz sólida y permanente.

Al nombre de paz, se oyó un confuso rumor de disgusto que se propagó de fila en fila. Todas aquellas varias naciones ardían en ira, y miraban como perdido el tiempo en que se difería el combate, sospechando que estas pláticas no tenían otro objeto que aplacar su furor y quitarles su presa. Particularmente los Mandurienses se irritaban mas y más de que con aquel pretexto esperase Idomeneo volver a engañarlos; y para evitarlo, quisieron más de una

vez interrumpir a Mentor, temiendo que con la sabiduría de sus discursos persuadiese a sus aliados a que se separasen de ellos. Ya empezaban a desconfiar de todos los Griegos que estaban en la asamblea. Conociéndolo Mentor procuró avivar esta desconfianza, para sembrar la división en los ánimos de todos aquellos pueblos.

Confieso, dijo, que los Mandurienses tienen motivos para quejarse y pedir satisfacción de los daños que se les han causado; pero tampoco es justo que los Griegos que han venido a establecer aquí sus colonias sean sospechosos y odiosos a las antiguas naciones del país. Antes por el contrario deben, uniéndose; hacerse respetar de ellas: es menester solamente que sean moderados, y que se abstengan de usurpar las tierras de sus vecinos. Sé que Idomeneo ha tenido la desgracia de hacérseos sospechoso; pero es muy fácil desvanecer vuestras desconfianzas. Aquí nos tenéis a Telémaco y a mí que, en prueba de su buena fe, nos ofrecemos a permanecer en vuestro poder, interín que fielmente se cumpla cuanto en su nombre se os prometa. Lo que os irrita, o Mandurienses, exclamó, es que las tropas Cretenses hayan ocupado por sorpresa los desfiladeros de vuestras montañas, hallándose por este medio,

en estado de entrar a vuestro pesar cuantas veces quieran en el país a que os retirasteis para dejarles el terreno llano que está a orillas del mar. Estos pasos, que los Cretenses han fortificado con altas torres guarnecidas de tropas, son pues el verdadero motivo de la guerra. Respondedme, ¿hay algún otro aún?

Acercóse entonces el jefe de los Mandurienses, y habló así: ¡Cuánto no hemos hecho por evitar esta guerra! Los dioses nos son testigos de que no hemos renunciado a la paz sino cuando la paz se perdió sin recurso por la desordenada ambición de los Cretenses, y por la imposibilidad en que nos pusieron de fiarnos de sus juramentos. ¡Nación insensata! que nos ha reducido, a pesar nuestro, a la horrorosa necesidad de tomar contra ella un partido desesperado, y de no poder ya buscar nuestra seguridad sino en su destrucción! Mientras sean dueños del paso de las montañas, ¡viremos con la desconfianza de que aspiraran a usurpar nuestras tierras y reducirnos a la esclavitud. Si no deseasen mas que vivir en paz con sus vecinos, se contentarían con lo que voluntariamente les cedimos, y no pondrían tanto empeño en conservar las entradas en un país contra el cual no formarían ningún designio ambicioso. Pero, ¡o sabio anciano! vos no los conocéis.

Una gran desgracia fue que nosotros llegásemos a conocerlos. No os empeñéis, hombre favorecido de los dioses, en retardar una guerra justa y necesaria, sin la cual jamás podrá la Hesperia esperar una paz constante.

O nación ingrata, falsa y cruel, enviada aquí por los dioses irritados para alterar la paz que disfrutábamos, y castigar nuestras culpas! Mas, después de habernos castigado, o dioses, nos vengaréis: no seréis menos justos contra nuestros enemigos que contra nosotros.

A toda la asamblea conmovió este discurso: no parecía sino que Marte y Belona iban excitando de fila en fila el furor bélico que Mentor trataba de aplacar. Habló de nuevo en estos términos:

Si no tuviese otra cosa que ofreceros sino promesas, estaba bien que desconfiaseis de ellas: pero lo que os ofrezco son cosas reales y presentes. Si no os basta tenernos a Telémaco y a mí en rehenes, haré que se os entreguen doce de los más nobles y valerosos Cretenses. Pero la razón exige que vosotros por vuestra parte deis también a Idomeneo las correspondientes seguridades; porque Idomeneo, que desea sinceramente la paz, la desea sin miedo y sin bajeza. Desea la paz, como vosotros decís que la

habéis deseado, por prudencia y moderación, y no por apegó a una vida muelle, o por flaqueza al ver los peligros con que la guerra amenaza a los hombres. Idomeneo está dispuesto a morir o vencer; pero antepone la paz a la más completa victoria. Se avergonzaría de temer ser vencido; pero teme ser injusto, y no se avergüenza de reconocer sus yerros y procurar repararlos. Con las armas en la mano, os ofrece la paz: no trata de imponeros las condiciones altaneramente, porque no aprecia una paz forzada. Quiérela sí de modo que a todos satisfaga, que ponga fin a los recelos, destierre todo resentimiento, y quite todo motivo de desconfianza. En una palabra, las intenciones de Idomeneo son las que vosotros mismos desearíais que fuesen. No será difícil convenceros de ello, si me queréis oír con calma y sin preocupación.

Escuchadme, pues, naciones valerosas, y vosotros, caudillos tan sabios y tan estrechamente unidos, oíd lo que en nombre de Idomeneo os ofrezco. No es justo que él pueda entrar en las tierras de sus vecinos; no lo es tampoco que estos puedan entrar en las suyas. Para evitarlo, desde luego consiente en que los pasos que se han fortificado con altas torres sean guardados por tropas neutrales. Vosotros,

Néstor y Filoctetes, aunque Griegos de origen, no podéis ser sospechosos de inclinados a Idomeneo; declarándoos contra él haber dado la mayor prueba de que sólo os mueve el interés como de la paz y de la libertad de la Hesperia. Sed vosotros mismos los depositarios y custodios de esos pasos que promueven la guerra. No tenéis menos interés en evitar que las antiguas naciones de la Hesperia destruyan a Salento, nueva colonia de los Griegos igual a las que habéis fundado, que en impedir el que Idomeneo usurpe los estados de sus vecinos. Mantened el equilibrio entre unos y otros; y en lugar de llevar el hierro y el fuego en una nación que debéis amar, reservaos la gloria de ser los jueces y medianeros. Acaso diréis que estas condiciones os parecerían magníficas si pudieseis tener la certeza de que Idomeneo cumpliría con ellas de buena fe; mas voy a satisfaceros.

Para recíproca seguridad hasta que se hayan depositado en vuestras manos los pasos fortificados, habrá los rehenes de que os hablé. Cuando esté así a vuestra merced la salud de toda la Hesperia, la de la misma Salento y de Idomeneo, ¿estaréis satisfechos? ¿De quién podréis desconfiar de allí adelante? ¿Será de vosotros mismos? No os atrevéis a fiaros de

Idomeneo, y es Idomeneo tan incapaz de engañaros, que no duda fiarse de vosotros. Sí, quiere confiaros la tranquilidad, la vida y la libertad de todo su pueblo, y aun la suya propia. Si es cierto que sólo os mueve el deseo de una paz justa, ya se os ofrece, y tal, que no os deja pretexto para desentenderos. Y vuelvo a repetirlo, no creáis sea el miedo que reduce a Idomeneo a haceros estas proposiciones; la prudencia y la justicia son las que le mueven a tomar este partido, cuidando poco de si atribuiréis a flaqueza lo que es efecto de virtud. Conoce que en los principios cometió yerros, y ahora pone su gloria en reconocerlo, anticipándose a haceros las ofertas que os hace; porque está bien convencido de que el querer ocultar y sostener con tesón y orgullo, sus yerros, es debilidad, vanidad, es grosera ignorancia, de sus propios intereses. El que confiesa sus yerros ii su enemigo, y te ofrece, repararlos, en eso mismo prueba que es incapaz de incurrir en otros, y que, el enemigo tiene mucho que temer de quien manifiesta una conducta tan sabia y virtuosa, a no ser que acepte la paz. Guardaos de dar lugar a que esté el tuerto de vuestra parte. Si rehusáis admitir la paz y la justicia que se os presentan, la justicia y la paz serán vengadas; y el que debía temer hallar irritados

contra sí a los dioses, los pondrá para sí contra vosotros. Telémaco y yo defenderemos la buena causa; y pongo por testigos a los dioses del cielo y de los infiernos de las proposiciones que acabo de haceros.

Al acabar de decir estas palabras, levantó el brazo para mostrar a tantos pueblos el ramo de oliva que era en su mano la señal de la paz. Los cabos que le miraban de cerca quedaron pasmados y deslumbrados del fuego divino que brillaba en sus ojos. Pareció con una majestad y grandeza superior a cuanto se ve en los más grandes de entre los mortales. Arrebataba los corazones el encanto de sus palabras insinuantes y enérgicas; eran semejantes a aquellas palabras, encantadas que en el profundo silencio de la noche, suspenden repentinamente el curso de la luna y de las estrellas calman el mar irritado, amansan los vientos, y las olas, y detienen la corriente de los más rápidos ríos.

Estaba Mentor, en medio de aquellos enfurecidos pueblos, como Baco rodeado de tigres que, depuesta su ferocidad, venían al encanto de su dulce voz a lamerle los pies, sometiéndosele con halagos. Al principio todo el ejército guardó profundo silencio, y sus jefes se miraban unos a otros, sin tener

que oponer a este hombre, ni comprender quien fuese: inmóviles las tropas, tenían fijos en él los ojos. Nadie se atrevía, a hablar, temiendo impedir que se le oyese si aun, tenía algo que decir; y aunque todos conocían que nada se podía añadir a lo que había dicho, desearan que hablara por más tiempo. Cuanto había dicho, quedaba como grabado en todos los corazones. Hablando, se atraía el amor y el asenso de los que le oían; y todos estaban ansiosos y como suspensos para no perder ni aun la más mínima palabra que saliese de su boca.

Por último, después de un silencio bastante largo, se oyó un sordo rumor que fue extendiéndose, poco a poco. No era ya aquel ruido de los pueblos que se estremecen en su indignación; era por el contrario un susurro suave y favorable. Descubríase en los semblantes cierta serenidad y sosiego; hasta los irritados Mandurienses sentían caérseles las armas de las manos. El feroz Falanto con sus Lacedemonios se admiraron al sentir su corazón conmovido, y los demás empezaron a suspirar por esa paz feliz que se les acababa de ofrecer. Filoctetes, más sensible que ningún otro, por la experiencia de sus pasadas desgracias, no pudo contener las lágrimas; Néstor, no siéndole posible hablar por la emoción que le causó

el discurso de Mentor, abrióle tiernamente, y todas las naciones a la vez, cual si esto hubiese sido una señal, exclamaron alborozadas: ¡O sabio anciano tú nos desarmas! ¡La paz, la paz!

Un momento después, quiso Néstor empezar un discurso; pero impacientes todas las tropas, y temiendo quisiese oponer alguna dificultad, volvieron a clamar:

¡La paz! la paz! No fue posible imponerles silencio hasta que todos los jefes del ejército hubieron clamado con ellas: ¡La paz! ¡la paz!

Conociendo Néstor que no le era posible hacer un discurso seguido, se contentó con decir: Ya veis, o Mentor, cuanto poder tiene la palabra de un hombre de bien. Cuando hablan la virtud y la prudencia, amansan todas las pasiones. Nuestros justos resentimientos se trocan en amistad y en deseo de una paz sólida. Nosotros aceptamos la que nos ofrecéis. Al mismo tiempo alzaron la mano todos los jefes en señal de aprobación.

Corre Mentor hacia la puerta de Salento para hacerla abrir, y mandar decir a Idomeneo que salga de la ciudad sin precaución. Entre tanto abrazaba Néstor a Telémaco, diciendo: ¡O amable hijo del más sabio de todos los Griegos! ¡plegue a los dioses

que seáis tan sabio y más feliz que él! ¿No habéis descubierto nada acerca de su destino? La memoria de vuestro padre, a quien tanto os asemejáis, ha contribuido a sufocar nuestra indignación.

Falanto, aunque duro y selvático, y a pesar de que no había visto jamás a Ulises, no pudo ser insensible a sus desgracias ni a las de su hijo. Ya se le instaba a que refiriese sus aventuras, cuando volvió Mentor con Idomeneo, a quien seguía toda la juventud cretense.

Al verle se volvió a encender el enojo de los aliados; pero las palabras de Mentor extinguieron este fuego pronto a estallar. ¿Qué tardamos, les dijo, en concluir esta santa alianza, de la cual serán los dioses testigos y defensores? ¡Vénguenla si jamás algún impío se atreve a violarla, caigan sobre la cabeza perjura y execrable del ambicioso que hollarle los derechos sagrados de esta alianza los horribles males de la guerra, lejos de oprimir a los pueblos fieles e inocentes; sea abominado de los dioses y de los hombres; no goce jamás del fruto de su perfidia; vengan a excitar su rabia y desesperación las furias infernales, bajo las más asquerosas figuras; muera sin esperanza alguna de sepultura; sirva su cadáver de pasto a los perros y a los buitres; véase en los in-

fiernos, sumido en los más profundos abismos del Tártaro, atormentado para siempre mas cruelmente que Tántalo, Ixion y las Danaides! ¡Mas antes bien, esta paz sea inalterable como las rocas de Atlas que sostienen el cielo; respétenla todos los pueblos, y gocen sus frutos de generación en generación; sean oídos con amor y veneración de nuestra última descendencia los nombres de los que la juraran; y esta paz, establecida según las leyes de la justicia y de la buena fe, sirva de modelo a todas las naciones del mundo, y que todos los pueblos que quieran hacerse felices reuniéndose, imiten a los pueblos de la Hesperia!

Dichas estas palabras juraron la paz bajo las condiciones ajustadas Idomeneo y los otros reyes. Diéronse mutuamente doce rehenes. Telémaco quiere ser del número de los que da Idomeneo; pero no pueden consentir que lo sea también Mentor, porque quieren los aliados permanezca al lado de Idomeneo para que responda de su conducta y de la de sus consejeros, hasta la total ejecución de lo pactado. Inmoláronse, entre la ciudad y el ejército, cien terneras blancas como la nieve, y cien toros del mismo color, con las astas doradas y guarnecidas de flores. Oíase resonar hasta en los montes vecinos el

espantoso mugido de las víctimas que caían al golpe del sagrado cuchillo; por todas partes humeaba la sangre, y para las libaciones, corría en abundancia el más exquisito vino. Consultaban los arúspices las entrañas aún palpitantes, mientras los sacrificadores quemaban en las aras un incienso que formaba una densa nube y cuya fragancia perfumaba toda la campiña.

Mientras tanto, no mirándose ya los soldados de ambos partidos como enemigos, empezaban a contarse sus aventuras, descansando así de sus fatigas, y gustando anticipadamente las delicias de la paz. Muchos de los que acompañaron a Idomeneo al sitio de Troya reconocían los que con Néstor sirvieron en la misma guerra. Abrazábanse tiernamente, y se contaban lo que les había sucedido después que arruinaron aquella opulenta ciudad, que era el ornamento de toda el Asia. Ya se tendían por la blanda yerba, se coronaban de flores y bebían juntos el vino que en abundancia se les traía de Salento para que celebrasen tan feliz jornada.

Repentinamente dice Mentor a los reyes y capitanes reunidos: De hoy en adelante, bajo diversos nombres y caudillos no compondréis mas que un solo pueblo. Así es como los justos dioses, amantes

de los hombres, sus criaturas, quieren ser el vínculo eterno de su perfecta unión. Todo el género humano no es mas que una sola familia dispersa sobre la faz de la tierra. Todos los pueblos son hermanos, y como tales deben amarse. ¡Ay de los impíos que buscan una gloria cruel en la sangre de sus hermanos, que es su propia sangre!

Necesaria es la guerra algunas veces, no hay duda; pero es un oprobio del género humano que sea inevitable en ciertas ocasiones. ¡O reyes! no digáis que debe desearse para adquirir gloria; porque ésta, si es verdadera, no puede hallarse fuera de la humanidad! El que prefiera la suya a los sentimientos de humanidad, es un monstruo de orgullo, y no un hombre. No alcanzará jamás sino una falsa gloria; pues la verdadera no se halla sino en la moderación y la bondad. Podrán lisonjearle para satisfacer su loca vanidad; sin embargo, cuando hablen de él en secreto, y quieran hacerlo con sinceridad, dirán: Tan indigno es de la gloria cuanto la ha deseado injustamente. No merece la estimación de los hombres, pues los ha estimado, tan poco, y ha prodigado su sangre por una vanidad brutal. Feliz el monarca que ama a sus vasallos y es amado de ellos; que se fía de sus vecinos e inspira a estos confianza; que en vez

de hostilizarles impide se hostilicen, y que hace envidien todas las naciones extranjeras la fortuna que gozan sus vasallos en tenerle por rey.

Pensad en reuniros de tiempo en tiempo, vosotros que gobernáis las poderosas ciudades de Hesperia. Celebrad de tres en tres años un congreso general, en donde, reunidos cuantos reyes os halláis presentes, sea renovada la alianza con nuevo juramento para consolidar la amistad prometida y deliberar sobre los comunes intereses. Mientras viváis unidos tendréis dentro de este delicioso país la paz, la gloria y la abundancia y fuera seréis invencibles; porque únicamente la discordia, escapada del infierno para atormentar a los hombres, podrá turbar la dicha que os preparan los dioses.

Néstor le respondió: La facilidad con que aceptamos la paz, debe convenceros de cuan distantes nos hallamos de apetecer la guerra por vanagloria o injusta codicia de engrandecernos en perjuicio de nuestros vecinos. Mas ¿qué puede hacerse viviendo cerca de un príncipe violento que no conoce otra ley que su interés, y que no desperdicia ocasión alguna para invadir los demás estados? No penséis que hablo de Idomeneo: no, no pienso ya así de él; hablo de Adrasto, rey de los Daunios, que a todos nos

inspira temor. Desprecia a los dioses, y juzga que todos los hombres que existen sobre la tierra han nacido sólo para servir a su gloria con su esclavitud. No quiere súbditos para ser su rey y su padre, sólo quiere esclavos y adoradores, y se hace tributar homenajes propios de la divinidad. La ciega fortuna ha protegido hasta el día sus más injustas empresas. Nos apresuramos a atacar a Salento para deshacernos del enemigo mas débil que comenzaba no mas a establecerse en esta costa, a fin de dirigir en seguida nuestras armas contra el mas poderoso, que ha ocupado ya varias ciudades de nuestros aliados, y vencido en algunas batallas a los de Crotona. Se sirve de todos los medios para satisfacer su ambición: la violencia y el artificio, todo le es igual con tal que destruya a sus enemigos. Ha logrado acumular grandes tesoros; están disciplinadas y aguerridas sus tropas; son experimentados sus capitanes; le sirven todos bien; y vela por sí mismo sin cesar sobre todos los que obran en virtud de sus órdenes: castiga severo las menores faltas, y recompensa con liberalidad los servicios que se le hacen. Su valor ayuda y alienta el de sus tropas, sería un rey cumplido si la justicia y la buena fe sirviesen de regla a su conducta; mas no teme a los dioses, ni teme los repro-

ches de su conciencia. No hace caso de la reputación, mirándola cual un vano fantasma que sólo debe contener a las almas débiles. Sólo considera como bienes sólidos y reales poseer grandes riquezas, inspirar temor, y hollar a todo el género humano. En breve se presentará su ejército en nuestros dominios, y si la unión de tantos pueblos no nos pone en estado de resistirle, desaparecerá toda esperanza de libertad. Interesa a Idomeneo tanto como a nosotros oponerse a un rey que no puede tolerar viva independiente ningún pueblo vecino; porque si fuésemos vencidos, amenazaría igual desgracia a Salento: apresurémonos pues todos juntos a prevenirle.

Hablando así Néstor, se iban acercando a la ciudad, pues había rogado Idomeneo a los reyes y caudillos principales entrasen en ella para pasar aquella noche.

LIBRO DOCE

SUMARIO

NÉSTOR, en nombre de los aliados, pide auxilio a Idomeneo contra los Daunios sus enemigos. Mentor, que quiere civilizar la ciudad de Salento, procura que se contenten con Telémaco, a la cabeza de cien nobles Cretenses. Salido Telémaco, hace Mentor revista exacta en la ciudad y el puerto, toma informe de todo, hace que Idomeneo promulgue nuevos reglamentos, para el comercio y la policía, y que separe el pueblo en siete clases, cuyo rango y nacimiento se distingan por la diversidad de trajes, le hace suprimir el lujo y los artes inútiles, para que los artesanos se dediquen a la labranza, la cual pone en honra.

El ejército confederado armaba las tiendas, y estaba cubierta la campiña de ricos pabellones de toda

clase de colores, donde estaban aguardando el sueño los fatigados Hesperios. Cuando entraron los reyes en la ciudad con su comitiva, se admiraron de que en tan corto tiempo se hubieran podido levantar tantos edificios magníficos, y de que los cuidados de una tan grande guerra no hubiese impedido se embelleciese y creciese de repente aquella ciudad naciente.

Excitó su admiración la sabiduría y vigilancia de Idomeneo, que había fundado tan bello reino, y de ello deducían todos que, ajustada la paz con él, serían muy poderosos los aliados si entrase en la liga contra los Daunios. Propusieron a Idomeneo entrar en ella; no pudo desechar tan justa proposición, y ofreció tropas. Pero como no ignoraba Mentor cosa alguna de las que son necesarias para que florezca un estado, comprendió no podían ser las fuerzas de Idomeneo tan grandes como parecían, apartóse con él y le dijo a solas:

Ya veis no os han sido inútiles mis cuidados. Salento está libre de las desgracias que la amenazaban. En vuestras manos está el poder elevar su gloria hasta los cielos, e igualar en el gobierno de vuestro pueblo la sabiduría de Minos vuestro abuelo. Seguiré hablándoos con libertad, pues supongo lo queréis

así, y que dejes la lisonja. Mientras que estos reyes ensalzaban vuestra magnificencia, yo pensaba en mí mismo en la temeridad de vuestra conducta.

Al oír Idomeneo la palabra temeridad, mudó de semblante, se le turbó la vista, sonrojóse, y por poco interrumpía a Mentor manifestándole su resentimiento. Mas este le dijo con tono modesto y respetuoso, pero franco y atrevido. Bien conozco que la palabra temeridad os causa extrañeza; otro que yo hubiera hecho mal en servirse de ella, porque es preciso respetar a los reyes y atender a su delicadeza aun cuando se les reprende. La verdad por sí misma los hiere bastantemente, sin añadir a ella palabras fuertes; pero he creído toleraríais que os hablase sin contemplación para haceros conocer vuestro error. Mi objeto ha sido habituaros a oír dar a las cosas su verdadero nombre, y a comprender que cuando los demás os den consejos acerca de vuestra conducta, jamás se atreverán a deciros lo que pensaren. Si queréis no ser engañado, será menester que comprendáis siempre más de lo que os digan sobre aquello que no os sea ventajoso. En cuanto a mí estoy pronto a templar las palabras según vuestra necesidad; pero os es útil que un hombre sin interés ni consecuencia os hable con dureza en secreto. Nin-

gún otro se atreverá a ello; y envuelta en bellos disfraces la verdad no la veréis sino a medias.

Al oír estas palabras, Idomeneo, ya vuelto en sí de su primer impulso, se avergonzó de su nimiedad. Ya veis, dijo a Mentor, lo que puede la costumbre de ser adulado. Os debo la salud de mi nuevo reino, y no hay verdad alguna que no me complazca en oír de vuestra boca, pero compadeceos de un rey emponzoñado por la lisonja, y que ni aun en la desgracia ha podido encontrar hombres generosos que le digan la verdad. No jamás encontré quien me amase lo bastante para querer desagradarme diciéndome la verdad desnuda.

Al decir estas palabras, brotaron las lágrimas en sus ojos y abrazó afectuosamente a Mentor. Entonces el sabio anciano le dijo: Me veo obligado con dolor a deciros cosas duras; mas ¿puedo engañaros ocultándoos la verdad? Poneos en mi lugar. Si fuisteis engañado hasta ahora, es porque habéis querido serlo, es porque temisteis a los consejeros demasiado sinceros. ¿Habéis buscado acaso a los hombres más desinteresados y más aptos para contradeciros? ¿Cuidasteis de oír a los menos solícitos de agradaros, a los más imparciales en su conducta, a los más capaces en fin de condenar vuestras pasiones e in-

justos sentimientos? Cuando hallasteis al lisonjero, ¿le habéis huido? ¿habéis desconfiado de él? No, no: sin duda no habéis hecho lo que aquellos que aman la verdad y son dignos de conocerla. Veamos ahora qué haréis al veros humillado por la verdad que os condena.

Decía pues que lo que tanto elogian en vos sólo merece ser vituperado; porque, mientras teníais tantos enemigos exteriores que amenazaban vuestro reino, apenas empezado a fundar, sólo os ocupabais de lo interior de la nueva ciudad elevando edificios magníficos. Esto es lo que os ha costado tantas vigilias como habéis confesado vos mismo. Habéis agotado vuestras riquezas sin cuidar del aumento de la población y cultivo de las tierras fértiles de esta costa. ¿No era preciso considerar como los fundamentos esenciales de vuestra pujanza el tener muchos hombres buenos, y tierras bien cultivadas para alimentarlos? Requeríase para ello una larga paz a los principios para favorecer la multiplicación de brazos: debíais ceñiros al fomento de la agricultura y establecimiento de sabias leyes; pero la ambición os ha arrastrado hasta el borde del precipicio, y esforzándoos para parecer grande, habéis arriesgado vuestra verdadera grandeza. Apresuraos a enmendar

los yerros; suspended todas esas grandes obras; renunciad al lujo que arruinará a esta nueva ciudad; dejad que respire la paz vuestro pueblo; dedicaos a proporcionar la abundancia para facilitar los matrimonios. Sabed que en tanto seréis rey, en cuanto tengáis pueblos que gobernar, y que vuestro poder debe medirse no por la extensión de las tierras que ocupéis, sino por el número de hombres que las habiten y estén obligados, a obedeceros. Poseed un país bueno aunque de mediana extensión: pobladlo con brazos innumerables, laboriosos e instruidos; procurad que os amen; y por tales medios seréis más poderoso, más feliz, y será mayor vuestra gloria que la de todos los conquistadores que asolan tantos reinos y provincias.

¿Qué haré pues con estos reyes? contestó Idomeneo, ¿les confesaré mi debilidad? Cierto es que he descuidado la agricultura, y aun el comercio tan fácil en esta costa, ocupado únicamente en edificar una ciudad opulenta. ¿Será preciso, mi querido Mentor, llenarme de oprobio haciendo ver mi imprudencia a tantos monarcas reunidos? Si es preciso, quiero hacerlo: lo haré sin dudar por mas que pueda serme sensible; porque me habéis hecho ver que el buen rey que se consagra al bien de sus pue-

blos, debe preferir la salud del reino a su propia fama.

Dignos son esos sentimientos de un monarca padre de su pueblo, replicó Mentor: en esa bondad, no en la magnificencia vana de Salento, reconozco en vuestro corazón el de un verdadero rey; mas preciso es atender a vuestro honor por el interés del reino. Dejadme obrar: yo haré entiendan estos monarcas que os halláis empeñado en restablecer a Ulises, si aun existe, o al menos a su hijo en el trono de Itaca, y que pretendéis arrojar por fuerza de aquella isla a los amantes de Penélope. Comprenderán sin dificultad que esta empresa exige tropas numerosas, y consentirán en que les deis un corto auxilio contra los Daunios.

Al oír Idomeneo estas palabras, se dejó ver como un hombre a quien se le alivia de un peso que le oprime. Salváis, caro amigo, mi honor y la reputación de esta ciudad naciente, cuya debilidad ocultaréis a todos mis vecinos, replicó Idomeneo. Pero ¿qué apariencia de verdad puede tener el decir que quiero enviar mis tropas a Itaca para restablecer en el trono a Ulises y a su hijo Telémaco, mientras que éste se compromete a ir con ellos a la guerra contra los Daunios?

Nada os inquiete, replicó Mentor: sólo diré lo que sea cierto. Los bajeles que enviéis para establecer vuestro comercio irán a las costas del Epiro, y harán dos cosas a un tiempo: llamar a las vuestras a los mercaderes extranjeros a quienes alejan de Salento excesivos impuestos, y procurar nuevas de Ulises. Si existe, no debe distar mucho de estos mares que separan la Grecia de la Italia, pues aseguran haberle visto en Feacia. Y aun cuando ninguna esperanza nos quedase de hallarle, harán vuestros bajeles a su hijo un señalado servicio, pues esparcirán en Itaca y en todos los países vecinos el terror del nombre del joven Telémaco, a quien creen muerto como a Ulises. Los amantes de Penélope se llenarán de sorpresa cuando sepan que puede regresar Telémaco sin dilación con el auxilio de un aliado poderoso; recibirá consuelo aquella, y se negará a elegir nuevo esposo; los de Itaca no se atreverán a sacudir el yugo de su actual dominación; y de esta manera os ocuparéis en beneficio de Telémaco, mientras lo esta él con los aliados en la guerra contra los Daunios.

¡Feliz el monarca que encuentra el auxilio de prudentes consejos! exclamó Idomeneo. El amigo sabio y leal presta mayores utilidades a un rey que los ejér-

citos victoriosos. ¡Pero más feliz todavía el que conoce su dicha, y sabe aprovecharse de ella haciendo uso de los consejos acertados! porque ocurre muchas veces que alejan de su confianza a los hombres sabios y virtuosos, cuyo mérito les inspira temor, para dar oídos a los lisonjeros cuya traición no temen. Yo cometí este error, y os referiré, todas las desgracias que he sufrido por un falso amigo que lisonjeaba mis pasiones con la esperanza de que protegiese las suyas.

Fácilmente persuadió Mentor a los reyes confederados debía cuidar Idomeneo de restablecer a Telémaco en Itaca, mientras que éste les acompañaba; y se contentaron con llevarle en su ejército a la cabeza de cien jóvenes Cretenses, que era la flor de la nobleza venida con este rey desde Creta. Habíalo aconsejado así Mentor a Idomeneo, diciéndole: Durante la paz debe cuidarse de multiplicar la población; pero enviarse a las guerras extranjeras a los jóvenes nobles para evitar que la nación se afemine y llegue a ignorar el arte de la guerra. Esto basta para mantener toda ella en cierta emulación de gloria, en la inclinación a las armas, desprecio de las fatigas y aun de la muerte, y por último, en la experiencia, del arte militar.

Partieron de Salento los reyes confederados satisfechos de Idomeneo, encantados de la sabiduría de Mentor, y llenos de gozo por llevar en su compañía al joven Telémaco, que no pudo sofocar los efectos de su dolor al separarse de su amigo. Mientras que aquellos se despedían de Idomeneo, y le juraban una eterna alianza, abrazaba Mentor a Telémaco anegado en lágrimas. Soy insensible, decía este, al júbilo que debía inspirarme el correr a la gloria; sólo experimento el dolor de dejaros. Paréceme que vuelvo a padecer el infortunio que me hicieron sufrir los Egipcios, arrebatándome a vuestros brazos, y privándome hasta de la esperanza de volveros a ver.

Bien diferente es esta separación, replicó Mentor con afabilidad para consolar a Telémaco, porque es voluntaria, será de corta duración, y corréis a la victoria. Vuestro amor hacia mí debe ser más animoso y menos tierno: acostumbraos a la ausencia, hijo querido; no siempre viviré con vos, y es preciso que la prudencia y la virtud os conduzcan mas bien que mi presencia.

Al decir estas palabras la diosa, que se ocultaba bajo la figura de Mentor, cubrió a Telémaco con su égida, y derramó sobre él el espíritu de sabiduría y

de previsión, el valor intrépido y, la moderación, que rara vez se hallan reunidos.

Corred, le decía, a los mayores peligros siempre que sea útil arrostrarlos; porque más deshonra a un príncipe evitarlos en los combates que no ir jamás a la guerra, y no debe ser dudoso al soldado el valor de su caudillo. Si es necesario a un pueblo conservar los días del monarca, lo es todavía mucho más que nunca sea dudosa la reputación del valor de éste. Acordaos de que el que manda debe dar ejemplo a los que obedece, para animar a todo el ejército. No temáis ningún peligro, y pereced en la lid antes de que se dude de vuestro valor; porque los aduladores que más se esfuercen a alejaros del riesgo serán los primeros que dirán en secreto que sois flaco de corazón, si lo logran con facilidad.

Mas no busquéis los peligros sin utilidad; porque el valor no es virtud cuando no le dirige prudencia, sino desprecio insensato de la vida y ardor brutal: el valor arrebatado nada tiene de seguro. El que no se domina en las ocasiones de peligro es mas fogoso que valiente; debe estar fuera de sí para ser superior al temor, porque no puede vencerle cuando su corazón se halla en el estado natural. En esta situación, si no se huye, se sobresalta al menos: pierde la li-

bertad de ánimo que necesitaría para dictar órdenes acertadas, aprovechar las ocasiones, destruir a sus enemigos y servir a la patria. Posee el ardor de un guerrero, pero no el discernimiento de un caudillo; y aun le falta el verdadero valor del simple soldado, porque este debe conservar en la pelea la serenidad y moderación necesarias para obedecer. El que se expone temerariamente turba el orden y disciplina militar, presentando un ejemplo de temeridad que expone muchas veces a grandes desgracias todo un ejército; y los que prefieren la vana ambición al interés de la causa común merecen castigos en vez de recompensas.

Guardaos bien, hijo querido, de buscar con impaciencia la gloria porque el verdadero medio de hallarla, es aguardar tranquilamente la ocasión de alcanzarla. La virtud se hace mas digna de respeto cuando es más sencilla, más modesta y más enemiga del fausto; y a medida que crece la necesidad de arrostrar el peligro, deben aumentar siempre los auxilios de la previsión y del valor. Por lo demás, acordaos de que es preciso no excitar la envidia, y no seáis por vuestra parte rival de la prosperidad de ninguno: load siempre al que merezca elogio; pero

con discernimiento, diciendo lo bueno complacido, y ocultando lo malo condoliéndoos de ello.

Nunca decidáis en presencia de esos caudillos ancianos y llenos de una experiencia que os falta: escuchadlos con deferencia; consultad con ellos; rogad a los más consumados que os instruyan, y no os avergoncéis de atribuir a sus instrucciones vuestros mejores hechos. Por último, jamás deis oídos a los que intenten excitar vuestra desconfianza y rivalidad: habladles con ingenuidad y confianza, y si creéis que os han faltado, descubridles vuestro corazón. Si son capaces de conocer la nobleza de semejante conducta, obtendréis su estimación y lograréis lo que deseareis; y si, por el contrario, desconociesen vuestros sentimientos, penetraréis por vos mismo la injusticia que debéis soportar, adoptaréis medidas prudentes para no comprometeros mientras dure la guerra, y de nada tendréis que arrepentiros. Pero sobre todo nunca digáis los motivos de queja que creáis tener contra los caudillos del ejército a aquellos aduladores que se ocupan en sembrar la discordia entre los que obedecen.

Yo permaneceré aquí para auxiliar a Idomeneo en la necesidad en que se halla de ocuparse en beneficio de su pueblo, y para hacerle enmendar los ye-

rros a que le ha arrastrado el mal consejo de la adulación al establecer su nuevo reino.

Entonces no pudo dejar Telémaco de manifestar su sorpresa y aun su desprecio acerca de la conducta de Idomeneo. Mas replicóle Mentor con severidad: ¿Os maravilláis, le dijo, de que obren como hombres los más dignos de estimación y aun de que manifiesten debilidades propias de la humanidad en medio de los escollos innumerables, e inseparables de la dignidad real? Cierto es que Idomeneo ha sido criado en ideas de fausto y altivez; pero ¿qué filósofo podría encontrar defensa contra la adulación si hubiese ocupado su lugar? Sin duda se ha dejado prevenir por los que obtuvieron su confianza; pero los reyes más sabios son engañados muchas veces, por mas precauciones que tomen para evitarlo, porque un monarca no puede pasar sin ministros que le alivien y de quienes se fíe, pues le es imposible hacerlo todo por sí. Además los reyes conocen con mayor dificultad que los demás hombres a aquellos que les rodean, porque en su presencia están siempre enmascarados, y emplean toda clase de artificios para engañarles. ¡Ah! ¡demasiado lo experimentaréis, Telémaco! No se encuentra en los hombres ni las virtudes ni los talentos que en ellos se busca. Por

mas que se les estudie y escudriñe, uno queda burlado todos los días. Jamás se consigue hacer de los mejores hombres lo que se necesitaría hacer de ellos para el público. Ellos tienen sus terquedades, sus incompatibilidades, sus competencias; y muy poco se logra persuadirlos y corregirlos.

Cuanto mayor es el número de pueblos que hay que gobernar, tanto debe serlo el de los ministros que hagan lo que uno no puede hacer por sí mismo; y cuanto más necesita uno de hombres a quienes deba confiar la autoridad, tanto más expuesto se halla a equivocarse en tales elecciones. Critica hoy sin piedad a los reyes quien gobernaría mañana peor que ellos, y cometería los mismos yerros, con otros infinitamente mayores, si se le confiase el mismo poder. La condición privada, cuando con ella se junta alguna habilidad para hablar bien, encubre todos los defectos naturales, realza talentos que alucinan, y hace parecer a un hombre digno de todos los puestos de que está distante. La autoridad empero es la que pone todos los talentos a una cruda prueba, ya que descubre grandes imperfecciones.

Un alto rango es como ciertos vidrios que abultan todos los objetos. Todos los defectos parece que crecen con los puestos elevados, donde tienen las

más mínimas cosas grandes consecuencias, y donde las faltas más graves tienen violentas reacciones. El mundo entero está ocupado en observar incesantemente a un solo hombre y en juzgarle con el mayor rigor. Los que le juzgan no tienen experiencia ninguna del estado en que se halla: no conocen sus dificultades, y no quieren ya que sea hombre, tantas son las perfecciones que de él exigen. Por bueno y sabio que sea un rey, al fin es hombre: su talento tiene límites, y su virtud las tiene igualmente. Tiene sus hábitos, su genio, sus pasiones de las que no es del todo dueño. Está sitiado por gentes interesadas y artificiosas, y no encuentra los auxilios que busca. Cada día incurre en algún error, a impulso, ora de sus pasiones, ora de las de sus ministros. No bien ha enmendado un yerro, luego vuelve a incidir en otro. Tal es la condición de los reyes mas ilustrados y virtuosos.

Los reinados mejores y de mayor duración son demasiado cortos e imperfectos para enmendar en su último período aquello que involuntariamente se menoscabó al principio. Acompañan a la soberanía todas estas miserias, y la impotencia humana sucumbe bajo un peso tan abrumador. Es preciso compadecer y disculpar a los reyes. ¿No son dignos

de compasión por tener que gobernar a tantos hombres cuyas necesidades son infinitas, y que dan tantos sinsabores a los que anhelan gobernarles bien? Hablando francamente, los hombres merecen compasión por tener que ser gobernados por un rey que es semejante a ellos; pues para enderezarlos sería preciso un dios. Pero no son menos dignos de lástima los reyes, no siendo sino hombres, es decir débiles e imperfectos, por tener que gobernar a esa innumerable multitud de hombres corrompidos y engañosos.

Idomeneo perdió por culpa suya el reino de sus mayores en Creta, respondió con viveza Telémaco; y sin vuestros consejos hubiera perdido otro en Salento.

Confieso, replicó Mentor, que ha incurrido en graves yerros, pero buscad en Grecia y en los países más civilizados un rey que no los haya cometido indisculpables. Los hombres más grandes tienen en su temperamento y en el carácter de su genio defectos que les arrastran, y los más dignos de elogio son aquellos que poseen bastante valor para conocer y reparar sus extravíos. ¿Pensáis que Ulises, el grande Ulises vuestro padre, que es el modelo de los reyes de Grecia, no tiene también sus debilidades y de-

fectos ¡Cuántas veces hubiera sucumbido a los peligros y dificultades con los que le burló la fortuna si no le hubiese conducido Minerva paso a paso! ¡Qué de veces le ha detenido o enderezado para conducirle siempre a la gloria por el camino de la virtud! No esperéis aun hallarle sin imperfecciones cuando le veáis reinar con tanta gloria en Itaca: algunas advertiréis en él sin duda. La Grecia, el Asia y todas las islas le han admirado a pesar de sus defectos, que mil calidades maravillosas hacen se le disimule. Demasiado feliz seréis en poderle admirar también y estudiarle sin cesar como vuestro modelo.

Telémaco, acostumbraos a no esperar de los hombres más grandes otra cosa que lo que puede hacer la humanidad. La inexperta juventud se entrega a una crítica presuntuosa que le hace ver con disgusto los modelos que le es preciso seguir, y que la conduce a una indocilidad incurable. No solamente debéis amar, respetar, imitar a Ulises aunque no sea perfecto, sino que debéis estimar en mucho a Idomeneo, sin embargo de lo que he reprendido en él. Él es naturalmente sincero, recto, equitativo, liberal, benéfico; es perfecto su valor; detesta el fraude cuando le conoce y sigue libremente las verdaderas inclinaciones de su corazón. Sus prendas exteriores

son grandes y proporcionadas al puesto que ocupa. La ingenuidad con que confiesa sus faltas, su mansedumbre, su sufrimiento para permitir le diga las cosas más desagradables, el valor con que enmienda públicamente sus yerros y se hace superior a la crítica humana, manifiestan una alma verdaderamente grande. La fortuna o el consejo de otro pueden preservar de ciertos errores al hombre de muy poca capacidad; mas sólo una virtud extraordinaria puede empeñar a un rey largo tiempo seducido por la adulación a que repare sus desaciertos: y es mucho más glorioso levantarse de este modo, que no haber caído jamás.

Ha incurrido Idomeneo en todos los yerros en que caen casi todos los reyes: pero casi ningún rey hace para corregirse lo que él acaba de hacer. En cuanto a mí, le estaba admirando más y más al mismo instante en que me permitía contradecirle. Admiradle vos también, querido Telémaco: por utilidad vuestra mas bien que por su reputación os doy este consejo.

Con estas palabras hizo conocer Mentor a Telémaco el peligro de ser injusto dejándose llevar a una crítica rigurosa contra los demás hombres, y sobre todo contra aquellos que tienen a su cargo, los tra-

bajos y las dificultades del gobierno. En seguida le dijo: Tiempo es ya de que partáis: adiós. Yo os aguardaré caro Telémaco. No olvidéis que el que teme a los dioses nada tiene que temer de los hombres. Os veréis en los mayores peligros; pero sabed que Minerva no os abandonará.

Al oír Telémaco estas palabras, creyó que sentía la presencia de la diosa; y aun hubiera conocido ser ella quien las decía para llenarle de confianza, si la diosa no le hubiese recordado la idea de Mentor, añadiendo: No olvidéis, hijo mío, la solicitud con que os he cuidado durante la infancia para haceros sabio y valeroso como Ulises. Nada hagáis que no sea digno de estos grandes ejemplos y de las máximas de virtud que he procurado inspiraros.

Ya el sol comenzaba a elevarse y doraba las altas cimas de las montañas, cuando salieron de Salento los reyes confederados para reunirse con sus tropas. Acampadas éstas al rededor de la ciudad, se pusieron en marcha bajo el mando de sus caudillos. Relucía por todas partes el hierro de las agudas picas; ofuscaba la vista el brillo de los escudos, y se elevaba hasta las nubes un torbellino de polvo. Idomeneo y Mentor acompañaron en el campo a los reyes aliados que se alejaban de los muros de la ciudad.

Por último, se separaron después de haberse dado mutuas pruebas de verdadera amistad; y no dudaron ya los aliados sería durable la paz, luego que conocieron el bondadoso corazón de Idomeneo que les habían pintado muy diferente de lo que era porque juzgaban de él, no por sus naturales sentimientos, sino por los consejos lisonjeros e injustos, a que había dado oídos.

Después que hubo partido el ejército, Idomeneo condujo a Mentor por todos los barrios de la ciudad. Vemos, decía éste, cuantos varones tenéis en la ciudad y en el campo; hagamos el censo de ellos. Examinemos cuantos labradores tenéis entre esos varones. Veamos cuanto llevan vuestras tierras, en los años medianos, de trigo, vino, aceite y demás cosas útiles. Con ello sabremos si la tierra da lo necesario para el sustento de todos sus moradores, y si produce de que hacer un comercio útil de lo sobrante con los países extranjeros. Examinemos también cuantos buques tenéis y cuantos marineros, que ahí es por donde se ha de juzgar de vuestro poderío, fue a visitar el puerto, y entró en cada nave. Informándose de los países adonde iba cada una para el comercio, inquiriendo cuales géneros llevaba allí, y cuales traía a su regreso; cual era el gasto del

buque durante la navegación, los préstamos que se hacían unos a otros los comerciantes, y las asociaciones que entre sí formaban, a fin de saber si eran equitativas y fielmente observadas; en fin, los azares del naufragio y las demás desgracias del comercio, para prevenir la ruina de los comerciantes, quienes, por la codicia del lucro, emprenden muy a menudo más allá de sus facultades.

Quiso que fuesen castigadas severamente todas las quiebras, porque las que están exentas de mala fe, casi nunca lo están de temeridad. Al propio tiempo puso reglas para lograr el que fuese fácil no quebrar jamás. Instituyó magistrados a quienes daban cuenta los comerciantes de sus haberes, de sus ganancias, de sus gastos y de sus empresas. Nunca se les permitía arriesgar el caudal ajeno, y ni aun podían aventurar mas de la mitad del propio. Además, hacían en sociedad las especulaciones que no podían emprender por sí solos; y el buen orden de esas sociedades era inviolable, por el rigor de las penas impuestas a los que las quebrantarían. Por lo demás era absoluta la libertad del comercio, y lejos de que se le incomodase con subsidios, se ofrecían recompensas a todos los comerciantes que lograrían atraer o Salento el comercio de alguna nueva nación.

Y fue que los pueblos acudieron allí luego en gran número desde todos los puntos. El comercio de aquella ciudad era semejante al flujo y reflujo del mar. Las riquezas entraban en ella como vienen las olas por cima unas de otras. Todo se llevaba allí y salía libremente. Todo cuanto entraba era útil, y todo lo que salía dejaba saliendo otras riquezas en su lugar. La severa justicia presidía en el puerto en medio de tantas naciones. La franqueza, la buena fe, el candor parecía que llamaban, desde lo alto de aquellas soberbias torres, a los mercaderes de las tierras más lejanas; y cada uno de esos mercaderes, ora viniese de las playas orientales donde cada día sale el sol del seno de las ondas, ora partiera de aquel vasto mar donde el sol, cansado de su carrera, va a apagar sus fuegos, vivía quieto y con toda seguridad en Salento lo mismo que en su patria.

En cuanto a lo interior de la ciudad, Mentor visitó los almacenes, tiendas de artesanos y todas las plazas públicas. Prohibió todas las mercaderías de los países, extranjeros que pudieran introducir el lujo y la molicie. Ordenó los trajes, comidas, muebles, y la capacidad y adorno de las casas para las diversas condiciones. Desterró todo adorno de oro y plata y dijo a Idomeneo: Sólo hallo un medio para

que sea este pueblo moderado en sus gastos, y es que vos mismo le deis el ejemplo. Es necesario que tengáis cierta majestad en lo exterior; mas vuestra autoridad se señalará bastantemente por las guardias y ministros principales que os acompañen. Contentaos con un traje de lana muy fina teñida de púrpura: vistan igual tela los primeros personajes del estado, sin otra diferencia que en el color y una ligera bordadura de oro que llevaréis al extremo del vuestro. La variedad de colores servirá para distinguir las diferentes condiciones sin necesidad de oro, plata ni pedrerías.

Arreglad las condiciones por el nacimiento. Colocad la primera a aquellos cuya nobleza sea más antigua y esclarecida. Los que tengan el mérito y la autoridad de los empleos se hallaran bastante satisfechos con venir después de aquellas antiguas e ilustres familias que viven en la dilatada posesión de los primeros honores. Los que no les igualen en nobleza cederán sin dificultad, con tal que no les habituéis a desconocerse en una fortuna elevada en demasía, y dispenséis elogios a la moderación de los que sean modestos en la prosperidad. La distinción menos expuesta a los tiros de la envidia es

aquella que proviene de una serie dilatada de ascendientes.

En cuanto a la virtud, ya será estimulada bastante, y no faltará celo para servir al estado, con tal que concedáis coronas y estatuas a las buenas acciones, y señaléis éstas como un principio de nobleza para los hijos de aquellos que las habrán hecho.

Las personas de mayor jerarquía después de vos, vestirán de blanco con una franja de oro en la parte inferior de su vestido. Llevarán al dedo un anillo de oro, y al cuello una medalla de oro con vuestra efigie. Los de la jerarquía inmediata vestirán de azul con la franja de plata y el anillo, pero sin la medalla; los de la tercera, de verde, sin franja ni anillo, pero con la medalla de plata; los de la cuarta de amarillo naranjado, de color de rosa los de la quinta; de color pardo claro los de la sexta; y los de la séptima, que serán los últimos del pueblo, de blanco amarillento.

Aquí tenéis los trajes de las siete condiciones diferentes, respecto de los hombres libres. Todos los esclavos vestirán de pardo oscuro. De esta manera, sin gasto ninguno, quedará distinguido cada uno según su condición respectiva, desterrándose de Salento las artes todas que se dirigen a mantener el fausto. Los que hoy se emplean en estas artes perni-

ciosas se dedicaran a las necesarias, que son en corto número, a la agricultura o al comercio. No se permitirá jamás ninguna alteración en la clase de telas ni en la hechura de los vestidos; porque es indigno que los hombres destinados una vida seria y noble se entretengan en inventar adornos afectados, ni que permitan que sus esposas, a quienes serían menos vergonzosos tales entretenimientos, incurran jamás en semejantes excesos.

Parecido Mentor al diestro jardinero que corta de los árboles frutales las ramas inútiles, procuraba así cortar el fausto que corrompía las costumbres, y reducir a todo a una noble y frugal sencillez. Arregló al mismo tiempo los alimentos de los ciudadanos, y esclavos. ¡Qué vergüenza, decía, hagan consistir su grandeza los hombres de más elevada clase en los manjares que debilitan su alma y arruinan insensiblemente la salud de su cuerpo!

Deben cifrar su dicha en su moderación, en su autoridad para hacer bien a los demás hombres, y en la reputación que sus buenas acciones deben merecerles. La sobriedad halla sabrosos los alimentos más simples. Ella es la que, además de la salud más robusta, da los placeres más puros y constantes. Es necesario, pues, limitéis vuestra co-

mida a las mejores carnes, pero preparadas sin ningún aderezo; porque es un arte para emponzoñar a los hombres el de excitar su apetito más allá de la verdadera necesidad.

Conoció Idomeneo que había obrado mal con permitir que los habitantes de su nueva ciudad relajasen y corrompiesen sus costumbres violando las leyes de Minos acerca de la sobriedad; pero le hizo advertir Mentor que hasta las leyes, aunque renovadas, serían inútiles si el ejemplo del rey no les daba una autoridad que no podían adquirir de otra parte. Reformó Idomeneo su mesa sin dilación, admitiendo sólo en ella pan exquisito, vino del país, que es muy agradable, pero en corta cantidad, y algunas carnes sencillas, como las comían los demás Griegos durante el sitio de Troya. Nadie osó quejarse de una ley que el monarca se imponía a sí mismo; y cada uno se corrigió de la profusión y delicadeza en que comenzaban a abandonarse en las comidas.

Proscribió en seguida Mentor la música muelle y afeminada, que corrompía toda la juventud. No condenó con menos severidad la música báquica que embriaga no menos que el vino, y que engendra unas costumbres llenas de impudencia y de desenfreno. Redujo toda la música a las festividades en

los templos para cantar las alabanzas de los dioses, y de los héroes que dieran ejemplos de las más señaladas virtudes. Tampoco permitió sino en los templos los grandes ornamentos de Arquitectura, como las columnas, frontispicios, pórticos; suministró modelos de una arquitectura sencilla y elegante para edificar en corto espacio una casa cómoda y alegre para una numerosa familia; de suerte que su situación fuese sana, los cuartos separados unos de otros, y que el orden y el aseo se mantuviesen fácilmente, y cuya manutención fuese de poco coste.

Quiso que todas las casas de alguna consideración tuviesen un salón y un pequeño peristilo, con aposentos reducidos para todas las personas libres; mas prohibió severamente la multitud superflua y la magnificencia de los cuartos. Estos diferentes modelos de casas, proporcionadas al número de cada familia, sirvieron para hermosear una parte de la ciudad, y para darle regularidad sin crecidas expensas; mientras que la otra parte, edificada según el capricho y fausto de los particulares, era menos agradable y cómoda, a pesar de su magnificencia. Aquella parte de la ciudad fue acabada en poco tiempo, porque la costa inmediata de la Grecia su-

ministró buenos arquitectos, y se trajeron del Epiro y de otros países gran número de operarios, con la condición de que después de acabar su trabajo se establecerían en las inmediaciones de Salento, y se les adjudicarían terrenos para ponerlos en cultivo y poblar la campiña.

Pareciéronle a Mentor la pintura y la escultura artes que no debían abandonarse; pero sin permitir se dedicasen muchos a ellas en Salento. Estableció una escuela donde presidían profesores de gusto exquisito, que examinaban a los alumnos. Nada inferior ni mediano, decía, debe permitirse en estas artes que no son absolutamente necesarias. Por tanto no se han de admitir en ellas sino jóvenes cuyo genio prometa mucho, y que tienda a la perfección. Los demás han nacido para las artes menos nobles, y han de ser empleados con mayor utilidad en las necesidades ordinarias de la república. No se debe emplear a los escultores y pintores sino para conservar la memoria de los hombres grandes y de los hechos heroicos. En los edificios públicos o en los sepulcros es donde debe conservarse el recuerdo de lo que se obró con una virtud extraordinaria para utilidad de la patria.

Pero la moderación y frugalidad de Mentor no impidieron autorizase los grandes edificios destinados a las carreras de caballos y carros, a los combates de luchadores, a los del cesto, y a todos los que ejercitan el cuerpo y le hacen más ágil y vigoroso.

Expelió un sinnúmero de mercaderes que vendían varias telas labradas de países lejanos, bordaduras de alto precio, vasijas de oro y plata con efigies de dioses, de hombres y de animales, y por último licores y perfumes. Quiso así mismo que los muebles de cada casa fuesen sencillos y construidos de manera que durasen largo tiempo. De modo que los Salentinos, que se lamentaban de su pobreza, comenzaron a experimentar las muchas riquezas superfluas que poseían; pero eran riquezas engañosas que los empobrecían, y se hacían efectivamente ricos a proporción que tenía valor para desprenderse de ellas. Es enriquecerse, decían ellos mismos, el despreciar unas riquezas que consumen al estado, y el disminuir sus menesteres reduciéndolos a las verdaderas necesidades de la naturaleza.

Reconoció sin dilación los arsenales y almacenes para cerciorarse de si se hallaban en buen estado las armas y demás pertrechos necesarios para la guerra: porque siempre, decía, se debe estar en disposición

de emprenderla, para no verse nunca reducido a la desgracia de hacerla. Halló faltaban muchas cosas, y al momento se reunió a los operarios para que labrasen el hierro, acero y alambre. Veíanse fraguas encendidas, y torbellinos de humo y de llamas semejantes al fuego subterráneo que vomita el monte Etna. Resonaba el martillo sobre el yunque, que se estremecía a los repetidos golpes. Los vecinos montes y las playas del mar retumbaban al ruido: de modo que uno creyera estar en aquella isla en donde Vulcano, animando a los Cíclopes, forja rayos para el padre de los dioses: y por una sabía previsión, en el seno de la paz profunda se veían los preparativos de la guerra. En seguida salió Mentor de la ciudad con Idomeneo, y halló inculta una gran porción de tierras fértiles; otras, no eran cultivadas sino a medias por el descuido y miseria de los labradores, los cuales, careciendo de brazos y de bueyes, carecían también de valor y facultades para perfeccionar la agricultura. Viendo Mentor desolada aquella campiña, dijo al rey. Aquí la tierra no pide sino por enriquecer a sus habitantes; pero los habitantes faltan a la tierra. Hagamos que cultiven estas llanuras y colinas los muchos artesanos que existen en la ciudad, y cuya industria sirve únicamente para corromper las

costumbres. Verdaderamente es una desgracia que estos hombres dedicados a las artes que requieren una vida sedentaria no estén ejercitados en el trabajo; pero he aquí los medios de remediarlo. Dividiremos entre ellos los terrenos incultos, y llamaremos en su auxilio a los pueblos vecinos, que bajo su dirección harán los más penosos trabajos. Estos pueblos lo harán con tal que se les ofrezca recompensas proporcionadas en frutos de las mismas tierras que metan en cultivo: podrán mas tarde poseer parte de ellas, y ser incorporados por este medio a vuestro pueblo, que todavía no es bastante numeroso. Con tal que sean laboriosos y dóciles a las leyes, no tendréis mejores vasallos, y acrecentaran vuestro poder. Vuestros artesanos de la ciudad, trasplantados al campo, criarán a sus hijos, en el trabajo y en el amor a la vida campestre. Además, todos los albañiles extranjeros que trabajan en edificar la ciudad se obligaron a desmontar la tierra, y también a cultivarla: agregadlos a vuestro pueblo luego que hayan acabado su trabajo. Estos operarios se complacerán en pasar su vida, bajo una dominación que hoy es tan suave. Siendo robustos y laboriosos, servirá su ejemplo para excitar al trabajo a los artesanos trasplantados de la ciudad, con quienes se mezclarán.

En lo sucesivo, estará poblado todo el país de familias robustas y dedicadas a la labranza.

Por lo demás, no tengáis cuidado respecto al aumento de la población, en breve será innumerable, con tal que facilitéis los matrimonios. El modo de facilitarlos es muy obvio: casi todos los hombres tienen inclinación para casarse, y sólo la miseria les impide realizarlo. Si no los cargáis de impuestos, vivirán sin grande trabajo con sus hijos y esposas; pues nunca es ingrata la tierra: alimenta siempre con sus frutos a los que la cultivan cuidadosamente; sólo niega sus beneficios a aquellos que son perezosos en darle su trabajo. Cuantos más hijos tienen los labradores, tanto más ricos son, si el príncipe no los empobrece; porque desde la infancia comienzan sus hijos a serles útiles. Apacenta el menor los carneros; los de más edad conducen ya los rebaños, y los mayores labran la tierra con su padre. Entre tanto prepara la madre de toda la familia una comida sencilla para el esposo y los queridos hijos que han de regresar fatigados del trabajo del día; cuida de ordeñar las vacas y ovejas, y se ven correr arroyos de leche; enciende una gran lumbre, a cuyo derredor se entretiene en cantar durante la noche toda la familia inocente y pacífica mientras llega la hora de entre-

garse al sueño; prepara quesos, castañas y las frutas conservadas tan frescas como si se acabasen de cogerse.

Regresa el pastor con su jaula y canta a la familia reunida las canciones nuevas que han aprendido en las aldeas vecinas. Entra el labrador con el arado, cuyos cansados bueyes andan inclinada la cabeza con pasos tardos y lentos a pesar del aguijón que les hostiga. Todas las penas del trabajo acabado con el día. Las adormideras que por disposición de los dioses esparce el Sueño sobre la tierra, amansan con sus encantos las negras pesadumbres, y tienen toda la naturaleza en un dulce encanto: todos duermen sin prever los trabajos del día siguiente.

¡Felices esos hombres exentos de ambición, desconfianza y artificio, si les dan los dioses un buen rey que no turbe su inocente júbilo! Pero ¡qué horrible inhumanidad arrebatarles por miras de ambición y de fausto los dulces frutos de la tierra, que deben únicamente a la liberal naturaleza y al sudor de su frente! La naturaleza por sí sola arrojará de sus entrañas fecundas lo que baste a un infinito número de hombres, moderados y laboriosos; pero el orgullo y la molicie de algunos son los que sumen tantos otros en una espantosa pobreza.

¿Qué haré, replicó Idomeneo, si descuidan el cultivo los que diseminé en estas fértiles campiñas?

Haced, respondió Mentor, lo contrario de lo que se hace comúnmente. Los príncipes codiciosos y faltos de previsión cuidan únicamente de cargar con impuestos a los vasallos mas vigilantes e industriosos en hacer fructificar sus haciendas, porque se prometen ser pagados mas fácilmente; y al mismo tiempo cargan menos a aquellos a quienes la pereza hace más miserables. Desterrad este mal orden que agobia a los buenos, recompensa al vicio, e introduce una negligencia tan funesta al monarca como al estado. Poned tasas, estableced multas y, si es preciso, otras penas rigorosas contra aquellos que descuiden sus campos, así como castigaríais al soldado que abandonase su puesto en la guerra; y por el contrario, dad gracias y conceded exenciones a las familias que, multiplicándose, aumenten a proporción el cultivo de sus tierras. En breve se multiplicarán las familias y se armarán todos al trabajo: el cual llegará a ser honroso. Dejará de ser menospreciada la profesión de labrador, luego que no esté agobiada con tantos males. Volverá a honrarse el arado manejándole la mano victoriosa que haya defendido a la patria, o será menos bien visto el cultivar durante

una dichosa paz el patrimonio de sus ascendientes, que haberlo defendido con valor durante las turbulencias de la guerra. Florecerán los campos: se coronará Céres con doradas espigas; hollando Baco con su planta la uva, hará correr de las faldas de los montes raudales de vino más dulce que el néctar; resonarán los hondos valles al concierto de los pastores, que unirán sus voces con sus instrumentos, a orillas de cristalinos arroyos en tanto que los ganados, se apacentarán sobre la yerba, entre las flores, sin temor de los lobos.

¿No seréis demasiado feliz, o Idomeneo, con ser el manantial de tantos bienes, y haciendo vivir en tan amable sosiego a tantos pueblos a la sombra de vuestro nombre? Esta gloria ¿no es más halagüeña que la de asolar la tierra, de esparcir por todas partes, y casi igualmente en el propio suelo, en medio aun de las victorias, que en el suelo de los extranjeros vencidos, la turbación, el horror, el desfallecimiento, la consternación, el hambre y la desesperación?

¡Feliz el monarca tan favorecido de los dioses y dotado de un corazón tan grande, que quiera emprender ser así las delicias de su pueblo, y mostrar a todos los siglos cuadro tan risueño! Toda la tierra,

lejos de resistirle combatiendo, vendría a sus plantas para suplicarle se digne reinar sobre ella.

Pero cuando los pueblos se vean en la abundancia y en la paz, respondió Idomeneo, los corromperán las delicias, y emplean contra mí las fuerzas que les haya dado.

Nada temáis, dijo Mentor: ése es un pretexto de que se valen siempre para lisonjear a los príncipes pródigos que quieren agobiar con impuestos a sus pueblos. El remedio es fácil. Las leyes que acabamos de establecer para la agricultura harán su vida laboriosa; y en medio de la abundancia sólo tendrán lo necesario, porque hemos proscrito las artes que suministran lo superfluo. Esta misma abundancia será disminuida por la facilidad de los matrimonios y por la multiplicación de las familias. Siendo cada familia numerosa, y poseyendo un terreno corto, tendrá precisión de cultivarlo con un trabajo asiduo. La ociosidad y la molicie son las que hacen a los pueblos rebeldes e insolentes. Verdaderamente ellos tendrán pan, y con abundancia; pero, tendrán sólo pan y frutos de su propio suelo adquiridos con el sudor de su rostro.

A fin de mantener vuestro pueblo en esta moderación ha de fijarse desde ahora la porción de te-

rreno que pueda poseer cada familia. Ya sabéis que hemos dividido todo vuestro pueblo en siete clases según las diferentes condiciones: no se ha de permitir que cada familia, en cada clase, pueda poseer mas que la porción de terreno absolutamente necesaria para la subsistencia del número de personas de que conste. Siendo invariable esta regla, no podrán hacer los nobles adquisiciones sobre los pobres, todos tendrán terreno, pero cada uno no tendrá sino muy poco, y será excitado con esto a cultivarlo bien. Si después de una larga serie de tiempo faltasen aquí las tierras, se fundarían colonias que acrecerían el poder de este estado.

Creo además que debéis poner cuidado en que no se haga demasiado común el uso del vino. Si se han plantado viñas en exceso, es preciso arrancarlas: porque el vino es el origen de los mayores males entre los pueblos; causa las enfermedades, riñas, sediciones, la ociosidad, el tedio al trabajo y los desórdenes domésticos. Resérvese pues el vino como un remedio o cual raro licor que sólo se emplea para los sacrificios y las festividades extraordinarias. Pero no esperéis que esta importante regla sea observada si vos mismo no dais el ejemplo.

Deben guardarse además inviolablemente las leyes de Minos para la educación de la infancia. Es menester se establezcan escuelas públicas en donde se enseñe el temor a los dioses, el amor a la patria, el respeto a las leyes, y la preferencia del honor sobre los placeres y aun sobre la misma vida.

Es necesario que haya magistrados que vigilen sobre las familias y sobre las costumbres de los particulares. Velad vos mismo, vos que no sois rey, es decir, pastor del pueblo, sino para velar noche y día sobre vuestro rebaño de excesos y crímenes: los que no podáis prevenir castigadlos severamente al principio. Es una clemencia, hacer desde luego ejemplares que contengan el curso de la iniquidad. Con un poco de sangre derramada oportunamente se ahorra mucha, y uno se pone en estado de ser temido sin usar con frecuencia del rigor.

Pero ¡qué máxima tan detestable la de creer que sólo puede hallarse la seguridad en la opresión de los vasallos! No facilitarles la instrucción, no encaminarlos a la virtud, no hacerse nunca amar, estrecharlos con el terror hasta la desesperación, ponerlos en la horrorosa necesidad o de no poder jamás respirar libremente, o de sacudir el yugo de vuestra dominación tiránica, ¿es acaso el medio se-

guro de reinar sin inquietud? ¿es el verdadero camino que conduce a la gloria? Acordaos de que los países donde la dominación del soberano es más absoluta, son aquellos donde los soberanos son menos poderosos. Toman, arruinan todo: ellos poseen solos todo el estado, pero también todo el estado desfallece: vense incultos y casi desiertos los campos, cercénanse las ciudades de día en día, y agótase el comercio.

El rey, que no puede serlo solo, y que no es grande sino por sus pueblos, se aniquila él mismo poco a poco por el aniquilamiento insensible de los pueblos de quienes provienen su poder y sus riquezas. Ve su estado exhausto de dinero y de hombres; esta última pérdida es la mayor y más irreparable. Su poder absoluto hace tantos esclavos cuantos vasallos tiene. Le adulan, tiemblan a sus miradas: pero aguardad la mas leve revolución; este poder monstruoso, llevado hasta un extremo harto violento, no puede ser duradero; él no tiene recurso ninguno en el corazón de los pueblos; él ha cansado e irritado a todas las clases del estado, él ha precisado todos los individuos de ellas a suspirar por un cambio que mejore su suerte. Derrocado el ídolo del primer golpe, se quiebra y son pisados sus pedazos. El des-

precio, el odio, el temor, el resentimiento, la desconfianza, en una palabra, las pasiones todas, se arman contra autoridad tan aborrecida.

El rey, que, en su vana prosperidad, no encontraba uno solo, bastante atrevido para decirle la verdad, no encontrará en su desgracia ningún hombre que se digne, ni de disculparle, ni de defenderle contra sus enemigos.

Después de este discurso, Idomeneo, persuadido por Mentor, repartió sin tardanza los terrenos baldíos, llenándolos con todos los artesanos inútiles, y ejecutó cuanto había sido resuelto. Solamente reservó para los albañiles las tierras que les tenía destinadas, y que no podían estos cultivar sino después de concluidas sus obras en la ciudad.

FIN DEL LIBRO DOCE Y DEL TOMO PRIMERO.